

CRISTIANDAD

Año LVIII - Núms. 837-838
Marzo-Abril 2001

Edita
Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacció y Administraci3n
Duran i Bas, 9, 2^o
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: orlandis@eic.ictnet.es

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Ante la
beatificaci3n
de 233
mártires
españoles

19 de marzo:
solemnidad
de san José

Sumario: pág. 2

SAN JOSÉ, PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL



«Que san José obtenga para la Iglesia
y para el mundo la bendici3n de Dios»

Sumario

Los mártires: motivo de acción de gracias y de esperanza <i>J. M^a A. R.</i>	3
Homilía de <i>Juan Pablo II</i> en la Misa de beatificación de los 233 mártires	4
Palabras de Su Santidad a los peregrinos españoles al día siguiente de la beatificación	6
233 mártires de la persecución religiosa en España	8
Francisco Castelló: mártir de Cristo, héroe de la fe. <i>Antonio Sospedra y Buyé, CP.CR.</i>	20
Cartas del beato Francisco Castelló Aleu	16
Mártires salesianos. <i>Nicolás Echave</i>	17
Dominicos mártires en Cataluña <i>Lorenzo Galmés, O.P.</i>	19
«In odium fidei». <i>Francisco Canals Vidal</i>	20
La protección de san José <i>J. M. P. S.</i>	22
San José, protector de la Iglesia universal y patrono del Concilio Vaticano II <i>Carta Apostólica del beato Juan XXIII sobre la devoción a san José</i>	23
La unión virginal de María y José <i>Catequesis de Juan Pablo II</i>	27
Pío XI expresa las más profundas y centrales verdades sobre el Santo	28
La gloria y el misterio de san José. <i>F. C. V.</i>	30
San José, padre de todo el género humano <i>Josep Torras i Bages</i>	31
San José, patrono de la buena muerte. «Historia del tránsito de José el Carpintero»	32
El Hijo del Hombre, logos de Yahweh <i>Eduard Vivas Llorens, pbro.</i>	35
Jesucristo, mediador único y universal. Notificación de la Congregación para la doctrina de la fe	40
Juan Sebastián Bach: música para la gloria de Dios (I). <i>Gerardo Manresa Presas</i>	42
In memoriam. Padre José Ramón Eguillor Muniozguren, S.I. <i>Ignacio M^a Azcoaga</i>	46
Pequeñas lecciones de Historia. Bizancio, el absolutismo oriental. <i>Gerardo Manresa</i>	48
Actualidad religiosa, <i>Javier González Fernández</i>	49
Actualidad política, <i>Jorge Soley Climent</i>	51
Orientaciones bibliográficas, <i>Gregorio Peña</i>	53
Hemos leído, <i>Aldobrando Vals</i>	55
De otras fuentes: Mártires de la persecución religiosa en España	57
CRISTIANDAD hace cincuenta años, <i>J. M^a P. S.</i>	60
¡Calumnia, que algo queda! <i>Salvador Romano Vidal</i>	64

RAZÓN DEL NÚMERO

Mártires de la fe, con nombre y apellidos

LA reciente beatificación por el papa Juan Pablo II de 233 mártires inmolados en España en los años de nuestra guerra civil, «in odium fidei», ha sido la primera del nuevo milenio y la más numerosa llevada a cabo por el actual Papa. Pero, como es bien sabido, no es la primera vez que Juan Pablo II procede a elevar a los altares a miembros del amplio colectivo de testigos de la fe de aquellos años. Cada vez que esto ocurre afloran razones y circunstancias extrínsecas que no parecen tener otra intención que empañar la nitidez del acto martirial. Nos sentimos impelidos a insistir en lo fundamental, en lo intrínseco: 233 han sido elevados al honor de los altares por haber sido fieles a su fe a costa de su vida, dada de forma cruenta, y por su fidelidad dan gloria a Dios y a su Iglesia y son un ejemplo y un estímulo para todos; a pesar del número, su beatificación no ha sido «colectiva» ni anónima: son mártires concretos, con nombre y apellidos; con el paso de los años, o de los siglos, se habrán olvidado aquellas circunstancias extrínsecas, pero ellos seguirán en los altares, como hoy seguimos dando culto a san Ignacio de Antioquía, a san Eulogio de Córdoba, o a santo Tomás Moro, sin pensar en Roma, en el Califato o en Enrique VIII. En Lérida —es un ejemplo— alguien impondrá a su hijo el nombre de Francesc porque hubo allí un mártir que se llamó Francesc Castelló. Por todas estas razones, CRISTIANDAD dedica este número a los recientes 233 nuevos beatos.

LA festividad de san José en este mes de marzo, nos invita a volver una vez más los ojos a quien fue patriarca custodio de la Familia de Nazaret, y custodio y protector de cada una de nuestras familias. Nuestro poeta Casas i Amigó, al evocar el rezo del Santo Rosario recuerda cómo tras las letanías seguían los padrenuestros por los difuntos de la familia. Olvidó —¿lo exigía la coherencia interna de la poesía?— que muchísimas familias incluían —y aún incluyen— un padrenuestro «a san José, para que nos alcance una buena muerte». Este sencillo acto de piedad, junto con el Mes de San José —casi siempre en la versión del siervo de Dios Josep Torras i Bages— son testimonio de la presencia del Santo en la vida familiar de muchas generaciones. Se debería reconocer que esta presencia constante es fruto de la eficacia de su mediación, como recordaba santa Teresa de Jesús, que afirmaba que nada de lo que le había pedido, le había negado.

Los mártires: motivo de acción de gracias y de esperanza

EL pasado día 11 de marzo resonó de nuevo en la plaza de San Pedro la voz del santo padre Juan Pablo II proclamando nuevos beatos a religiosos, religiosas, sacerdotes y seglares que dieron su vida en testimonio de la fe cristiana en la persecución que sufrió la Iglesia en España durante la guerra de 1936. En este caso el acto tuvo una característica sin precedentes: 233 nuevos beatos; hasta ahora nunca se había realizado una beatificación tan numerosa. Este acontecimiento es fruto de la labor entusiasta y eficaz que emprendió, inmediatamente de terminada la guerra, el recién nombrado arzobispo de Valencia Marcelino Olaechea, iniciando los trámites del proceso de canonización de todos aquellos mártires, algunos de ellos valencianos y otros que habiendo nacido en distintas provincias dieron la vida en su diócesis. Monseñor Olaechea quedó impresionado al ir conociendo todo aquel conjunto de gloriosos testimonios de fe y de heroísmo y quiso asegurar su memoria para ejemplo y estímulo de generaciones venideras y gloria de Dios y de su Iglesia. Entre aquellas personas había sacerdotes, religiosos de distintas órdenes masculinas y femeninas, padres de familia numerosa, madres de familia, como María Teresa Ferragud que, imitando la figura bíblica de la madre de los Macabeos, animó a sus cuatro hijas en el momento del martirio, dando también ella su vida; jóvenes universitarios y mujeres sencillas dedicadas exclusivamente a su familia, que eran ejemplo para los suyos por su piedad, fervor y entrega.

Al publicar en nuestra páginas la lista completa de los nuevos beatos con una breve referencia biográfica el lector podrá comprobar esta pluralidad de condiciones y situaciones sociales que muestran cómo fue la totalidad del pueblo católico el que sufrió a causa de su fe una de las más cruentas persecuciones de la historia de la Iglesia, que sólo tiene punto de comparación, como han dicho los Papas reiteradamente, con la de los primeros cristianos.

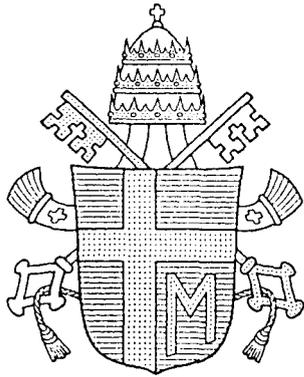
Junto con los mártires valencianos ha sido beatificado Francisco Castelló Aleu, de familia leridana, pero que realizó sus estudios en Barcelona, donde empezó su vida profesional como químico. Un artículo biográfico del padre Sospedra, y la publicación de las cartas dirigida a su familia y a su novia poco antes de morir permitirán conocer más detalladamente este testimonio heroico de fidelidad y de amor entrañable a Dios y a los suyos.

Este acontecimiento es motivo muy especial de acción de gracias y de esperanza. En primer lugar, de acción de gracias por ser nosotros los herederos en la fe de estos mártires; muchos de ellos, conocidos por amigos nuestros, habían vivido entre nosotros, en Mataró, Tibidabo, Rocafort, Sarriá, lugares que aparecen en algunas de las biografías de los mártires salesianos. De esperanza para la Iglesia: en estas horas difíciles para la supervivencia de algunas de las órdenes religiosas que dieron numerosos mártires, tendrán una especial protección para que de nuevo reencuentren el camino que ha llevado a tantos de los suyos a los altares. También de esperanza para España: cuando parece que por todas partes y desde distintas instancias se quiere dar por definitivamente cancelada toda su historia preñada de fe cristiana, la beatificación de estos 233 mártires será ocasión para que sus vidas de fe y de fidelidad a la fe recibida de sus mayores, vivida con fidelidad y fervor ejemplar, pueda ser modelo para todos y su intercesión nos alcance pronto aquello que nos ha sido prometido: que Cristo reine en España.

J.M.^aA.R.

«Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia»

Homilía de Juan Pablo II, en la Misa de la beatificación de los 233 mártires



Amados hermanos y hermanas:

1. «El Señor Jesucristo transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa» (Flp 3,21). Estas palabras de san Pablo que hemos escuchado en la segunda lectura de la liturgia de hoy, nos recuerdan que nuestra verdadera patria está en el cielo y que Jesús transfigurará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso como el suyo. El apóstol comenta así el misterio de la Transfiguración del Señor que la Iglesia proclama en este segundo domingo de Cuaresma. En efecto, Jesús quiso dar un signo y una profecía de su Resurrección gloriosa, en la cual nosotros estamos llamados también a participar. Lo que se ha realizado en Jesús, nuestra Cabeza, tiene que completarse también en nosotros, que somos su Cuerpo. Éste es un gran misterio para la vida de la Iglesia, pues no se ha de pensar que la transfiguración se producirá sólo en el más allá, después de la muerte. La vida de los santos y el testimonio de los mártires nos enseñan que, si la transfiguración del cuerpo ocurrirá al final de los tiempos con la resurrección de la carne, la del corazón tiene lugar ya ahora en esta tierra, con la ayuda de la gracia.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo son los hombres y mujeres «transfigurados»? La respuesta es muy hermosa: Son los que siguen a Cristo en su vida y en su muerte, se inspiran en Él y se dejan inundar por la gracia que Él nos da; son aquéllos cuyo alimento es cumplir la voluntad del Padre; los que se dejan llevar por el Espíritu; los que nada anteponen al Reino de Cristo; los que aman a los demás hasta derramar su sangre por ellos; los que están dispuestos a darlo todo sin exigir nada a cambio; los que —en pocas palabras— viven amando y mueren perdonando.

2. Así vivieron y murieron José Aparicio Sanz y sus doscientos treinta y dos compañeros, asesinados durante la terrible persecución religiosa que azotó España en los

años treinta del siglo pasado. Eran hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos. Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia. Todos ellos, según consta en los procesos canónicos para su declaración como mártires, antes de morir perdonaron de corazón a sus verdugos. La lista de los que hoy suben a la gloria de los altares por haber confesado su fe y dado su vida por ella es numerosa. Hay treinta y ocho sacerdotes de la Archidiócesis de Valencia, junto con un numeroso grupo de hombres y mujeres de la Acción Católica también de Valencia; dieciocho dominicos y dos sacerdotes de la Archidiócesis de Zaragoza; cuatro Frailes Menores Franciscanos y seis Frailes Menores Franciscanos Conventuales; trece Frailes Menores Capuchinos, con cuatro Religiosas Capuchinas y una Agustina Descalza; once Jesuitas con un joven laico; treinta y dos Salesianos y dos Hijas de María Auxiliadora; diecinueve Terciarios Capuchinos con una cooperadora laica; un sacerdote dehoniano; el Capellán de Colegio La Salle de la Bonanova, de Barcelona, con cinco Hermanos de las Escuelas Cristianas; veinticuatro Carmelitas de la Caridad; una Religiosa Servita; seis Religiosas Escolapias con dos cooperadoras laicas provenientes éstas últimas del Uruguay y primeras beatas de ese país latinoamericano; dos Hermanitas de los Ancianos Desamparados; tres Terciarias Capuchinas de Nuestra Señora de los Dolores; una Misionera Claretiana; y, en fin, el joven Francisco Castelló i Aleu, de la Acción Católica de Lleida. Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entrelazadas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas. Muchos de ellos gozaban ya en vida de fama de santidad entre sus paisanos. Se puede decir que su conducta ejemplar fue como una preparación para esa confesión suprema de la fe que es el martirio. ¿Cómo no conmovemos profundamente al escuchar los relatos de su martirio? La anciana María Teresa Ferragud fue arrestada a los ochenta y tres años de edad junto con sus cuatro hijas religiosas contemplativas. El 25 de octubre de 1936, fiesta de Cristo Rey, pidió acompañar a sus hijas al martirio y ser ejecutada en último lugar para poder así alentarlas a morir por la fe. Su muerte impresionó tanto a sus verdugos que exclamaron: «Esta es una verdadera santa». No menos edificante fue el testimonio de los de-

más mártires, como el joven Francisco Castelló Aleu, de veintidós años, químico de profesión y miembro de la Acción Católica, que consciente de la gravedad del momento no quiso esconderse, sino ofrecer su juventud en sacrificio de amor a Dios y a los hermanos, dejándonos tres cartas, ejemplo de fortaleza, generosidad, serenidad y alegría, escritas instantes antes de morir, a sus hermanas, a su director espiritual y a quien fuera su novia. O también el neosacerdote Germán Gozalbo, de veintitrés años, que fue fusilado sólo dos meses después de haber celebrado su primera misa, después de sufrir un sinfín de humillaciones y malos tratos.

3. ¡Cuántos ejemplos de serenidad y esperanza cristiana! Todos estos nuevos beatos y muchos otros mártires anónimos pagaron con su sangre el odio a la fe y a la Iglesia desatado con la persecución religiosa y el estallido de la guerra civil, esa gran tragedia vivida en España durante el siglo xx. En aquellos años terribles muchos sacerdotes, religiosos y laicos fueron asesinados sencillamente por ser miembros activos de la Iglesia. Los nuevos beatos que hoy suben a los altares no estuvieron implicados en luchas políticas o ideológicas, ni quisieron entrar en ellas. Bien lo sabéis muchos de vosotros que sois familiares suyos y hoy participáis con gran alegría en esta beatificación. Ellos murieron únicamente por motivos religiosos. Ahora, con esta solemne proclamación de martirio, la Iglesia quiere reconocer en aquellos hombres y mujeres un ejemplo de valentía y constancia en la fe, auxiliados por la gracia de Dios. Son para nosotros modelo de coherencia con la verdad profesada, a la vez que honran al noble pueblo español y a la Iglesia.

¡Que su recuerdo bendito aleje para siempre del suelo español cualquier forma de violencia, odio y resentimiento! Que todos, y especialmente los jóvenes, puedan experimentar la bendición de la paz en libertad: ¡Paz siempre, paz con todos y para todos!

4. Queridos hermanos, en diversas ocasiones he recordado la necesidad de custodiar la memoria de los mártires. Su testimonio no debe ser olvidado. Ellos son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos. Es preciso que las Iglesias particulares hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio. Al inicio del tercer milenio, la Iglesia que camina en España está llamada a vivir una nueva primavera de cristianismo, pues ha sido bañada y fecundada con la sangre de tantos

mártires. «Sanguis martyrum, semen christianorum!». ¡La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos! (Tertuliano, «Apol.», 50,13: CCL 1,171). Esta expresión, acuñada durante las persecuciones de los primeros siglos, debe hoy llenar de esperanza vuestras iniciativas apostólicas y esfuerzos pastorales en la tarea, no siempre fácil, de la nueva evangelización. Contáis para ello con la ayuda inigualable de vuestros mártires. Acordaos de su valor, «fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre» (Hb 13,7-8).

5. Deseo confiar a la intercesión de los nuevos beatos una intención que lleváis profundamente arraigada en vuestros corazones: el fin del terrorismo en España. Desde hace varias décadas estáis siendo probados por una serie horrenda de violencias y asesinatos que han causado numerosas víctimas y grandes sufrimientos. En la raíz de tan lamentables sucesos hay una lógica perversa que es preciso denunciar. El terrorismo nace del odio y a su vez lo alimenta, es radicalmente injusto y acrecienta las situaciones de injusticia, pues ofende gravemente a Dios y a la dignidad y los derechos de las personas. ¡Con el terror, el hombre siempre sale perdiendo! Ningún motivo, ninguna causa o ideología pueden justificarlo. Sólo la paz construye los pueblos. El terror es enemigo de la humanidad.

6. Amados en el Señor, también a nosotros la voz del Padre nos ha dicho hoy en el Evangelio: «Este es mi Hijo, el escogido; escuchadle» (Lc 9,35). Escuchar a Jesús es seguirlo e imitarlo. La cruz ocupa un lugar muy especial en este camino. Entre la cruz y nuestra transfiguración hay una relación directa. Hacernos semejantes a Cristo en la muerte es la vía que conduce a la resurrección de los muertos, es decir, a nuestra transformación en Él (cf. Flp 3,10-11). Ahora, al celebrar la Eucaristía, Jesús nos da su cuerpo y su sangre, para que en cierto modo podamos degustar aquí en la tierra la situación final, cuando nuestros cuerpos mortales sean transfigurados a imagen del cuerpo glorioso de Cristo. Que María, Reina de los mártires, nos ayude a escuchar e imitar a su Hijo. A Ella, que acompañó a su divino Hijo durante su existencia terrena y permaneció fiel a los pies de la Cruz, le pedimos que nos enseñe a ser fieles a Cristo en todo momento, sin decaer ante las dificultades; nos conceda la misma fuerza con que los mártires confesaron su fe. Al invocarla como Madre, imploro sobre todos los aquí presentes, así como sobre vuestras familias los dones de la paz, la alegría y la esperanza firme.



«En ellos, como en todos los mártires, la Iglesia ha encontrado siempre una semilla de vida»

Palabras de Su Santidad a los peregrinos españoles al día siguiente de la beatificación

Queridos hermanos y hermanas:

1. Me es grato tener este encuentro con vosotros, amados peregrinos españoles que, acompañados por un numeroso grupo de obispos y sacerdotes, así como de autoridades civiles de vuestros pueblos y regiones, habéis participado ayer en la solemne beatificación de doscientos treinta y tres hombres y mujeres mártires de la persecución religiosa que, en los años 1936-1939, afligió a la Iglesia en vuestra Patria. La de ayer fue la primera beatificación del nuevo siglo y del nuevo milenio y es significativo que fuera de mártires. En efecto, el siglo que hemos concluido ha sido uno en los que no han faltado tribulaciones en las que muchos cristianos «han dado su vida por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (cf. Hch 15, 26).

Saludo con afecto a los Señores Cardenales Antonio María Rouco, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, y Ricardo María Carles, Arzobispo de Barcelona, así como a Mons. Agustín García-Gasco, Arzobispo de Valencia, diócesis de la que proceden la mayoría de los nuevos beatos, a Mons. Francisco Ciuraneta, Obispo de Lleida, y a los demás Arzobispos y Obispos aquí presentes. Así mismo quiero dar la bienvenida a las autoridades autonómicas, provinciales y locales, que representan a los pueblos que cuentan ahora con nuevos beatos entre sus hijos ilustres. Estos nuevos mártires siembran toda la geografía española con su mensaje. En efecto, si tenemos en cuenta su origen, provienen de treinta y siete diócesis y representan a trece Comunidades Autónomas, pero su testimonio llega a abarcar todo el territorio español, y, por eso, es toda la Iglesia en España la que ayer se alegró con este reconocimiento.

2. Muchos de vosotros sois descendientes, familiares o convecinos de los nuevos Beatos. Sé que está presente la viuda de uno de ellos, militante de la Acción Católica, así como muchos hermanos, hijos y nietos de los mártires. Algunos sois hermanos en religión de los religiosos que han subido a la gloria de los altares. Otros sois vecinos de sus lugares de origen, de donde ejercieron su ministerio, de donde fueron martirizados o de donde están sepultados. Imagino la emoción que experimentáis en estos momentos que, por tantos años, habéis esperado. En vuestra vida de fe, sin duda alguna, su ejemplo os ha sido alentador pues habéis conservado su memoria y, en algunos casos, hasta recuerdos personales.

La Beatificación de ayer ha sido la más numerosa de mi Pontificado. En efecto, han sido elevados a los altares

doscientos treinta y tres mártires. Pero un número tan notable no hace olvidar las características individuales. En efecto, en todos hay una historia personal, un nombre y un apellido propio, unas circunstancias que hacen de cada uno de ellos un modelo de vida, que es más elocuente aún con la muerte libremente asumida como prueba suprema de su adhesión a Cristo y a su Iglesia.

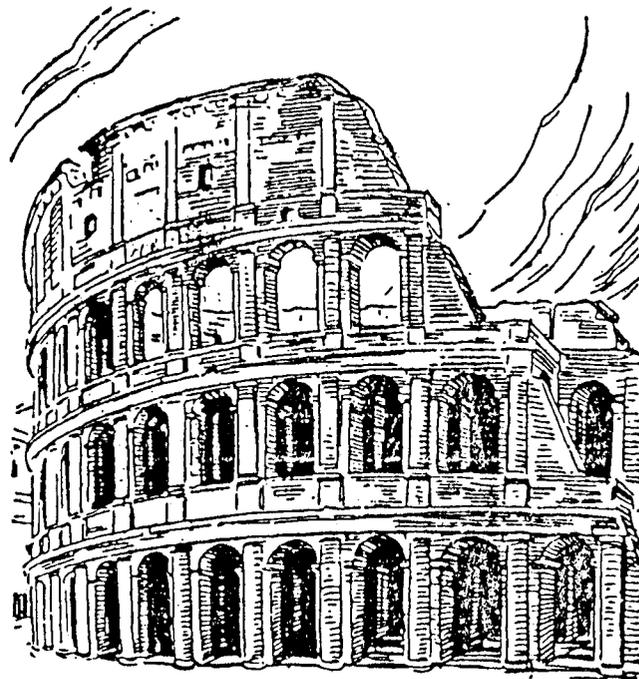
Estos mártires, a los que hoy nos referimos con gratitud y veneración, son como un gran cuadro del Evangelio de las Bienaventuranzas, un hermoso abanico de la variedad de la única y universal vocación cristiana a la santidad (cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*, cap. V). Proclamando ayer la santidad de este numeroso grupo de mártires, la Iglesia da gloria a Dios. La santidad no es solamente privilegio reservado para unos pocos. Los caminos de la santidad son múltiples y se recorren a través de los pequeños acontecimientos concretos de cada día, procurando en cada situación un acto de amor. Así lo han hecho los nuevos beatos mártires. Aquí reside el secreto del cristianismo vivido en plenitud. El cristianismo realmente vital que todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a vivir. Todos estamos llamados a la santidad. Pues lo que Dios quiere, en definitiva, de nosotros es que seamos santos (cf. 1 Tes 4, 3). Queridos hermanos y hermanas de España, creo que también a vosotros, como lo acabo de hacer a todos los fieles en la reciente carta apostólica «Novo millennio ineunte», debo proponeros de nuevo con convicción «este alto grado de la vida cristiana ordinaria» (NMI, 31). Que vuestro camino personal, el de vuestras familias y comunidades parroquiales sea, hoy más que nunca, un camino de santidad.

3. Así nos encontramos sacerdotes que, misacantanos o ancianos, ejercían los más diversos ministerios: párrocos, vicarios, canónigos, profesores; religiosos provenientes de los vastos campos del ejercicio de la caridad, por medio de la enseñanza, la atención a ancianos y enfermos; hombres y mujeres, solteros o casados, padres de familia, trabajadores de varios sectores. En el origen de su martirio y de su santidad está el mismo Cristo. El denominador común de todos ellos es su opción radical por Cristo por encima de todas las cosas, incluso de la propia vida. Bien podían expresar con san Pablo: «para mi vivir es Cristo y una ganancia el morir» (Filp 1, 21). Con su vida y sobre todo con su muerte nos enseñan que nada hay que anteponer al amor que Dios nos tiene y que nos manifiesta en

Cristo Jesús. En ellos, como en todos los mártires, la Iglesia ha encontrado siempre una semilla de vida. Tanto es así, que podemos afirmar que las comunidades de los primeros tiempos se fraguaron en la sangre de los mártires. Pero el martirio no es una realidad perteneciente al pasado, sino también una realidad del tiempo actual. Por ello, he escrito en la reciente Carta apostólica ¿no lo será también para el siglo y milenio que estamos iniciando? (cf. «Novo millennio Ineunte», 41). En efecto, es una realidad constatada que en nuestro tiempo han vuelto los mártires. Y si bien es cierto que los tiempos han cambiado, también lo es que cada día surge la posibilidad de seguir padeciendo sufrimientos por amor de Cristo. El horizonte que se presenta delante de nosotros es, pues, amplio y apasionante. Los cristianos siempre y en todo lugar han de estar dispuestos a difundir la luz de la vida, que es Cristo, incluso hasta el derramamiento de sangre (cf. «Dignitatis humanae», 14). Debemos estar dispuestos a seguir las huellas de los mártires y a vivir, como ellos, la santidad plenamente con Él, por Él y en Él. La herencia de estos valientes testigos de la fe, «archivos de la Verdad escritos con letras de sangre» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 2474), nos ha legado un patrimonio que habla con una voz más fuerte que la de la indiferencia vergonzante. Es la voz que reclama la urgente presencia en la vida pública. Una presencia viva y serena que con la meridiana transparencia del Evangelio nos llevará a presentar con naturalidad, pero también con firmeza su siempre actual radicalidad a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Se trata, pues, de

un legado cuyo lenguaje es el del testimonio. Que este patrimonio siga produciendo frutos abundantes a través de vuestras vidas y compromiso y ponga de manifiesto la extraordinaria presencia del Misterio de Dios que, actuando siempre y en todo lugar, nos llama a la reconciliación y a la vida nueva en Cristo.

4. Queridos hermanos: Su testimonio no se puede ni se debe olvidar. Ellos manifiestan la vitalidad de vuestras Iglesias locales. Que su ejemplo haga de cada uno testigos vivos y creíbles de la Buena Nueva para los nuevos tiempos. Que su imitación conduzca a producir en la sociedad actual abundantes frutos de amor y esperanza. Este es mi deseo. Promoved la cultura de la vida. Hacedlo con la palabra, pero también con gestos concretos. La oración por la radical y sincera conversión de todos a la ley del Amor y el compromiso específico y generoso por ella constituyen el fundamento de la convivencia entre los hombres, las familias y los pueblos. Volved a vuestros pueblos y a vuestras comunidades dispuestos a trabajar apostólicamente en la Iglesia y para la Iglesia. Haced realidad las Bienaventuranzas en vuestros lugares de procedencia. Impregnad con el único programa del Evangelio, que es el programa del amor, la realidad cotidiana. Llevad a Cristo a vuestras vidas, a vuestras comunidades, a vuestros pueblos y a vuestra historia. Sed siempre y en todo lugar testigos vivos y creíbles del amor, de la unidad y de la paz. En esta tarea os acompaña siempre mi oración, mi afecto y bendición que de corazón os imparto.



233 mártires de la persecución religiosa en España

Juan Pablo II, hablando a los peregrinos españoles, al recordar que acababa de realizar la beatificación más numerosa de su pontificado, advertía que tras un número tan notable hay 233 historias personales, con sus nombres y apellidos, y «unas circunstancias que hacen de cada uno de ellos un modelo de vida, que es más elocuente aún con la muerte». Con el deseo de contribuir a su recuerdo, publicamos la lista completa, tomada de *L'Osservatore Romano* (edición española, 9 de marzo de 2001).

Sacerdotes seculares y laicos de la archidiócesis de Valencia

SACERDOTES DIOCESANOS

1. **José Aparicio Sanz**, arcipreste de Enguera, martirizado junto con su coadjutor (n. 12).
2. **Fernando González Añón**, párroco de Turis.
3. **Juan Ventura Solsona**, arcipreste de Villahermosa del Río.
4. **José Ruiz Bruixola**, párroco de San Nicolás, de Valencia.
5. **Ramón Martí Soriano**, cura regente de Vallada.
6. **Joaquín Vilanova Camallonga**, coadjutor de Ibi.
7. **Enrique Morant Pellicer**, cura de Barx.
8. **Carmelo Sastre Sastre**, párroco de Piles.
9. **Vicente Ballester Far**, capellán de las Agustinas de Jávea.
10. **Ramón Esteban Bou Pascual**, cura regente de Planes.
11. **Pascual Ferrer Botella**, capellán de San Vicente de Algemesí.
12. **Enrique Juan Requena**, coadjutor de Enguera, martirizado junto con su párroco (n. 1).
13. **Elías Carbonell Mollá**, coadjutor de Cocentaina, martirizado junto con su hermano Juan (n. 14).
14. **Juan Carbonell Mollá**, coadjutor de Cocentaina, martirizado junto con su hermano Elías (n. 13).
15. **Pascual Penadés Jornet**, regente de Bélgida.
16. **Salvador Ferrandis Seguí**, párroco de Pedreguer.
17. **José Toledo Pellicer**, coadjutor de Banyeres.
18. **Fernando García Sendra**, cura de Sagra.
19. **José García Mas**, capellán del Ecce-Homo de Pego.
20. **José María Segura Penadés**, coadjutor de Onteniente.
21. **Salvador Estrugo Solves**, capellán del Hospital de Alberique.
22. **Vicente Sicluna Hernández**, párroco de Navarrés.
23. **Vicente María Izquierdo Alcón**, párroco de La Poble de Farnals.
24. **José María Ferrándiz Hernández**, arcipreste de Alcoy.
25. **Francisco Ibáñez Ibáñez**, abad de la colegiata de Játiva.
26. **José González Huguet**, párroco de Cheste.
27. **José Fenollosa Alcayna**, canónigo de la colegiata de San Bartolomé, de Valencia.

28. **Félix Yuste Cava**, párroco de San Juan y San Vicente, de Valencia.
29. **Vicente Pelufo Corts**, capellán de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, de Alzira.
30. **José Canet Giner**, vicario de Catamarruch.
31. **Francisco Sendra Ivars**, cura regente de Calpe.
32. **Diego Llorca Llopis**, coadjutor de Benissa.
33. **Alfonso Sebastiá Viñals**, director de la Escuela de formación social de Valencia.
34. **Germán Gozalbo Andreu**, misacantano de Torrente.
35. **Gonzalo Viñes Masip**, canónigo de la colegiata de Játiva.
36. **Vicente Rubiols Castelló**, cura párroco de La Poble Llarga.
37. **Antonio Silvestre Moya**, cura ecónomo de Santa Tecla, de Játiva.

MUJERES DE ACCIÓN CATÓLICA

38. **Amalia Abad Casasempere**, viuda y madre de dos hijas, dedicada a sus labores.
39. **Ana María Aranda Riera**, soltera, sus labores.
40. **Florencia Caerols Martínez**, soltera, obrera textil.
41. **María Climent Mateu**, martirizada junto con su madre; sus labores.
42. **Társila Córdoba Belda**, madre de tres hijos fallecidos, viuda, sus labores.
43. **Francisca Cualladó Baixauli**, soltera, modista.
44. **María Teresa Ferragud Roig**, martirizada a sus 83 años junto con sus cuatro hijas, religiosas de clausura (nn. 117, 118, 119 y 122), sus labores.
45. **Luisa María Frías Cañizares**, soltera, profesora de la universidad de Valencia.
46. **Encarnación Gil Valls**, soltera, maestra nacional.
47. **María Jordá Botella**, soltera, sus labores.
48. **Herminia Martínez Amigó**, martirizada junto con su marido, sus labores.
49. **María Luisa Montesinos Orduña**, soltera, martirizada junto con su padre, sus tres hermanos y su tío; sus labores.
50. **Josefina Moscardó Montalvá**, soltera; sus labores.

51. **María del Olvido Noguera Albelda**, soltera; sus labores.
52. **Crescencia Valls Espí**, martirizada junto con sus tres hermanas; sus labores.
53. **María de la Purificación Vidal Pastor**, soltera; sus labores.
54. **María del Carmen Viel Ferrando**, soltera; sus labores.
55. **Pilar Villalonga Villalba**, soltera; sus labores.
56. **Sofía Ximénez Ximénez**, viuda, madre de dos hijos; sus labores; martirizada junto con su hermana Purificación, religiosa (n. 204) y con otra religiosa (n. 205).
62. **Ismael Escrihuela Esteve**, casado, padre de tres hijos.
63. **Juan Bautista Faubel Cano**, casado, padre de tres hijos; pirotécnico.
64. **José Ramón Ferragud Girbés**, casado, padre de ocho hijos, labrador.
65. **Vicente Galbis Gironés**, casado, padre de un hijo; abogado.
66. **Juan Gongga Martínez**, soltero; oficinista.
67. **Carlos López Vidal**, casado, sin hijos; segundo sacristán de la colegiata de Gandía.
68. **José Medes Ferris**, casado, sin hijos; martirizado junto con sus tres hermanos religiosos.

HOMBRES Y JÓVENES DE ACCIÓN CATÓLICA

57. **Rafael Alonso Gutiérrez**, casado, padre de seis hijos; administrador de correos.
58. **Marino Blanes Giner**, casado, padre de nueve hijos.
59. **José María Corbín Ferrer**, soltero, universitario.
60. **Carlos Díaz Gandía**, casado, padre de una niña de ocho meses, martirizado junto con Rafael Alonso (n. 57).
61. **Salvador Damián Enguix Garés**, viudo, padre de seis hijos; veterinario.
69. **Pablo Meléndez Gonzalo**, abogado y periodista, casado, padre de diez hijos, martirizado junto con su hijo Alberto.
70. **José Perpiñá Nacher**, casado; telegrafista y abogado.
71. **Arturo Ros Montalt**, casado y padre de seis hijos; trabajador de la yutera.
72. **Pascual Torres Lloret**, casado y padre de cuatro hijos; constructor.
73. **Manuel Torró García**, casado, sin hijos; aparejador.
74. **José María Zabal Blasco**, casado, padre de tres hijos; empleado de la Estación del Norte de Valencia.

*Causa de la orden de Frailes Predicadores (dominicos)**

Este grupo comprende 18 Frailes Predicadores de la provincia religiosa de Aragón. A esta provincia pertenecieron san Vicente Ferrer, san Luis Bertrán y los beatos Dalmacio Moner y Francisco Coll.

Son los primeros dominicos españoles víctimas de la persecución religiosa de la II República española elevados al honor de los altares.

Nueve de los nuevos beatos eran miembros del convento de Calanda (Teruel), entonces casa de formación; cinco de Valencia y cuatro de Barcelona.

A ellos se unen dos sacerdotes de la archidiócesis de Zaragoza.

75. **Jacinto Serrano López**, vicario provincial.
76. **Luis Urbano Lanaspá**, vicario provincial.
77. **Constantino Fernández Álvarez**.
78. **Rafael Pardo Molina**, cooperador.
79. **Lucio Martínez Mancebo**, maestro de novicios.
80. **Antonio Manuel López Couceiro**.
81. **Felicísimo Díez González**.
82. **Saturio Rey Robles**.
83. **Tirso Manrique Melero**.
84. **Gumersindo Soto Barros**, cooperador.
85. **Lamberto María de Navascués y de Juan**, novicio, cooperador.
86. **José María Muro Sanmiguel**.
87. **Joaquín Prats Baltueña**, novicio, clérigo.
88. **Francisco Calvo Burillo**.
89. **Francisco Monzón Romeo**.

90. **Ramón Peiró Victori**.
91. **José María Vidal Segú**.
92. **Felipe Santiago Meseguer Burillo**.

SACERDOTES DE LA ARCHIDIÓCESIS DE ZARAGOZA INCLUIDOS EN ESTE PROCESO

93. **Manuel Aibert Ginés**, coadjutor de Calanda.
94. **Zósimo Izquierdo Gil**, párroco de Castelserás.

*Véase en este mismo número el artículo del P. Lorenzo Galmés, O.P., «Dominicos mártires en Cataluña».

Orden de Frailes Menores

95. **Pascual Fortuño Almela**, vicario del convento de Santo Espíritu del Monte, martirizado con un golpe de machete en el pecho.
96. **Plácido García Gilabert**, fue atrocemente mutilado y asesinado.
97. **Alfredo Pellicer Muñoz**, estudiante de teología, fusilado.
98. **Salvador Mollar Ventura**, sacristán del colegio de Benissa, fusilado.

Orden de Frailes Menores Conventuales

Estos seis mártires eran miembros de la comunidad religiosa de Granollers (Barcelona), la única que la orden de los Frailes Menores Conventuales había erigido en España a principios del siglo xx, después de la supresión llevada a cabo por el rey Felipe II en 1567.

La violenta persecución sorprendió a los religiosos en sus puestos de trabajo, dispuestos a confesar su fidelidad a Cristo. En la tarde del 20 de julio, los milicianos de la FAI quemaron la iglesia y el convento, mientras que todos los religiosos se dispersaron y buscaron refugio junto a amigos y bienhechores. Sin embargo, muy pronto fueron descubiertos y, en fechas distintas, del 27 de julio a los

primeros días de septiembre, fueron arrestados, encarcelados, juzgados sumariamente y, en fin, matados por el simple hecho de ser religiosos y sacerdotes franciscanos.

- 99. **Modesto Vegas Vegas**, sacerdote.
- 100. **Dionisio Vicente Ramos**, sacerdote, martirizado junto con el siguiente.
- 101. **Francisco Remón Játiva**, hermano.
- 102. **Alfonso López López**, sacerdote, martirizado junto con el siguiente.
- 103. **Miguel Remón Salvador**, hermano.
- 104. **Pedro Rivera Rivera**, sacerdote.

Causa de la orden de Frailes Menores Capuchinos

En el grupo de los mártires españoles de la orden de los Frailes Menores Capuchinos hay 12 religiosos y 5 monjas Clarisas Capuchinas.

Los capuchinos, sacerdotes y hermanos, pertenecían todos a la provincia religiosa de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia, y fueron asesinados en distintos lugares, sin hacerles ningún proceso formal previo.

Todos ellos, de edades diferentes que van de los 23 a los 80 años, provenientes de las distintas fraternidades de la provincia religiosa, empeñados en trabajos y apostolados diversos, predicadores, confesores, profesores, formadores; otros empeñados en los trabajos de servicio a la fraternidad y a la gente que se acercaba al convento. A este grupo se añaden una monja agustina hermana de tres de las capuchinas, con su madre, que quiso estar junto a sus hijas hasta la muerte.

- 105. **Aurelio de Vinalesa (José Ample Alcaide)**, sacerdote.
- 106. **Ambrosio de Benaguacil (Luis Valls Matamales)**, sacerdote.
- 107. **Pedro de Benissa (Alejandro Mas Ginestar)**, sacerdote.
- 108. **Joaquín de Albocácer (José Ferrer Adell)**, sacerdote.
- 109. **Modesto de Albocácer (Modesto García Martí)**, sacerdote.
- 110. **Germán de Carcagente (Jorge María Garrigues Hernández)**, sacerdote.
- 111. **Buenaventura de Puzol (Julio Esteve Flors)**, sacerdote.
- 112. **Santiago de Rafelbuñol (Santiago Mestre Iborra)**, sacerdote.
- 113. **Enrique de Almacera (Enrique García Beltrán)**, diácono.
- 114. **Fidel de Puzol (Mariano Climent Sanchis)**, hermano.
- 115. **Berardo de Lugar Nuevo de Fenollet (José Bleda Grau)**, hermano.

- 116. **Pacífico de Valencia (Pedro Salcedo Puchades)**, hermano lego.

CINCO RELIGIOSAS CAPUCHINAS DE LA ORDEN DE SANTA CLARA, DEL MONASTERIO DE AGULLENT, INCLUIDAS EN ESTE PROCESO

- 117. **María Jesús (María Vicenta Masiá Ferragud)**.
- 118. **María Verónica (María Joaquina Masiá Ferragud)**.
- 119. **María Felicidad (María Felicidad Masiá Ferragud)**.

Estas tres eran religiosas clarisas capuchinas y fueron martirizadas junto con anciana madre (n. 44) y otra hermana religiosa, agustina descalza (n. 122).

- 120. **Isabel Calduch Rovira**, del monasterio de Castellón de la Plana.
- 121. **Milagros Ortells Gimeno**, del monasterio de capuchinas de la calle de Ruzafa, de Valencia.
- 122. **Josefa de la Purificación Masiá Ferragud**, agustina descalza (en el siglo: María Josefa Ramona), martirizada junto con su anciana madre (n. 44) y sus tres hermanas religiosas clarisas capuchinas (nn. 117, 118, 119).

Religiosas Hermanitas de los Ancianos Desamparados

Las dos religiosas pertenecían a la comunidad de Requena (Valencia) y fueron martirizadas juntas en el término municipal de Buñol (Valencia) el 8 de septiembre de 1936.

- 228. **Josefa de San Juan Ruano García**.
- 229. **Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany**.

Compañía de Jesús

Los beatos mártires jesuitas pertenecían al territorio de la provincia de Aragón de entonces; eran siete padres y cuatro hermanos. A ellos se añade un laico, don Luis Campos Górriz, antiguo alumno, congregante mariano y dirigente nacional de Acción Católica.

La Compañía de Jesús estaba legalmente disuelta en España desde 1932; los novicios y los jóvenes en formación, con sus profesores y formadores, fueron acogidos por diversas provincias europeas y pudieron proseguir en ellas su formación. Un número apreciable de padres y hermanos continuaron viviendo dispersos y en clandestinidad, realizando su ministerio con grandes dificultades y en medio de circunstancias adversas. A partir del comienzo de la guerra civil (julio 1936) la persecución religiosa se hizo más intensa y sus vidas estaban en peligro. De hecho, más de un centenar de jesuitas sufrieron el martirio durante esos años.

Entre los beatificados había superiores de comunidad y operarios, enfermeros y electricistas, rectores y profesores de colegios, un eminente profesor de derecho canónico, directores de Congregaciones marianas, así como

los que se dedicaban con especial predilección a los más pobres y a trabajar con la juventud obrera. Sabían que sus vidas estaban en peligro, se les ofreció ocultarse o huir, pero prefirieron permanecer consolando a sus hermanos, celebrando la eucaristía y el ministerio de la reconciliación. Testimoniaron su fidelidad a Cristo y a su Iglesia, no ocultaron su identidad de religiosos y jesuitas, ofreciendo sus personas a seguir al Rey eterno en la pena hasta el derramamiento de la sangre.

123. **Tomás Sitjar Fortiá**, superior de la residencia de Gandía.
124. **Constantino Carbonell Sempere**.
125. **Pedro Gelabert Amer**.
126. **Ramón Grimaltós Monllor**.
127. **Pablo Bori Puig**.
128. **Vicente Sales Genovés**.
129. **José Tarrats Comaposada**.
130. **Darío Hernández Morató**.
131. **Narciso Basté Basté**.
132. **Alfredo Simón Colomina**.
133. **Juan Bautista Ferreres Boluda**, murió víctima de los sufrimientos padecidos antes de que llegaran los asesinos.
134. **Luis Campos Górriz**, congregante mariano, antiguo alumno de los jesuitas.

Un sacerdote dehoniano

187. **Mariano Juan María de la Cruz García Méndez**, párroco en la diócesis de Ávila desde 1916. En 1926 ingresó en la congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús.

Una monja servita

218. **María Guadalupe Ricart Olmos**, del monasterio servita de Nuestra Señora del Pie de la Cruz, de Valencia; su cuerpo fue hallado monstruosamente destrozado y desfigurado.

Una religiosa claretiana

227. **María Patrocinio Giner Gomis de San Juan**. Por muchos años formadora de las jóvenes generaciones de claretianas y educadora en Carcagente. Fundadora de la comunidad y colegio en Puerto de Sagunto. Sufrió la primera persecución el año 1931. Entregó la vida por Cristo y su Evangelio ofreciéndola por la paz y reconciliación.

Terciarias Capuchinas

La forma de vida que las identificó como Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia fue el seguimiento de Jesucristo como menores y penitentes, según los ideales de san Francisco de Asís y el espíritu legado por el venerable padre Luis Amigó, reflejado en las actitudes del Buen Pastor en la misión específica de las obras de misericordia, corporales y espirituales, con los más pobres y necesitados.

La Sagrada Familia de Nazaret, desde su vida oculta y sencilla fue para ellas modelo de oración, humildad, vida de familia y disponibilidad a la voluntad de Dios hasta el martirio.

En el ejercicio humilde de su apostolado fueron sorprendidas por la persecución religiosa, encontrando la muerte en Puzol y Gilet, localidades de la provincia de Valencia (España), donde demostraron la solidez de su fe y la fidelidad a sus compromisos.

230. **M. Victoria Quintana Argos (Rosario de Soano)**.
231. **María Fenollosa Alcaina (Francisca Javier de Rafelbuñol)**.
232. **Manuela Fernández Ibero (Serafina de Ochovi)**.

*Sociedad Salesiana de San Juan Bosco**

Los salesianos martirizados en la España republicana fueron 88, a los que se añaden dos salesianas y cinco seglares cooperadores. La mayoría fueron asesinados por separado o en grupos reducidos en lugares, situaciones y fechas muy diferentes, a causa de la dispersión obligada en diversos domicilios, muchas veces en grandes ciudades. La mayor parte murieron sin ningún juicio previo, pocos con uno de mero trámite, y sólo nos consta un juicio formal en el Tribunal de Espionaje y Alta Traición de Barcelona: en él fue condenado a muerte el sacerdote don Julio Junyer Padern el 23 de marzo de 1938, sentencia que se cumplió al ser fusilado en los fosos de Montjuic el 26 de abril de 1938.

La provincia salesiana tarraconense en aquellas fechas abarcaba Cataluña, Valencia, Baleares y Aragón. Un buen grupo de sus religiosos se hallaba en el colegio salesiano de Valencia, de la calle Sagunto, practicando los ejercicios espirituales que todos los hijos de san Juan Sosco solían tener cada verano.

El primer grupo de salesianos martirizados está formado por nueve religiosos de la comunidad de Valencia, detenidos todos ellos en julio de 1936 y ejecutados en lugares distintos:

- 135. **José Calasanz Marqués**, sacerdote, inspector de la provincia tarraconense.
- 136. **Jaime Buch Canals**, coadjutor.
- 137. **Juan Martorell Soria**, sacerdote.
- 138. **Pedro Mesonero Rodríguez**, clérigo.

Los cinco que siguen, después de haber pasado algunos meses en San Miguel de los Reyes y en la Cárcel Modelo de Valencia, fueron fusilados en el Picadero de Paterna el 9 de diciembre de 1936.

- 139. **Antonio Martín Hernández**, sacerdote.
- 140. **Recaredo de los Ríos Fabregat**, sacerdote.
- 141. **Julián Rodríguez Sánchez**, sacerdote.
- 142. **José Giménez López**, sacerdote.
- 143. **Agustín García Calvo**, coadjutor.

COMUNIDAD DE ALCOY (ALICANTE)

- 144. **José Otín Aquilué**, sacerdote.
- 145. **Ivaro Sanjuan Canet**, sacerdote.

COMUNIDAD DE SARRIÁ (BARCELONA)

- 146. **Francisco Bandrés Sánchez**, sacerdote.
- 147. **Sergio Cid Pazo**, sacerdote.
- 148. **José Batalla Parramón**, sacerdote.
- 149. **José Rabasa Bentanachs**, sacerdote.
- 150. **Gil Rodicio Rodicio**, coadjutor.

- 151. **Ángel Ramos Velázquez**, coadjutor.
- 152. **Felipe Hernández Martínez**, estudiante de teología.
- 153. **Zacarias Abadía Buesa**, clérigo.
- 154. **Jaime Ortiz Alzueta**, coadjutor.
- 155. **Javier Bordás Piferer**, clérigo.
- 156. **Félix Vivet Trabal**, clérigo.
- 157. **Miguel Domingo Cendra**, clérigo.

COMUNIDAD DEL TIBIDABO, DE BARCELONA

- 158. **José Caselles Moncho**, sacerdote.
- 159. **José Castell Camps**, sacerdote.

COMUNIDAD DE LA CALLE DE ROCAFORT, DE BARCELONA

- 160. **José Bonet Nadal**, sacerdote.
- 161. **Santiago Bonet Nadal**, sacerdote, primo hermano del anterior.

COMUNIDAD DE SANT VICENT DELS HORTS, BARCELONA

- 162. **Alejandro Planas Saurí**, fiel laico, célibe, conocido como *El Sord*, por lo que no pudo profesar como salesiano, aunque lo fue por voluntad y dedicación.
- 163. **Eliseo García García**, coadjutor.

COMUNIDAD DE GERONA

- 164. **Julio Junyer Padern**, sacerdote, condenado a muerte por el Tribunal de Espionaje y Alta Traición, que manifestó su odio al sacerdote.

El 6 de septiembre de 1936 alcanzaron el martirio en Barcelona dos Hijas de María Auxiliadora, del colegio de Santa Dorotea de Sarriá (Barcelona), unidas en su renuncia a la libertad para atender a una hermana enferma, unidas también al dar la vida por Cristo:

- 165. **María del Carmen Moreno Benítez**.
- 166. **María Amparo Carbonell Muñoz**.

*Véase en este mismo número el artículo de Nicolás Echave, «Mártires salesianos».

Terciarios Capuchinos de la Virgen de los Dolores

Guiado por el Espíritu, el padre Luis Amigó dijo a sus seguidores: «Vosotros, zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren zarzales ni emboscadas». Les confió así la misión de ser, entre los niños y jóvenes desadaptados, testigos del amor misericordioso de Cristo, que vino a buscar al que estaba perdido.

Y consciente, además, de que el amor se testimonia des-
viviéndose por la persona amada, les invitó a que estuviesen dispuestos a sacrificar incluso la propia vida en el servicio a sus muchachos. Y al trasluz de la estampa del Buen Pastor, la vida de los diecinueve amigonianos beatificados cobra un significado especial. Algo similar sucede también con la vida de la laica amigoniana Carmen García Moyón. A mediados de aquel año 1936, obligados por las autoridades, tuvieron que abandonar muchas de las instituciones que regían en favor del menor desadaptado.

167. **Vicente Cabanes Badenas**, sacerdote, después de haberle disparado cuatro tiros lo dejaron por muerto, pero pudo ser llevado al hospital de Basurto, donde murió.
168. **José Arahál de Miguel (Bienvenido María)**, sacerdote; fue martirizado bárbaramente, abierto en canal y expuesto su cuerpo al público.
169. **Salvador Chuliá Ferrandis (Ambrosio María de Torrente)**, sacerdote.
170. **Manuel Ferrer Jordá (Benito María de Burriana)**, hermano.
171. **Crescencio García Pobo**, sacerdote.
172. **Vicente Gay Zarzo (Modesto María de Torrente)**, hermano.
173. **Urbano Gil Sáez**.
174. **Agustín Hurtado Soler (Domingo María de Alboraya)**, sacerdote.
175. **Vicente Jaunzarás Gómez (Valentín María de Torrente)**, sacerdote.
176. **Salvador Ferrer Cardet (Laureano María de Burriana)**, sacerdote.
177. **Manuel Legua Martí (León María de Alacuás)**, sacerdote.
178. **Justo Lerma Martínez (Francisco María de Torrente)**, hermano.
179. **José María Llópez Mora (Recaredo María de Torrente)**, hermano.
180. **José Llosá Balaguer**, hermano.
181. **Pablo Martínez Robles (Bernardino María de Andújar)**, hermano.
182. **Florentín Pérez Romero**, sacerdote.
183. **José María Sanchís Monpó (Gabriel María de Benitayó)**, hermano.
184. **Francisco Tomás Serer**, sacerdote.
185. **Timoteo Valero Pérez**, sacerdote.

Unida a este grupo, en el proceso canónico, está también:

186. **Carmen García Moyón**, cooperadora, laica; después de haber intentado abusar de ella, los milicianos la rociaron de gasolina y la quemaron viva.

Religiosas de las Escuelas Pías (Escolapias)

Este grupo está formado por seis religiosas de la congregación de Hijas de María, religiosas de las Escuelas Pías y dos exalumnas uruguayas laicas. Cinco escolapias del colegio de Valencia, dada la situación persecutoria y antirreligiosa reinante en la ciudad, buscaron refugio en un piso de la calle de San Vicente, que el 8 de agosto de 1936 fue asaltado por unos milicianos. En un coche fueron llevadas a la playa del Saler, donde al amanecer de ese mismo día sellaron con su sangre su vida de fidelidad al Señor. Estas son:

219. **María del Niño Jesús (María Baldillou Bullit)**.
220. **Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala Presentación Gallén Martí)**.
221. **María Luisa de Jesús (María Luisa Girón Romera)**.
222. **Carmen de San Felipe Neri (Nazaria Gómez Lezaun)**.
223. **Clemencia de San Juan Bautista (Antonia Riba Mestres)**.

La madre María de la Iglesia y la laica uruguaya Dolores Aguiar-Mella desde finales de julio de 1936 vivían refugiadas en un piso en Madrid. Su hermana Consuelo Aguiar-Mella, con su familia. Después de haber pasado estos dos meses entre atropellos, registros domiciliarios, todo tipo de amenazas y persecución, el 19 de septiembre de 1936, Dolores fue detenida en la calle. Dos horas más tarde unos milicianos fueron a buscar a M. María de la Iglesia al piso donde estaba refugiada. Consuelo Aguiar-Mella, que en ese momento se encontraba allí para conocer lo que había pasado con su hermana, la acompañó. Por su fe y convicciones cristianas, claramente manifestadas, las tres fueron detenidas y martirizadas a las afueras de Madrid. Dolores y Consuelo Aguiar-Mella Díaz son las primeras beatas del Uruguay.

224. **María de Jesús (María de la Encarnación de la Iglesia de Varo)**.
225. **Dolores Aguiar-Mella Díaz**; de madre uruguaya y padre español.
226. **Consuelo Aguiar-Mella Díaz**.

Causa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y Carmelitas de la Caridad

188. **Leonardo Olivera Buera**, capellán del colegio de la Bonanova (Barcelona), sacerdote de Zaragoza; había sido párroco de Movera en Puente Gallego.

Los tres religiosos siguientes eran hermanos que formaban parte de la comunidad del colegio de la Bonanova y fueron martirizados juntos el 23 de octubre de 1936 en Benimaclet (Valencia).

189. **Ambrosio León (Pedro Lorente Vicente)**.
190. **Florencio Martín (Álvaro Ibáñez Lázaro)**.
191. **Honorato Andrés (Andrés Zorraquino Herrero)**.

Los dos religiosos siguientes formaban parte de la comunidad de Cambrils (Barcelona) y fueron martirizados juntos en Paterna (Valencia) el 22 de noviembre de 1936.

192. **Elías Julián (Jullán Torrijo Sánchez)**.
193. **Bertrán Francisco (Francisco Lahoz Moliner)**.

Estas nueve religiosas formaban la comunidad de colegio-asilo de la Purísima, de Cullera (Valencia); fueron asesinadas todas juntas en la playa del Saler, cerca de Valencia, el 19 de agosto de 1936, por un grupo de milicianos armados, que les habían obligado a subir a un camión con la excusa de trasladarlas a Valencia después de haber asaltado el colegio y haberlas sometido a violencias.

194. **Elvira Torrentallé Paraire de la Natividad de Nuestra Señora**, superiora de la comunidad.
195. **Rosa Pedret Rull de Nuestra Señora del Buen Consejo**, murió en el camino cuando la llevaban el 18 de agosto, para asesinarla.
196. **María Calaf Miracle de Nuestra Señora de la Providencia**.
197. **Francisca de Amezúa Ibaibarriaga de Santa Teresa**.
198. **María Desamparados Giner Sixta de Santísimo Sacramento**.
199. **Teresa Chambó Palés de la Divina Pastora**.
200. **Águeda Hernández Amorós de Nuestra Señora de las Virtudes**.
201. **María Dolores Vidal Cervera de San Francisco Javier**.
202. **María de las Nieves Crespo López de la Santísima Trinidad**.

Las tres religiosas siguientes fueron martirizadas en otros lugares y fechas:

203. **Ascensión Lloret Marco de San José**, martirizada junto con su hermano Salvador, escolapio.
204. **María de la Purificación Ximénez Ximénez de San José**, martirizada junto con su hermana Sofía (n. 56) y el hijo de ésta, Luis, y con la siguiente.
205. **María Josefa del Río Messa de Santa Sofía**.

Las siguientes doce religiosas, de la comunidad de la Casa de la Misericordia, fueron cargadas en un camión con la excusa de llevarlas a una guardería de niños evacuados, y fueron martirizadas todas juntas en el Picadero de Paterna (Valencia), el 24 de noviembre de 1936:

206. **Niceta Plaja Xifra de Santa Prudencia**, superiora de la Casa de la Misericordia.
207. **Paula Isla Alonso de Santa Anastasia**.
208. **Antonia Gosens Sáez de Ibarra de San Timoteo**.
209. **Darí Campillo Paniagua de Santa Sofía**.
210. **Erundina Colino Vega de Nuestra Señora del Carmen**.
211. **Consuelo Cuñado González del Santísimo Sacramento**.
212. **Concepción Odriozola Zabalía de San Ignacio**.
213. **Feliciana de Uribe Orbe de Nuestra Señora del Carmen**.
214. **Concepción Rodríguez Fernández de Santa Magdalena**.
215. **Justa Maiza Goicoechea de la Inmaculada**.
216. **Clara Ezcurra Urrutía de Nuestra Señora de la Esperanza**.
217. **Cándida Cayuso González de Nuestra Señora de los Ángeles**.

Causa de la diócesis de Lérida

233. **Francisco Castelló Aleu**, miembro de la Juventud de Acción católica de Cataluña.*

Nació el 19 de abril de 1914 en Alicante, donde su familia, de origen catalán, se encontraba por motivos de trabajo del padre. Fallecido éste, su madre con los tres hijos pequeños, dos niñas y Francisco de Paula, recién nacido, retornan a Lérida (Cataluña). Francisco realizó sus estudios en las Escuelas de los Hermanos Maristas y concluyó los estudios superiores en el Instituto Químico de Sarriá (Barcelona), de los padres jesuitas.

Llamado a cumplir el servicio militar como soldado de cuota, se encontró en medio de los acontecimientos del 19 de julio de 1936. Encarcelado en la noche del 21 al 22 de julio por los milicianos republicanos, el 29 de septiembre fue sometido a juicio ante el Tribunal popular, donde afirmó con voz clara y precisa su condición de católico: «En lo referente al delito de ser católico —dijo—, soy muy a gusto delincuente, y si mil vidas tuviera que dárselas a Dios, mil vidas le daría; así que no hace falta que me defienda».

*Sobre el beato Francisco Castelló, véase en la página siguiente el artículo de Antonio Sospedra, y en *CRISTIANDAD*, núm. 759, septiembre de 1994, un artículo de Javier Barraicoa.

Francisco Castelló: mártir de Cristo, héroe de la fe

ANTONIO SOSPEDRA Y BUYÉ, C.P.C.R.
Postulador del proceso de canonización

EL día 11 de marzo del presente año 2001, nuestro Santo padre, el Papa Juan Pablo II, proclamó solemnemente las virtudes heroicas de 233 cristianos que murieron, cual testigos de Dios y del Cuerpo Místico de Jesucristo, que es la Iglesia, frente al ateísmo agresivo hasta la máxima violencia, imperante en aquellas zonas de España bajo la dictadura de la hoz y el martillo, desde julio de 1936. Eran, mucho de ellos, sacerdotes; otros, laicos, religiosos y religiosas; pero también formaban en aquel glorioso cortejo no pocas mujeres y hombres que habían vivido ejemplarmente la consagración bautismal desde sus ocupaciones seculares. Entre estos últimos, un joven de 22 años que ejercía como ingeniero químico en la fábrica Cros de Lérida, Francisco de Paula Castelló y Aleu, y compartía penas y alegrías con su pequeña familia compuesta por dos hermanas y aquella tía paterna que había protegido su precoz orfandad; y soñaba con ilusión de futuro matrimonio con su virtuosa Mariona.

Eran mártires. Unos más de aquella multitud que no ha dejado de crecer desde el origen del cristianismo, y que no dejará de crecer hasta el fin del mundo. Lo dijo Jesús: «Si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros» (Jn 15,20). ¡Mártires! ¡Beati...! (Mt 5,11).

El hombre Jesús, el hijo de María, el que murió y resucitó, fue el primer «testigo fiel» (Apoc 1,5) de Aquel a quien «nadie ha visto jamás» porque el que actuaba a través de su humanidad era «el unigénito existente en el seno del Padre», y era Él, Jesús, quien «nos lo hacía conocer» (Jn 1,18). Y en pos de Jesús sigue el heroico cortejo de los que continúan siendo testigos fieles del amor de Dios «difundido en sus corazones por el Espíritu Santo» (Rom 5,5). Amor, Dios Amor, al que los hombres no ven pero sí que ven a sus «testigos», a los «mártires» de aquel amor al que «las muchas aguas no han podido extinguir ni los ríos podrán sofocar» (Cant 8,7); «mártires», testigos de una Esperanza heroica fundada en su fe en la Palabra de Dios.

El joven Castelló fue siempre un «mártir» de Jesucristo durante toda su vida, con aquella su vida sacrificada pero envuelta siempre con el resplandor de aquella su alegría comunicativa. Y lo fue en el seno de su pequeña familia, y en los estudios y en el trabajo. Y lo fue en su apostolado laical ejercido en el ambiente barcelonés de la «Congregació Mariana» y en el de la «Obra dels Exercicis Parroquials» organizando tandas de Ejercicios veraniegas en el seminario porque ya había sido expulsada de España la Compañía de Jesús y robada por el Estado su Casa de Ejercicios Cristo Rey de Lérida; apóstol especialmente entre la bullente juventud como promotor constante de

honestas actividades para apartarla del mal y conducirla a las fuentes de la gracia, desde aquel «Grup» de la «Federació de Joves Cristians» en que se desenvolvía su vida en Lérida. Testigo fue de Cristo especialmente durante aquel largo y doloroso calvario a que le sometió la Revolución roja, ya en el fétido estival calabozo del Castillo, desde el 21 de julio hasta el 12 de septiembre. Aquí, en la cárcel, nos lo describen los testigos organizando campeonatos de pelota vasca entre sus jóvenes compañeros, y hasta improvisando una masa coral... Y está convencido de que no tiene otra salida que la de la muerte: «Nos matarán por fascistas –le confía a otro– y nos quitarán la gloria de morir por Cristo. Pero, en fin: Dios ya lo sabe todo». Y reparte siempre alegría a su alrededor. Dice un testigo joven: «Junto a Castelló no se podía estar triste». Y se inventa trazas y va a la enfermería para visitar a personas mayores que han pasado allí no tanto como enfermos cuanto aplastados por la tristeza de verse privados de la presencia de esposa e hijos, del recuerdo del expolio de bienes familiares y de las perspectivas de muerte para ellos y de pobreza para los suyos. Y les infunde alientos con la esperanza de que todo finalmente acabará bien; y lo mismo hace escribiendo a su hermana Teresina y tía (la otra hermana, recién casada, había tenido que huir de Lérida con su marido, Alfonso Dalmau, cuya vida peligraba). Y a los dos amigos Aldomà que con su padre salían para el Tribunal Popular demasiado confiados de falsas promesas, les desencanta: «Confesaos antes; de allí no vuelve nadie». Y mosén Vallés, aquel sacerdote que ha quedado después de la última saca de sacerdotes, tiene en Francesc un buen «cómplice» para facilitarle penitentes.

«Este joven era un santo antes de que fuera mártir», me confió el arzobispo Rmo. P. Nesti, C.P., que había actuado de ponente de la causa ante los cardenales de la Congregación para los Santos. Era un «mártir» con su vida santa de 22 años. Y Dios le concedió «una inmensa suerte, que no sé cómo agradecer a Dios» –escribía humildemente–. La providencia divina ha querido escogermé a mí como víctima de los errores y pecados cometidos por nosotros.

Ante aquel tribunal que presidía un casi analfabeto obrero del ferrocarril y en el que actuaba de fiscal uno de tantos maestros nacionales seguidores del trotskista Andreu Nin, comparecieron el 29 de septiembre nueve personas acusadas de «fascistas»: un obrero ferroviario militante del partido carlista (católico, por ende y comprometido en el deseo de que España fuera fiel a su tradición), el beato Castelló y sus cuatro compañeros soldados, odiados por aquel comandante masón que el 19 de julio traicionaba a

su coronel al pretender hacerse amo de Lérída desde la emisora de radio y no lo pudo lograr porque los soldados, fieles a la orden recibida, le cerraron el paso; y aquel mismo día, dueño ya del castillo con su colega de fidelidad a la masonería, el teniente coronel, fue metiendo uno tras otro a los cinco jóvenes al calabozo con la etiqueta de «fascistas». Los otros tres era unos cabos rebeldes dentro de las «milicias antifascistas». Para todos, pena de muerte. Pero a estos tres últimos los indultan poco después. ¿Por qué? La historia revela tantas cosas!... Uno de ellos,

el mejor testigo que tuvimos en el proceso canónico del heroísmo del beato Castelló, era afiliado de antiguo a la CNT: fue a la cadena perpetua, de la que le sacaron las tropas nacionales en Solsona. Providencias admirables de Dios que juega con los aconteceres humanos.

Y el Papa, dirigiéndose a toda la Iglesia que lucha y espera la vida eterna junto a su cabeza, el «testigo fiel», nos ha dicho que Francisco Castelló y Aleu está en el cielo. Que es ya un «beato» que ha recibido ya el premio de su heroísmo teñido con su sangre inocente.

Cartas del beato Francisco Castelló Aleu

El beato Francisco escribió tres cartas de despedida en el poco tiempo que medió entre la sentencia de muerte y el martirio, que hicieron llorar de emoción al papa Pío XI: una está dirigida a su hermana soltera y a su tía, que le había hecho de madre y tutora; otra a su novia, Maria Pelegrí, y una tercera a su director espiritual.

Carta a sus familiares

Queridas:

Acaban de leerme la pena de muerte y jamás he estado tan tranquilo como ahora. Estoy seguro de que esta noche estaré con mis padres en el cielo; allí os esperaré a vosotras.

La Providencia divina ha querido escogerme a mí como víctima de los errores y pecados cometidos por nosotros. Voy con gusto y tranquilidad a la muerte. Nunca como hasta ahora tendré tantas posibilidades de salvación.

Se ha terminado mi misión en esta vida. Ofrezco a Dios los sufrimientos de esta hora.

No quiero en modo alguno que lloréis por mí: es eso lo único que os pido. Estoy muy contento, muy contento. Os dejo con pena a vosotras, a quienes tanto he amado, pero ofrezco a Dios este afecto y todos los lazos que me retendrían en este mundo.

Teresina: sé valiente. No llores por mí. Soy yo quien ha tenido una inmensa suerte, que no sé cómo agradecer a Dios. He cantado el «Amunt, que és sols camí d'un dia» [el himno de los ejercitantes] con toda propiedad. Perdóname las penas y los sufrimientos que te he causado involuntariamente. Yo siempre te he querido mucho. No quiero que llores por mí ¿oyes?

María: Pobre hermanita mía. También tú serás valiente y no te abrumará este golpe de la vida. Si Dios te da hijos, les darás un beso de mi parte, de parte de su tío, que los amará desde el cielo. A mi curado un fuerte abrazo. Espero de él que será vuestra ayuda en este mundo y sabrá sustituirme.

Tía: en este momento siento un profundo agradeci-

miento por cuanto Vd. ha hecho por nosotros. Nos encontraremos en el cielo dentro de unos años. Sepa Vd. gastarlos con toda clase de generosidad.

Desde el cielo rogará por Vd. este que le quiere tanto.

Saludos a Bastida, a la señora Francisqueta, a los «didos», a Puig, a López, a los amados compañeros de la Federación, que no quiero nombrar. A todos los amigos les diréis que muero contento y me acordaré de ellos en la otra vida.

Carta a su novia

Querida Mariona.

Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A Él ofrezco, con toda la inmensidad posible, el amor que te profeso, mi amor intenso, puro y sincero.

Siento tu desgracia, no la mía. Siéntete orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona!

Me está sucediendo algo extraño, no puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade por completo. Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo. Estoy todo envuelto de ideas alegres como un presentimiento de Gloria.

Querría hablarte de lo mucho que te habría querido, de las ternuras que te tenía reservadas para ti, de lo felices que habríamos sido. Pero para mí todo es secundario. Voy a dar un gran paso.

Una cosa quiero decirte: si puedes, cástate. Desde el cielo yo bendeciré tu unión y tus hijos. No quiero que llores, no lo quiero. Siéntete orgullosa de mí. Te quiero.

No tengo tiempo para más.

Mártires salesianos

NICOLÁS ECHAVE, salesiano

«Y habló uno de los ancianos, diciéndome:

Éstos que van revestidos de estolas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron?

Y yo le dije:

Tú lo sabes, mi señor.

Y me dijo:

Éstos son los que vienen de la gran tribulación. Y han lavado sus estolas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios y le adoran día y noche en su Templo» (Ap 7,13-15).

Las palabras del Apocalipsis nos han introducido en el misterio de la gran tribulación que sufre el Cuerpo Místico de Cristo a lo largo de los siglos, esa Iglesia que, como explica san Agustín, sigue viviendo a lo largo de la historia entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios.

La Familia Salesiana ha participado también de este misterio de persecución en seguimiento de su Señor. Aún no se habían apagado los ecos de la beatificación de los mártires salesianos polacos en 1999, cuando resonó la voz de la Iglesia con la canonización de los protomártires salesianos de China en el 2000, y ha vuelto a resonar con la beatificación de 32 de los hijos de Don Bosco en la gran beatificación del 11 de marzo de 2001 junto a 200 mártires más de la Diócesis de Valencia, testigos todos de la persecución religiosa de la guerra civil española.

Los 32 de la Familia Salesiana

LA Familia Salesiana se alegra con esta beatificación. Son 32 de sus hijos. De ellos, 30 fueron asesinados en 1936 y 2 en 1938; 11 pertenecen a Valencia y 21 a Barcelona; 16 eran sacerdotes, 6 seminaristas estudiantes, 7 coadjutores (religiosos no ordenados), 2 Hijas de María Auxiliadora, y un laico. Ha sido la archidiócesis de Valencia la que ha llevado adelante este proceso de beatificación en el que se incluyen el grupo de los 32 bajo el título: «José Calasanz y 31 compañeros mártires», junto con otras 15 causas más.

Otros 64 mártires salesianos de esta época, pertenecientes a las entonces inspectorías Céltica (Madrid) y Bética (Sevilla), tienen introducida también la causa de beatificación y esperan el reconocimiento de la Iglesia.

«Sí, soy sacerdote salesiano»

La causa de su martirio fue una sola: la confesión de ser hijo o hija de la Iglesia, el reconocimiento de que Jesús es el Señor. Así se deduce de la detención del provincial José Calasanz por unos milicianos. Han encontrado la sotana en la maleta y le increpan. Él contesta sencillamente: «Sí, soy sacerdote salesiano». Pocas horas después, mien-

tras es conducido en camión a Valencia, uno de los jóvenes que le custodian le dispara a bocajarro. El padre José Calasanz cae con la cabeza destrozada en brazos de uno de los salesianos detenidos con él. Aún tiene tiempo para murmurar un «Dios mío» antes de entregar su alma.

La misma respuesta da el padre Sergio Cid, reconocido y delatado mientras busca refugio en Barcelona: «Sí, soy sacerdote salesiano». Poco después, será fusilado.

El padre Recaredo de los Ríos muestra en su detención la admirable serenidad que otorga el Señor a sus testigos. Ya en 1931 sufre, en el Colegio de Alicante, la furia de los asaltantes. Le insultan, le amenazan, le destrozan la sotana arrancándosela a pedazos, le golpean y abofetean, intentan asesinarle, pero no desaparece la sonrisa de su rostro. Esta vez es en Valencia, nuevo asalto y conducción a la cárcel Modelo de la capital, nueva muestra de serena tranquilidad en su rostro.

Uno de los testigos salesianos cuenta cómo animaba a su compañero de paseo en la cárcel:

—Ánimo, la muerte es sólo cuestión de un instante. Un tiro... y al cielo. Dichoso el padre Calasanz que a estas horas está ya en el Paraíso. ¿Por qué no me matarían a mí en su lugar?

«No recataba sus ansias de morir por Cristo —cuenta el mismo testigo—. Decía que estaba dispuesto a ir a la muerte como a un banquete. Estaba tan contento de padecer por Jesús que, según me confesaba, se echaría a reír en la misma cara de sus verdugos si no temiera con ello hacerles blasfemar».

Al sacerdote Álvaro Sanjuán le acompaña el testimonio explícito de sus asesinos. Le han detenido y encarcelado en Alcoy. La familia intenta su liberación. La respuesta es siempre la misma: «No matamos a tu cuñado, matamos a la sotana». Será fusilado de noche en una cuneta cerca de Villena.

El caso de Félix Vivet, estudiante de teología, natural de Torelló (Barcelona), es también un ejemplo, particularmente emotivo, de cómo estos testigos pagaron con su sangre el odio a la fe y a la Iglesia desatado con la persecución religiosa en el estallido de la guerra civil. En julio de 1936 vuelve Félix de sus estudios de teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Al estallar la guerra, se refugia en casa de sus padres. Su padre y su hermano son miembros destacados de Acción Católica y los milicianos no tardan en detenerlos a los tres. La madre corre tras el furgón que se los lleva. Grita:

—Llevadme a mí también. Matadme con ellos. ¿Qué haré yo sola en el mundo?

Los hijos exclaman:

—Adiós, madre, hasta el cielo.

La madre cae desvanecida. Padre e hijos son fusilados, abrazados los tres, en un campo en las proximidades de Pedralbes.

Caso parecido es el de Javier Bordas, estudiante de Filosofía, de 22 años. Ha vuelto también de sus estudios de Filosofía en Roma el 17 de julio. La persecución y la guerra le sorprenden en Sarriá, desde donde intenta llegar a una finca de sus padres para refugiarse. Es reconocido por la gente de los alrededores y fusilado allí mismo al encontrarle el pasaporte y carnet de religioso.

Sufrimiento y perdón

DE algunos consta únicamente que sufrieron el martirio por fusilamiento, de otros que pasaron por alguna de las checas de Barcelona, siendo allí torturados, y de otros que hubieron de sufrir la angustia de la persecución, la incertidumbre de su destino y finalmente la muerte. Tal es el caso del sacerdote José Batalla, expulsado del Colegio de Sarriá junto al hermano coadjutor José Rabasa. Tiene que dormir unos cuantos días en un banco del parque de la Ciudadela. Es detenido en el tranvía. Le obligan a bajar de él y poco después suenan varios disparos. Ha caído allí mismo.

Profundamente emotiva es la conducta del sacerdote Julián Rodríguez. Es un hombre entregado a su tarea educativa, piadoso, amable y servicial. Para no perjudicar a ningún benefactor se presenta voluntariamente en el Gobierno Civil pidiendo lo lleven a la cárcel, pues se encuentra solo, sin pan, sin techo donde cobijarse.

Angustiosa es también la vivencia de José Castell, destinado al Templo del Tibidabo. En julio de 1936 puede ver, mientras huye a través del bosque, cómo las llamas consumen el templo y oye los disparos con que está siendo fusilada la estatua de bronce del Corazón de Jesús que bendice a la ciudad. Pocos días después, es detenido por una patrulla de aquellos milicianos que se habían apoderado de la ciudad, y es asesinado aquella misma noche en una de las checas de la capital catalana.

Conocemos también los sufrimientos del sacerdote Juan Martorell. Es una persona humilde y sencilla. Tras el asalto al colegio de Valencia es conducido a la prisión y sometido a crueles torturas. Un testimonio presencial afirma que en el calabozo, mientras se desangra lentamente (le han cortado las venas de las muñecas y le han hecho cortes en el cuello y en el vientre), aún tiene fuerzas para animar a sus compañeros.

La detención del sacerdote Álvaro Sanjuán en casa de sus padres, en Cocentaina, provoca desolación y desgracia: la anciana madre pierde la razón y el padre, a consecuencia de la emoción, queda ciego.

Al estudiante de teología Miguel Domingo le han disparado por la espalda y se ha precipitado moribundo por un despeñadero. Queda suspendido de un arbusto a mitad del abismo. Los asesinos le arrastran hasta el fondo, y allí le rematan ferozmente. Para no dejar rastro rocían el cadáver con gasolina, le prenden fuego; no arde; impacientes, se deshacen del cuerpo a hachazos amputándole la cabeza.

Desde el ejemplo de Cristo que en el excelso trono de la cruz ruega por sus verdugos implorando para ellos el perdón, muchos han sido los que, animados por la fuerza del

Espíritu de Jesús, han ofrecido el testimonio supremo del perdón. Es un don supremo que otorga el Señor a los que ofrecen la vida por Él. De muchos de los mártires salesianos no conocemos el testimonio explícito; de algunos, sí. Tal es el caso, entre otros, del coadjutor Ángel Ramos: «Hijo —le dice al antiguo alumno que le ha denunciado por su condición de religioso—, que Dios te perdone el mal que me haces, como yo te perdono».

También del sacerdote Don Sergio Cid sabemos la misma respuesta. Cuando se halla ante el piquete de ejecución, se dirige a sus verdugos diciéndoles:

—Que Dios os perdone como yo de corazón os perdono.

—No conservo ningún rencor a los que me han juzgado. Los perdono de todo corazón como deseo que Dios me perdone a mí —exclama Julio Junyer, fusilado en 1938. Un testigo de la ejecución afirma que lo vio con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos elevados al cielo rezando devotamente.

Dos religiosas salesianas y un laico

SI el conjunto de las Hijas de María Auxiliadora puede acogerse a la protección del consulado italiano y embarcar para Italia, hubo dos que se quedaron para atender a una hermana convaleciente de una delicada operación. Estas dos hermanas, Carmen Moreno y Amparo Carbonell, ofrecen el testimonio heroico de su permanencia en Barcelona en aquellos angustiosos momentos. Ambas son detenidas. La enferma es dejada en libertad, pero las dos hermanas son fusiladas el 6 de septiembre de 1936.

Testimonio excepcional es también el del laico Alejandro Planas, que sin ser salesiano ha merecido ser contado en el grupo de los hijos de Don Bosco que ofrendaron su vida por ser fieles a su Señor. Alejandro había nacido en Mataró en 1875. No puede ser salesiano por un impedimento físico, es sordo. Vive entre los salesianos, como uno más, en la casa de Sant Vicenç dels Horts, durante cuarenta años. Todos le conocen como el *Sordo*, palabra pronunciada siempre afectuosamente. Es un escultor hábil, dotado de una vasta cultura y de una profunda vida interior, al que todos estiman y respetan. Cree poder permanecer en la casa de Sant Vicenç al ser expulsados los salesianos, pero la visita que le hace su amigo el coadjutor Eliseo García provoca el pretexto para que ambos sean detenidos y asesinados.

Parece como si el Espíritu de Jesús nos estuviese indicando el camino auténtico de la renovación, la senda estrecha que conduce a la vida y a la nueva primavera de la Iglesia. Es el camino de ser fieles a las enseñanzas y vida de la Iglesia en todo momento, sin decaer ante las dificultades, a ejemplo de nuestros beatos.

«Disponerse al sacrificio, esa es la consigna que nos viene del cielo», exclama monseñor Marcelino Olaechea, en la oración fúnebre con motivo del solemne traslado de los restos de los mártires.

Que ellos nos concedan la misma fuerza con la que confesaron su fe, la misma alegría, la misma esperanza en el triunfo del Reino de Cristo.

Dominicos mártires en Cataluña

LORENZO GALMÉS, O.P.

LA decisión de Juan Pablo II, reiteradamente demostrada, de beatificar con toda solemnidad víctimas de la persecución religiosa en España en torno al 1936, previo el correspondiente proceso canónico, ha remontado el vuelo hasta lo imprevisto. La impresionante ceremonia de 11 de marzo pasado, en la que la Diócesis de Valencia presentó al Papa un grupo de 233 víctimas de la mencionada persecución, y de probado martirio, para que se les concediera el honor de los altares, ha marcado un hito.

Contamos con un grupo de víctimas que puede llamar la atención por su multiplicidad, pero que es más elocuente por su variedad tipológica. Puede parecer concentrado en el mundo clerical, objeto especial de persecución, pero no hay que olvidar el gran número de laicos comprometidos, que se han hecho acreedores del martirio por su compromiso cristiano. Es posible que entre los perseguidores se hayan infiltrado motivaciones de muy diversa naturaleza y categoría. Pero esto no obsta para que no merezcan nuestra consideración.

En el colectivo de instituciones de vida consagrada, todas han tenido su participación en las dificultades de aquellos tiempos difíciles. La aportación martirial que la Familia dominicana personificó en la Iglesia de Cataluña, en aquella situación difícil, dejando aparte las víctimas sobre las cuales se carece de datos fehacientes, se centra en los dieciocho religiosos beatificados, y diez miembros más entre los componentes de los hijos e hijas de Santo Domingo.

La formalización canónica del hecho histórico concreto se llevó a cabo en dos causas. Una para los religiosos, incoada en Valencia, y que recoge dieciocho víctimas. La segunda, cursada en Barcelona, reúne a los demás miembros de Familia dominicana: una monja de clausura de Montesión, cinco hermanas dominicas de la Anunciata, dos miembros del Beaterio, y dos laicos terciarios dominicos. El grupo de los religiosos ha sido beatificado con los de Valencia. Los otros están en puertas para ser presentados ante el tribunal propio del Dicasterio correspondiente.

Entre los beatificados tres fueron víctimas en tierras catalanas. El más joven, recién ordenado sacerdote, hacia pocos días había celebrado su primera Eucaristía solemne; apenas había cumplido 24 años. Se había refugiado en casa de sus hermanos, y colaboraba con ellos en las faenas del campo, pues eran agricultores. Fue denunciado y encarcelado. Horas después era fusilado en un lugar desconocido. Se llama fray José María Vidal Segú.

En cambio, el de mayor edad, que respondía al nombre de Santiago Meseguer Burillo, era un Maestro en Sagrada Teología, eximio profesor y publicista, que se hallaba en Barcelona disponiendo sus trabajos de ministerio sacerdotal. No tuvo más remedio que buscar acomodo en una pen-

sión, que parecía ofrecer garantías. En uno de los frecuentes registros fue detenido como sospechoso y encarcelado. Sus familiares del pueblo intentaron librarle, pero no hubo nada que hacer. Fue fusilado y depositado en una fosa común en Moncada.

Fray Ramón Peiró Victorí, de 45 años, viene a significar al sacerdote abnegado y fiel, siempre al servicio de la pastoral en el templo. Parece que intuyó su presencia entre los futuros mártires. Pudo refugiarse en familias amigas y devotas, pero no tardó en darse cuenta de que la presencia de un sacerdote escondido era un peligro para toda la familia. A fin de evitar compromisos, optó por acogerse en una pensión, bajo pabellón extranjero. Con todo, los implacables y peligrosos registros obligaban a salir a la calle. En una ocasión le abordaron en plena calle, preguntándole si era cura. El santo varón dio testimonio contundente: «Sí, soy sacerdote, soy dominico». No necesitaban más, y se limitaron a replicarle: «Pues te has metido en la boca del lobo». Detenido, llevado a un sótano como cárcel improvisada, donde era muy molestado, fue fusilado pocos días después, con hermosas palabras de perdón y generosa aceptación.

Es de justicia recordar las víctimas, cuyos trazos no se han podido seguir, ni reconstruir su martirio, y sin embargo sus nombres suenan en los ambientes en los que actuaron, y cuyo compromiso cristiano sellaron con el sacrificio de su vida. Fueron sacerdotes o religiosos o laicos fieles a su compromiso cristiano, cuya única acusación que se les podía echar en cara era precisamente su misma fidelidad. Al margen de cualquier actividad política, su vida en la sociedad fue siempre en paz y para la paz y bien de todos.

En la memorable homilía que el pasado 11 de marzo que el Santo Padre dirigió a la masa multicolor de representantes de las diversas regiones de España, recalcó el ejemplo de los mártires como «modelos de coherencia con la verdad profesada», que se expresa en la necesidad de imitar a Cristo, como María Santísima. De ahí el deseo de que su memoria sea para bien, y su testimonio no caiga en el olvido. El deseo del Papa fue contundente: «¡Que su recuerdo bendito aleje para siempre del pueblo español cualquier forma de violencia, odio y resentimiento!».

Una vez más el testimonio de los mártires, y más si cabe los de tiempos recientes, está llamado a remover la conciencia cristiana. Sería impropio que suscitasen impulsos de autoglorificación. Han de dar pie a ratos de reflexión. Y la reflexión ha de generar sentimientos nobles que orienten actitudes vitales que signifiquen y engrandezcan el comportamiento humano, robusteciendo a la vez el sentido cristiano que debe animar toda la vida.

«In odium fidei»

FRANCISCO CANALS VIDAL

LA Iglesia católica venera como mártires los fieles a los que los perseguidores de la fe han dado muerte por causa de la misma fe cristiana; es decir, a los que han muerto *in odium fidei*.

Hemos de dar gracias a Dios por la reciente beatificación, la más numerosa de la historia, de mártires españoles. Veintisiete de ellos pertenecían a diócesis catalanas y el hecho de que sean ahora beatificados responde a que el arzobispado de Valencia promovió un proceso de beatificación como mártires en el que quedaron incluidos numerosos religiosos de diversas órdenes y congregaciones. Por esto también han sido beatificados once jesuitas, cuatro de ellos catalanes que murieron por la fe en Valencia.

El joven Francisco Castelló i Aleu ha sido el primero de los miembros de la recordada Federació de Joves Cristians de Catalunya que sube al honor de los altares, pero no ha sido propiamente el primer fejecista. Hace algunos años (en 1995) el escolapio Francesc Carceller, consiliario del «Grup 93, de Nostra Senyora de las Escoles Pies», en el colegio de la calle de la Diputación, en Barcelona, fue beatificado con otros dos profesores del mismo colegio, Casanovas y Canadell. Para mí son un recuerdo de mis años de alumno en aquel colegio. Conocí a los tres y pertencí, como *avantguardista*, al grupo que dirigía el padre Carceller.

La proximidad e intimidad de estos recuerdos me es-

El comunismo es por su misma naturaleza totalmente antirreligioso

En las regiones en que el comunismo ha podido consolidarse y dominar —Nos pensamos ahora con singular afecto paterno en los pueblos de Rusia y de México—, se ha esforzado con toda clase de medios por destruir (lo proclama abiertamente) desde sus cimientos la civilización y la religión cristiana y borrar totalmente su recuerdo en el corazón de los hombres...

También en las regiones en que, como en nuestra queridísima España, el azote comunista no ha tenido tiempo todavía para hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, sin embargo, como para desquitarse, con una violencia más furibunda. [...] El furor comunista no se ha limitado a matar a obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de un modo particular a aquellos y a aquellas que precisamente trabajan con mayor celo con los pobres y los obreros, sino que, además, ha matado a un gran número de seglares de toda clase y condición...

Y esto es lo que con sumo dolor estamos presenciando: por primera vez en la historia asistimos a una lucha fríamente calculada y cuidadosamente preparada contra *todo lo que es divino*. Porque el comunismo es por su misma naturaleza totalmente antirreligioso y considera la religión como el «opio del pueblo», ya que los principios religiosos, que hablan de la vida ultraterrena, desvían al proletariado del esfuerzo por realizar aquel paraíso comunista que debe alcanzarse en la tierra.

Pío XI: *Divini Redemptoris* (1937)

timulan, al ver también beatificado un congregante mariano valenciano, a expresar con entusiasmo ferviente el deseo, que me consta sentimos muchos, de que puedan ser pronto elevados al honor de los altares los numerosos feojocistas, congregantes marianos, jesuitas, sacerdotes diocesanos, religiosos de diversas congregaciones y padres de familia que en Cataluña dieron su vida por la fe en Cristo en los años de la persecución religiosa que llevó al martirio a más cristianos en toda la historia de la Iglesia.

Los frecuentes sofismas surgidos de ideales políticos profundamente enfrentados a Dios, luchadores contra el reino de Cristo en el mundo, me mueven a recordar algunas verdades que en aquellos sofismas se ocultan o se deforman.

Es complicada la vida humana y el curso concreto de la historia. No son conscientemente culpables de los errores y de sus consecuencias todos los que sienten entusiasmo por acontecimientos políticos que no se habrían dado sin los impulsos que han llevado a la apostasía y a la des-cristianización del mundo contemporáneo. Esto explica que en 1877, durante el pontificado de Pío IX, y en 1911, durante el de Pío X, se pudiera recordar la necesidad de no atribuir las doctrinas condenadas en la *Quanta cura* y el *Syllabus* a todos los que militaban en partidos políticos liberales.

Pero, León XIII calificó como «imitadores de Lucifer en su nefando grito **no serviré...** a los partidarios de este sistema tan extendido y poderoso que tomando el nombre de la libertad quieren ser llamados **liberales**».

Pío XI enseñó que «no se puede ser verdaderamente católico y al mismo tiempo **socialista** verdadero» —aunque algunas veces la Jerarquía católica ha afirmado el derecho de los católicos ingleses a votar el Partido laborista—; y del **comunismo** juzgó que era «intrínsecamente perverso» y advirtió que «no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren servir a la civilización cristiana», y puso a la Iglesia bajo la protección de san José para que la defendiera de los ataques del ateísmo comunista.

Juan XXIII, en 19 de marzo de 1961, recordando que Pío XI había puesto la acción de defensa de la Iglesia frente al comunismo ateo bajo la protección de san José, le invocaba de nuevo como «poderoso amparo en la defensa contra los esfuerzo del **ateísmo mundial que tiende a la destrucción de las naciones cristianas**».

Si estos juicios de Pío XI y de Juan XXIII hubieran sido recordados en estos últimos años, no tendría la fuerza que tiene el movimiento **marxista** —no fascista ni nazi— que instrumentando un nacionalismo radical intenta destruir el pueblo vasco y España, a la que Torras i Bages definía como «conjunto de pueblos unidos por la Providencia».

En mí, confieso que tienen más fuerza los recuerdos de mi propia vida que las cavilaciones actuales de pretendidos sociólogos religiosos, que para hacer olvidar la gloria

de los mártires ocultan el dinamismo profundo de la persecución religiosa en 1934 y 1936-1939.

El 14 de abril de 1931, a la vista de las primeras banderas tricolores republicanas y oyendo los primeros gritos de aclamación de la República, dijo mi padre: «Pronto habrá quema»; y ante mis preguntas me explicó que pensaba que no tardaría en ocurrir en Barcelona lo que había ya ocurrido durante la Semana Trágica: la quema de las iglesias y de los conventos. No pasaron muchos días sin que esto ocurriese en Madrid.

En Cataluña fue un hecho universal, misterioso, inexplicable —y nunca investigado— el asalto en pocas horas, en julio de 1936, de todos los edificios religiosos, desde el valle de Arán al Bajo Ebro, desde la Costa Brava a las comarcas de Lérida.

Al oír en 14 de abril de 1931 el anticipativo juicio de mi padre tenía yo 9 años. Después he leído muchas cosas y pensado también mucho; y me da que pensar el hecho de que en el momento de las matanzas de frailes en Madrid (1834) cantaba un ciego al son de la guitarra, como recuerda Menéndez y Pelayo:

*Muera Cristo,
Viva Luzbel;
Muera don Carlos,
Viva Isabel.*

Sin el impulso sectario masónico no hubiera tenido lugar la secularización de España obrada por la revolución liberal. Sus víctimas murieron también por odio a la fe cristiana. Como siempre, sus enemigos hablaban de otras cosas. Pero también los mártires que en Francia murieron durante la persecución anticristiana obrada por la Revolución francesa fueron acusados de enemigos de la República por no aceptar la cismática «Constitución civil del clero». Durante siglos en Inglaterra la fe en la autoridad del papa de Roma y la celebración de la Misa católica estaban fuera de la ley.

Antes de descalificar «políticamente» a los mártires de Cristo habría que reconocer con consternación y arrepentimiento la orientación y finalidad de hostilidad a Dios y a su Cristo de las persecuciones emprendidas al servicio de políticas cuya orientación final y decisiva es el separar las sociedades de la verdad católica y del Reinado de Cristo en la sociedad.

Los mártires españoles que morían al grito de ¡Viva Cristo Rey! seguían el camino del jesuita Padre Pro, ejecutado en uno de los lugares más céntricos de la ciudad de México, por orden del propio presidente, como enemigo de la Revolución mexicana y del Estado que ella instauraba.

Al venerar a los mártires hemos de ver realizada en ellos la promesa del Señor: «Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, os aparten de sí y os maldigan, y proscriban vuestro nombre como malo por amor del Hijo del Hombre».

La protección de san José

A propósito de la beatificación del Papa Juan XXIII –cuyo nombre de pila era Ángel José– se ha recordado la particular devoción que sentía por san José, que ya era, desde Pío IX, patrono de la Iglesia Universal. Y Juan XXIII, como es bien sabido, era un hombre de Iglesia. Dos fueron los actos más importantes a destacar en relación con esta devoción. El 19 de marzo de 1961 lo proclamó patrono del Concilio Vaticano II y por Decreto de 13 de noviembre de 1962 mandó que se incluyera su nombre, después del de la Virgen Santísima, en el Canon de la Misa de tan venerable antigüedad. Quiso Juan XXIII dejar un recuerdo perenne de ambos acontecimientos y para ello mandó construir un mosaico que realizara el altar de san José en la basílica de San Pedro del Vaticano, pues pensaba el Papa que el Protector de la Iglesia universal bien merecía un lugar más honrado y destacado.

Las alocuciones, discursos, radiomensajes, homilias, mensajes y cartas, e incluso gestos, en honor de san José fueron de enorme densidad en los pocos años de su pontificado. Entre estos gestos, significativos de su tradicional y profunda piedad josefina, pueden citarse el mandar un cirio a todas las parroquias de Roma para que ardiera en honor de san José pidiendo su protección por el buen éxito del Concilio o el enviar un anillo papal al santuario de San José de Kalisz (Polonia) en agradecimiento por las oraciones de los polacos por el buen éxito del Concilio (el anillo fue puesto en la milagrosa imagen de san José por monseñor Antoni Pawlowski, obispo de Włocławek).

Puede decirse, sin ninguna duda, que Juan XXIII fue el Papa más devoto del santo Patriarca, en toda la historia de la Iglesia.

Nuestra revista *CRISTIANDAD*, uniéndose a otras instituciones barcelonesas, ha firmado una solicitud dirigida al prefecto de la Congregación del Culto Divino pidiendo que la invocación a san José se incluya en todos los nuevos cánones que, desde el Concilio, han sido oficialmente aceptados y de esta manera el nombre de José sea restablecido en el lugar en el que mandó que permaneciera perennemente el Papa Juan XXIII.

Una sola reflexión podemos hacer ahora de forma sintética. En san José, la Iglesia –y en ella y con ella– todos los fieles encuentran el modelo y la protección de su misión salvadora. El silencio de san José es llenado de contenido por sus obras de fe y obediencia. Este silencio ejemplar que permite obrar en él el plan divino es indeformable e insustituible. En san José –junto a su inmaculada y virginal esposa– hallamos la cumbre de la fe manifestada en el cumplimiento de la voluntad de Dios. La excelencia de gracia en la Iglesia, que es una comunidad convocada por Dios, tiene siempre una dimensión misionera. Por ello, el tesoro divino, que guarda y reparte con abundancia san José, forma parte integrante de la elección por parte de Dios en la economía de la salvación para la Iglesia, de modo particular, en el mundo actual.

Desde lo más interior, la vida espiritual de cada cristiano y de cada familia y de cada comunidad, hasta lo más multitudinario y social, todo está puesto bajo la advocación protectora de san José.

No se trata sólo de que san José sea patrono de muchas y diversas obras y acontecimientos eclesiales. Ello es la consecuencia de que su papel esencial en la economía de la salvación es la de ser *El Protector* por excelencia y, digámoslo claramente, por una analogía y continuidad con el único plan divino –que tanto León XIII como santa Teresa manifestaron expresamente–, san José sigue de Protector en la Iglesia por haberlo sido de la Familia de Nazaret. Y en este papel, el esposo de María ha de ser visto como imagen verdadera de la paternidad y omnipotencia de Dios Padre. Tal es la grandeza de san José que manifiesta con exuberante gozo su paternal y efectiva protección sobre todos y sobre todo.



Carta Apostólica del beato Juan XXIII sobre la devoción a san José

San José, protector de la Iglesia universal y patrono del Concilio Vaticano II

¡Venerables Hermanos y queridos hijos!

LAS voces que de todos los puntos de la tierra llegan hasta Nos, como expresión de alegre esperanza y deseos por el feliz éxito del Concilio Ecuménico Vaticano II, impulsan siempre nuestro ánimo a sacar provecho de la buena disposición de tantos corazones sencillos y sinceros, que se vuelven con amable espontaneidad a implorar el auxilio divino para acrecentamiento del fervor religioso, clara orientación práctica en todo lo que la celebración conciliar dispone y nos promete de incremento de la vida interior y social de la iglesia y de renovación espiritual de todo el mundo.

Y he aquí que nos encontramos, con la aparición de la nueva primavera de este año y ante la proximidad de la Sagrada Liturgia Pascual, con la humilde y amable figura de San José, el augusto esposo de María, tan caro a la intimidad de las almas más sensibles a los atractivos de la ascética cristiana y de sus manifestaciones de piedad religiosa, contenidas y modestas, pero tanto más agradables y amables.

En el culto de la Santa Iglesia, Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, pronto tuvo su adoración incomunicable como esplendor de la sustancia de su Padre, que resplandece en la gloria de los Santos. María, su madre, le siguió de muy cerca desde los primeros siglos en las representaciones de las catacumbas y basílicas, piadosamente venerada como *sancta María mater Dei*. En cambio, José, fuera de algún resplandor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Pero desde un principio se deseó que su culto penetrase de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiado abandono. Éstas fueron las alegrías fervorosas reservadas a las efusiones de la edad moderna —¡qué abundantes e impresionantes!—, y entre ellas nos ha complacido especialmente fijarnos en un aspecto muy característico y significativo.

*Del ocultamiento
secular a las efusiones
impresionantes de la
Edad Moderna*

Entre los diferentes *postulata* que los Padres del Concilio Vaticano I, al reunirse en Roma (1869-1970), presentaron a Pío IX, los dos primeros se referían a San José. Ante todo se pedía que su culto ocupase un lugar más preeminente en la sagrada Liturgia; llevaba la firma de ciento cincuenta y tres obispos. El otro, suscrito por cuarenta y tres superiores generales de Órdenes religiosos, abogaba por la proclamación solemne de San José como Patrono de la Iglesia universal («Acta et Decreta Sacrorum Conciliorum recentiorum, Collectio Lacensis» tomo VII, col. 856-857).

Acogió con alegría ambos deseos. Desde el comienzo de su pontificado (10 de diciembre de 1847) fijó la fiesta o rito del patrocinio de San José el domingo III después de Pascua. Ya desde 1854, en una vibrante y devota alocución, señaló a San José como la más segura esperanza de la Iglesia, después de la Santísima Virgen, y el 8 de diciembre de 1870, en el Concilio Vaticano, interrumpido por los acontecimientos políticos, aprovechó la feliz coincidencia de la Inmaculada para proclamar más solemnemente y oficialmente a San José como Patrono de la Iglesia universal y elevar la fiesta del 19 de marzo a rito doble de primera clase. (Decr. *Quemadmodum Deus*, 8 de diciembre de 1870; *Acta Pii IX, P. M. t. 5*, Roma 1873, p. 282.)

*Pío IX: José, esperanza
segura de la Iglesia*

Fue aquél —el 8 de diciembre de 1870— un breve pero gracioso y admirable Decreto «Urbi et Orbi» verdaderamente digno del «Ad perpetuam rei memoriam» que abrió un venero de riquísimas y preciosas inspiraciones a los sucesores de Pío IX.

Y he aquí, por cierto, al inmortal León XIII, que publica en la fiesta de la Asunción en 1889 la carta *Quamquam pluries* («Acta Leonis XIII P. M. Roma, 1880, pp. 175-180), el documento más amplio y extenso que un Papa haya publicado nunca en honor del padre putativo de Jesús, ensalzado con su luz característica de modelo de padres de familia y de trabajadores. De aquí arranca la hermosa oración: «A ti, Bienaventurado San José», que impregnó de dulzura nuestra niñez.

EL Santo Pontífice Pío X añadió a las manifestaciones del Papa León XIII otras muchas de devoción y amor a San José, aceptando gustosamente la dedicatoria, que le hizo, de un tratado que expone su culto (Epist. ad R. P. A. Lépicier O.S.M., 12 de febrero); multiplicando el tesoro de las indulgencias en la recitación de las Letanías, tan caras y dulces de recitar. ¡Qué bien suenan las palabras de esta concesión! «*Sanctissimus Dominus Noster Pius X inclytum patriarcham S. Joseph, divini Redemptoris patrem putativum, Deiparae Virginis sponsum purissimum et catholicae Ecclesiae potentem apud Deum Patronum* –y observad su delicado sentimiento personal– *cuius glorioso nomine a nativitate decoratus peculiari atque constante religione ac pietate complectitur*» (AAS. I[1909] p. 220), y las otras con que anunció el motivo de nuevas gracias concedidas: «*ad augendum cultum erga S. Joseph, Ecclesiae universalis Patronum*» (Decr. S. Congr. Rit. 24 iul. 1911; AAS. III[1911], p. 351).

Al estallar la primera gran guerra europea, mientras los ojos de Pío X se cerraban a la vida de este mundo, he aquí que surge providencialmente el Papa Benedicto XV y pasa como astro benéfico de consuelo universal para los años dolorosos de 1914 a 1918. También él se apresuró pronto a promover el culto del Santo Patriarca. En efecto, a él se debe la introducción de los dos nuevos prefacios en el Canon de la Misa, precisamente el de San José y el de la Misa de Difuntos, uniendo ambos felizmente en dos decretos del mismo día 9 de abril de 1919 (AAS. XI [1919]), como invitando a una unión y fusión de dolor y consuelo entre las dos familias: la celestial de Nazaret y la inmensa familia humana afligida por universal consternación por las innumerables víctimas de la guerra devastadora. ¡Qué triste pero al mismo tiempo qué dulce y feliz unión: San José por una parte y el «*signifer sanctus Michael*», por otra, ambos en trance de presentar las almas de los difuntos al Señor «*in lucem sanctam*»!

Al año siguiente, 25 de julio de 1920, el Papa Benedicto XV volvía sobre el tema en el cincuenta aniversario que se preparaba entonces, de la proclamación –que ya llevó a cabo Pío IX– de San José como Patrono de la Iglesia universal y volvió sobre ello iluminando con doctrina teológica por el Motu proprio «*Bonum sane*» (25 de julio de 1920; AAS. XII [1920], p. 313), que respiraba todo él amor y confianza singular. ¡Oh, cómo resplandece la humilde y benigna figura del Santo, que el pueblo cristiano invoca como protector de la Iglesia militante, en el momento mismo de brotar sus mejores energías espirituales e incluso de reconstrucción material después de tantas calamidades y como consuelo de tantos millones de víctimas humanas abocadas a la agonía y por las que el Papa Benedicto XV quiso recomendar a los Obispos y a las numerosas asociaciones piadosas esparcidas por el mundo implorasen la protección de San José, patrono de los moribundos!

Siguiendo las mismas huellas, que recomiendan la devoción al Santo Patriarca, los dos últimos Pontífices, Pío XI y Pío XII, ambos de cara y venerable memoria, continuaron con viva y edificante fidelidad evocando, exhortando y elevando.

Cuatro veces por lo menos Pío XI en alocuciones solemnes, al exponer la vida de nuevos Santos y con frecuencia en las fiestas anuales 19 de marzo –por ejemplo en 1928 (Discursos de Pío XI, S. I. vol. 1, 1922-1928, p. 779-780) y luego en 1935 y aun en 1937– aprovechó la oportunidad para ensalzar los muchos ejemplos de que está adornada la fisonomía espiritual del Custodio de Jesús, del castísimo esposo de María, del piadoso y modesto obrero de Nazaret y patrono de la Iglesia universal, poderoso amparo en la defensa contra los esfuerzos del ateísmo mundial, que tiende a la ruina de las naciones cristianas.

La Encíclica de León XIII

San Pío X: «El ínclito Patriarca, purísimo esposo de la Virgen Madre de Dios»

Benedicto XV: El prefacio de la Misa sobre san José

San José, patrono de la buena muerte

Las grandes enseñanzas de Pío XI

También Pío XII, siguiendo a su antecesor, observó la misma línea e igual forma en numerosas alocuciones, siempre tan hermosas, vibrantes y acertadas; por ejemplo, cuando el 10 de abril de 1910 (*Discursos y radiomensajes de Pío XII*, vol. II, págs. 65-69) invitaba a los recién casados a ponerse bajo el manto seguro y suave del Esposo de María; y en 1945 (*ibid.*, vol. VII, págs. 5-10) invitaba a los afiliados a las Asociaciones Cristianas de trabajadores a honrarle como a sublime dechado e invicto defensor de sus filas; y diez años después, en 1955 (*ibid.*, vol. XVII, págs. 71-76), anunciaba la institución de la fiesta anual de San José Artesano. De hecho, esta fiesta, de tan reciente institución, fijada para el 1.º de mayo, viene a suprimir la del miércoles de la segunda semana de Pascua, mientras que la fiesta tradicional del 19 de marzo marcará de ahora en adelante la fecha más solemne y definitiva del Patrocinio de San José sobre la Iglesia universal.

El mismo Padre Santo Pío XII se congratuló en adornar con una preciosísima corona el pecho de San José con una fervorosa oración propuesta a la devoción de los sacerdotes y fieles de todo el mundo, una oración de carácter eminentemente profesional y social, como conviene a cuantos están sujetos a la ley del trabajo, que para todos es «ley de honor, de vida pacífica y santa, prelude de la felicidad inmortal». Entre otras cosas en ella se dice: «Sednos propicio sobre todo y sostenednos en las horas de tristeza, cuando parece que el cielo se cierra sobre nosotros y hasta los instrumentos del trabajo parecen caerse de nuestras manos» (*ibid.*, vol. XX, pág. 535).

¡Venerables hermanos y queridos hijos! Estos recuerdos de historia y piedad religiosa, nos pareció oportuno proponerlos a la devota consideración de vuestras almas formadas en la delicadeza del sentir y vivir cristiano y católico, justamente en esta coyuntura del 19 de marzo, en que la festividad de San José coincide con el comienzo del tiempo de Pasión y nos prepara a una intensa familiaridad con los misterios más conmovedores y saludables de la sagrada Liturgia. Las prescripciones que mandan velar las imágenes de Jesús Crucificado, de María y de los Santos durante las dos semanas que preparan la Pascua, son una invitación a un recogimiento íntimo y sagrado en las comunicaciones con el Señor por la oración, que debe ser meditación y súplica frecuente y viva. El Señor, la Virgen Bendita y los Santos esperan nuestras confidencias y es muy natural que éstas traten de lo que conviene mejor a las solicitudes de la Iglesia católica universal.

En el centro y en lugar preeminente de estas solicitudes está, sin duda, el Concilio Ecuménico Vaticano II, cuya expectación está ya en los corazones de cuantos creen en Jesús Redentor, pertenecen a la Iglesia Católica nuestra Madre o a alguna de las diferentes confesiones separadas de ella y también deseosas —como muchos quieren— de retornar a la unidad y a la paz, según las enseñanzas y oración de Cristo al Padre celestial. Es muy natural que esta evocación de las palabras de los Papas del siglo pasado esté encaminada a promover la cooperación del mundo católico en el feliz éxito del gran propósito de orden, elevación espiritual y de paz a que está llamado un Concilio Ecuménico.

TODO es grande y digno de ser destacado en la Iglesia, tal y como la instituyó Jesús. En la celebración de un Concilio se reúnen en torno a los Padres las más distinguidas personalidades del mundo eclesiástico, que atesoran excelsos dones de doctrina teológica, capacidad de organización y elevado espíritu apostólico. Esto es el Concilio: el Papa en la cumbre, en torno suyo y con él, los Cardenales, Obispos de todo rito y país, doctores y maestros competentísimos en los diferentes grados y especialidades.

Pero el Concilio está destinado a todo el pueblo cristiano, que está interesado en él por esa circulación más perfecta de gracia, de vitalidad cristiana que haga más fácil y expedita la adquisición de los bienes verdaderamente preciosos de la vida presente y asegure las riquezas de los siglos eternos.

Por eso, todos están interesados en el Concilio, eclesiásticos y seculares, grandes y pequeños de todas las partes del mundo, de todas las clases, razas y colores, y si se señala un protector celestial para impetrar de lo alto, en su preparación y desarrollo, esa virtud divina, que parece destinada a marcar una época en la historia de la Iglesia contemporánea

*La fiesta de san José
Obrero*

*La devoción sacerdotal
a san José*

*La festividad de San
José, preparación para
la Pascua*

*Expectación del
Concilio Ecuménico*

*San José, cabeza de la
Familia de Nazaret,
patrono del Concilio
Ecuménico*

nea, a ninguno de los celestiales patronos puede confiársela mejor que a San José, cabeza augusta de la Familia de Nazaret y protector de la Santa Iglesia.

Escuchando de nuevo, como un eco, las palabras de los Papas de este último siglo de nuestra historia, como nos ocurre a Nos, ¡cómo nos conmueven todavía los acentos característicos de Pío XI, incluso por aquella manera suya reflexiva y tranquila de expresarse! Tales palabras nos vienen a las mientes precisamente de un discurso pronunciado el 19 de marzo de 1928 con una alusión que no supo, no quiso silenciar en honor de San José querido y bendito, como gustaba de invocarle.

«Es sugestivo —decía— contemplar de cerca y ver cómo resplandecen una junto a otra dos magníficas figuras unidas en los comienzos de la Iglesia: en primer lugar, San Juan Bautista, que se presenta desde el desierto unas veces con voz de trueno, otras con humilde afabilidad y otras como el león rugiente o como el amigo que goza de la gloria del esposo y ofrece a la faz del mundo la grandeza de su martirio. Luego la robustísima figura de Pedro, que oye del Maestro divino las magníficas palabras: “Id y enseñad a todo el mundo”, y a él personalmente: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, misión grande divinamente fastuosa y clamorosa».

Así habló Pío XI y luego prosiguió muy acertadamente: «Entre estos grandes personajes, entre estas dos misiones, he aquí que aparece la persona y la misión de San José, que pasa, en cambio, recogida, callada, como inadvertida en la humildad, en el silencio; silencio que sólo debía romperse más tarde, silencio al que debía suceder el grito, verdaderamente fuerte, la voz y la gloria por los siglos» (*Discursos de Pío XI*, vol. I, págs. 780).

¡Oh San José, invocado y venerado como protector del Concilio Ecuménico Vaticano II!

Aquí es donde deseamos llevaros, al enviaros esta Carta apostólica precisamente el 19 marzo, cuando con la celebración de San José, Patrono de la Iglesia universal, vuestras almas podían sentirse movidas a mayor fervor por una participación mis intensa de la Iglesia maestra y madre, docente y directora de este extraordinario acontecimiento del Concilio Ecuménico XXI y Vaticano II, del que se ocupa la prensa pública mundial con vivo interés y respetuosa atención.

Sabéis muy bien que se trabaja en la primera fase de la organización del Concilio con paz, actividad y consuelo. Por centenares se suceden en la Urbe prelados y eclesiásticos distinguidísimos, procedentes de todos los países del mundo, distribuidos en secciones diferentes y ordenadas, cada uno entregado a su noble trabajo, siguiendo las valiosas indicaciones contenidas en una serie de impresionantes obras que aportan el pensamiento, la experiencia, las sugerencias recogidas por la inteligencia, la sabiduría, el vibrante fervor apostólico de lo que constituye la verdadera riqueza de la Iglesia católica en lo pasado, presente y futuro. El Concilio Ecuménico sólo exige para su realización y éxito luz de verdad y de gracia, disciplinado estudio y silencio, serena paz de las mentes y corazones. Esto por lo que toca a nuestra parte humana. De lo alto viene el auxilio divino que el pueblo cristiano debe pedir cooperando intensamente con la oración, con el esfuerzo de vida ejemplar que preludie y sea prueba de la disposición bien determinada por parte de cada uno de aplicar, después, las enseñanzas y directrices que serán proclamadas al término feliz del gran acontecimiento que ahora lleva ya un camino prometedor y feliz.

¡Venerables hermanos y queridos hijos! El pensamiento luminoso del Papa Pío XI del 19 de marzo de 1929 nos acompaña todavía. Aquí en Roma la Sacrosanta Catedral de Letrán resplandece siempre con la gloria del Bautista, pero en el templo máximo de San Pedro, donde se veneran preciosos recuerdos de toda la cristiandad, también hay un altar para San José, y proponemos con fecha de hoy, 19 de marzo de 1961, que este altar de San José revista nuevo esplendor más amplio y solemne, y sea el punto de convergencia y piedad religiosa para cada alma e innumerables muchedumbres. Bajo estas celestes bóvedas es donde se reunirán en torno a la Cabeza de la Iglesia las filas que componen el Colegio Apostólico provenientes de todos los puntos del orbe, incluso los más remotos, para el Concilio Ecuménico.

¡Oh San José! Aquí está tu puesto como «Protector universalis Ecclesiae». Hemos

San Juan Bautista, el apóstol Pedro, el patriarca José

Del silencio al clamor y a la gloria por los siglos

La oración del pueblo cristiano debe invocar el auxilio de lo Alto

El puesto de san José en la basilica de San Pedro para convocar a innumerables muchedumbres

querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de nuestros inmediatos Predecesores del siglo pasado, de Pío IX a Pío XII, una corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector. Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre en unión con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y suave amor de Jesús, rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos. ¡Así sea!

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo de 1961, tercer año de nuestro Pontificado.

Juan XXIII PP.

La unión virginal de María y José

Catequesis de Juan Pablo II (21-VIII-96)

El evangelio de Lucas, al presentar a María como *virgen*, añade que estaba «desposada con un hombre llamado **José**, de la casa de David» (Lc 1,27).

[...]

En el momento de la Anunciación, María se halla, pues, en la situación de esposa prometida. Nos podemos preguntar por qué había aceptado el noviazgo, desde el momento en que tenía el propósito de permanecer virgen para siempre. Lucas es consciente de esta dificultad, pero se limita a registrar la situación sin aportar explicaciones. El hecho de que el evangelista, aun poniendo de relieve el propósito de virginidad de María, la presente igualmente como esposa de **José** constituye un signo de que ambas noticias son históricamente dignas de crédito.

[...]

El ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le dice: «**José**, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1,20). De esta forma recibe la confirmación de estar llamado a vivir de modo totalmente especial el camino del matrimonio. A través de la comunión virginal con la mujer predestinada para dar a luz a Jesús, Dios lo llama a cooperar en la realización de su designio de salvación.

[...]

José y María, precisamente en vista de su contribución al misterio de la Encarnación del Verbo, recibieron la gracia de vivir juntos el carisma de la virginidad y el don del matrimonio. La comunión de amor virginal de María y **José**, aun constituyendo un caso especialísimo, vinculado a la realización concreta del misterio de la Encarnación, sin embargo fue un verdadero matrimonio (cf. Exhortación apostólica *Redemptoris custos*, 7).

La dificultad de acercarse al misterio sublime de su comunión esponsal ha inducido a algunos, ya desde el siglo II, a atribuir a **José** una edad avanzada y a considerarlo el custodio de María, más que su esposo. Es el caso de suponer, en cambio, que no fuese entonces un hombre anciano, sino que su perfección interior, fruto de la gracia, lo llevase a vivir con afecto virginal la relación esponsal con María.

La cooperación de **José** en el misterio de la Encarnación comprende también el ejercicio del papel paterno respecto de Jesús. Dicha función le es reconocida por el ángel que, apareciéndosele en sueños, le invita a poner el nombre al Niño: «Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21).

Aun excluyendo la generación física, la paternidad de **José** fue una paternidad real, no aparente. Distinguiendo entre padre y progenitor, una antigua monografía sobre la virginidad de María —el *De Margarita* (siglo IV)— afirma que «los compromisos adquiridos por la Virgen y **José** como esposos hicieron que él pudiese ser llamado con este nombre (de padre); un padre, sin embargo, que no ha engendrado». **José**, pues, ejerció en relación con Jesús la función de padre, gozando de una autoridad a la que el Redentor libremente se «sometió» (Lc 2,51), contribuyendo a su educación y transmitiéndole el oficio de carpintero.

Los cristianos han reconocido siempre en **José** a aquel que vivió una comunión íntima con María y Jesús, deduciendo que también en la muerte gozó de su presencia consoladora y afectuosa. De esta constante tradición cristiana se ha desarrollado en muchos lugares una especial devoción a la santa Familia y en ella a **san José**, Custodio del Redentor. El Papa León XIII, como es sabido, le encomendó el patrocinio de toda la Iglesia.

Pío XI expresa las más profundas y centrales verdades sobre el Santo

En diversos momentos habló el papa Pío XI sobre san José con palabras que expresan las más profundas y centrales verdades sobre el Santo contenidas en la fe de la Iglesia. En ellas se afirma ya, como poseído por la conciencia eclesial, lo que en siglos anteriores sostenían los grandes precursores del desarrollo moderno del culto a san José: su inserción en el orden de la Encarnación, su colaboración a la obra redentora, la eminencia de su santidad, por la que sólo María está más cercana que él a Dios, la eficacia universal de su intercesión.

La omnipotencia suplicante de San José

EL augusto Pontífice no podía hacer a sus hijos un augurio más verdadero, más rico, más prometedor de toda gracia y prosperidad que la plegaria para que sus hogares se asemejen a la familia en la que presidía, precisamente con autoridad de padre, el bienaventurado San José; y que este protector de la familia a la cual pertenecieron María y Jesús, sea también el gran protector de sus familias; que con su paternal providencia y con su omnipotente intercesión, sea siempre ayuda para sus familias y para ellos mismos. Se dice y se observa esta palabra *omnipotente* al hablar de la intercesión de María Santísima, pero el Santo Padre se atrevía a decir que, todavía antes, es necesario aplicarla a San José. En verdad: la intercesión de María es intercesión de Madre, y por consiguiente no puede hallarse cosa que el divino Hijo pueda negar a una tal Madre; pero la intercesión de San José es la intercesión del Esposo, del considerado como padre, del jefe de la casa de la familia de Nazaret, que se componía de él, de María y de José. El jefe de la casa era precisamente San José: de aquí que esta intercesión no puede menos que ser omnipotente, ya que, ¿qué pueden negarle a San José Jesús y María, a los que él conservó literalmente toda su vida, y que en realidad le deben los medios de su existencia terrena?

(19 de marzo de 1938, en la festividad de San José. Palabras referidas en *L'Osservatore Romano* del 21-22 de marzo de 1938).

Guía de los católicos frente al ateísmo comunista

PARA llevar a madurez esta paz tan deseada por todos, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, ponemos la gran acción de la Iglesia católica, que se enfrenta a los esfuerzos del ateísmo comunista, bajo los

auspicios y protección de San José, Patrono poderosísimo de la Iglesia católica.

Habiendo pertenecido él a la clase del pueblo trabajador, experimentó junto con la familia de Nazaret que le había sido confiada, y que presidía como jefe solícito y amante, las incomodidades de la pobreza; custodió al Niño divino cuando Herodes lanzó contra Él sus sicarios que buscaban darle muerte. Igualmente por una vida de fidelidad absoluta en el cumplimiento del deber cotidiano, dejó un ejemplo para todos los que deben ganar su pan por el trabajo manual, y mereció ser llamado justo, como modelo viviente de la justicia cristiana que debe reinar en la vida social.

(Encíclica *Divini Redemptoris*, 19 de marzo de 1937; A.A.S., 29 [1937], 106).

Se revela a José el misterio de la Encarnación

Es el misterio, el secreto de la divina Encarnación, de la Redención que la Santa Trinidad revela al hombre. En verdad, es imposible subir mis alto. Estamos en el orden de la Redención, de la Encarnación, en el orden de la unión hipostática, en la unión de Dios personal con el hombre. Desde esta perspectiva la mirada de Dios nos invita a considerar al humilde y gran Santo; y es aquí que Él dicta la palabra que lo explica todo, sobre las relaciones entre San José y todos los grandes profetas y todos los otros grandes santos, incluso aquellos que han tenido elevados oficios públicos, como los Apóstoles: ninguna otra gloria puede sobrepasar a la de haber tenido la revelación de la unión hipostática del Verbo divino... Fuente de toda gracia es el Redentor divino: cercana a Él está María Santísima, dispensadora de los divinos favores; pero si hay algo que deba suscitar todavía una mayor confianza por nuestra parte, es, en cierto sentido, el pensamiento de que es San José el que todo lo puede ante el Redentor

divino y ante la Madre divina, en un modo y con un poder que no es sólo el de una fiel custodia..., los ángeles tienen respeto y veneración hacia Jesús y María, pero a su vez Jesús y María obedecen y tributan obsequio a José: ellos reverencian lo que la mano de Dios había constituido en él: la autoridad de esposo, la autoridad de padre.

Grandísima, pues, debe ser nuestra confianza que debemos tener hacia el Santo que estuvo en relaciones tan duraderas e incluso únicas, con las fuentes mismas de la gracia y de la vida, la Santísima Trinidad.

(19 de marzo de 1935, Festividad de San José; *Bolletino del clero romano*, 16 [1935], 57).

Misión oculta y grandiosa

Es sugestivo atender de cerca y contemplar cómo brillan una al lado de otra dos magníficas figuras que se acompañan desde los primeros siglos de la Iglesia: primeramente la de San Juan Bautista, que surge del desierto unas veces con voz de trueno y otras con apacible dulzura; a veces como león que ruga y otras como el amigo que se alegra de la gloria del esposo, y ofrece a la faz del mundo la gloria maravillosa de su martirio. Después, la figura tan vigorosa de Pedro, que escucha las magníficas palabras del Maestro divino: «Íd y predicad a todo el mundo», y a Él personalmente: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Gran misión, divinamente fastuosa y resonante.

Entre estos dos grandes personajes, entre estas dos misiones, he aquí que aparecen la persona y la misión de San José, el cual, sin embargo, pasa, silencioso, como desapercibido y desconocido, en la humildad, en el silencio, un silencio que no debía iluminarse sino después de algunos siglos, un silencio al que debía ciertamente suceder, verdaderamente resonante, el clamor, la voz de la gloria, pero sólo después de los siglos. Pero allí donde es más profundo el misterio, y más espesa la noche que lo cubre, donde es más profundo el silencio, es precisamente allí donde es más alta la misión, más rico el cortejo de virtudes requeridas y el mérito que por feliz necesidad debía corres-

ponder a tal misión. Esta misión única, grandiosa, la de custodiar el Hijo de Dios, el Rey del universo, la misión de custodiar la virginidad, la santidad de María, la misión de cooperar, como único llamado a participar en la conciencia del gran misterio escondido a los siglos, en la encarnación divina y en la salvación del género humano.

(19 de marzo de 1928, en la festividad de San José; *L'Osservatore Romano*, 20-21 de marzo de 1928, pág., 1).

Sólo María está más cercana a Dios

HE aquí un santo que entra en la vida y emplea su vida en el cumplimiento del más alto mandato divino, en el mandato incomparable de velar sobre la pureza de María, de custodiar la divinidad de Jesucristo, de tutelar como cooperador consciente el misterio, el secreto desconocido para todos, a excepción de la Santísima Trinidad, de la Redención del género humano. Es en la grandeza de este mandato en lo que consiste la singular y absolutamente incomparable santidad de San José, puesto que verdaderamente a ninguna otra alma, a ningún otro santo fue confiado tal mandato, y entre San José y Dios no vemos ni podemos ver sino a María Santísima. Es evidente que este santo ya poseía en la altura de tal mandato el título para aquella gloria que es la suya, la gloria de Patrono de la Iglesia Universal. Toda la Iglesia se encontraba ya efectivamente junto a él contenida como en germen ya fecundo en la humanidad y en la sangre de Jesucristo, toda la Iglesia estaba allí en la virginal maternidad de María Santísima, Madre de Jesús y Madre de todos los fieles, a los pies de la Cruz había de recibir en la sangre de su primogénito Hijo Jesús. Pequeña a la vista de los ojos humanos, pero grande para la mirada del Espíritu, la Iglesia estaba allí junto a San José, cuando ya él era, en la Sagrada Familia el custodio y el padre tutelar.

(21 de abril de 1926, en la fiesta del Patrocinio de San José; *L'Osservatore Romano*, 22-23 de abril de 1926, pág. 1).



La gloria y el misterio de san José

F.C.V.

SE ha notado muchas veces, y lo afirmaron Pío XI y Juan XXIII, que a lo largo de los siglos el conocimiento de san José y su presencia en la vida de la Iglesia procedieron con lentitud y como siguiendo de lejos la adoración a Jesucristo y el culto a la Santísima Virgen Madre de Dios. Pero ya desde los primeros siglos germinaba lentamente en la piedad cristiana y en la misma teología el clamor y la gloria que se manifestaría en los comienzos de la Edad Moderna.

Sólo se ha escrito una encíclica sobre san José: la *Quamquam pluries*, de León XIII el 15 de agosto de 1889. En ella el papa da testimonio complacido y elogioso de que es algo en que «la piedad del pueblo no sólo se siente inclinada, sino que ha tomado de alguna manera la marcha por sí mismo y avanza cada día en este sentido porque en estos últimos tiempos podemos ver crecer el culto a san José por todas partes y con crecimientos patentes».

El sentido de la fe del pueblo de Dios de que habla el Concilio Vaticano II es por esto el «lugar teológico» privilegiado y fundamental de la reflexión doctrinal sobre el misterio del patriarca al que León XIII llama «esposo de María y padre de Cristo».

No hay formulaciones doctrinales definidas dogmáticamente sobre san José. Pero hay un creciente testimonio de la fe del pueblo cristiano en predicadores y teólogos, escritores espirituales y actos de la Iglesia jerárquica.

«En los conventitos teresianos se sabía más de san José que en las aulas de Salamanca y de Alcalá», escribió un autorizado teólogo dominico. En verdad, el desarrollo teológico ha venido a ser expresión del progreso en la misma conciencia del pueblo fiel. En aquel seguir a distancia a Cristo y a María se pueden descubrir con admiración los pasos admirables hacia lo que es hoy indudablemente una doctrina firmemente poseída en la Iglesia.

El fundamental misterio de la concepción virginal en el seno de María exigió pronto llegar a la afirmación de la virginidad perpetua de la Virgen Madre de Dios. La presencia evangélica de José, el Hijo de David como el varón a la que estaba desposada la Virgen María, llevaría a la afirmación de la realidad del matrimonio, y la destinación providencial del mismo a la venida en carne del Hijo de Dios llevaría a san Jerónimo y a san Agustín a descubrir el misterio del matrimonio virginal de los que ya san Agustín llamaba «padres» de Jesucristo.

Cuando en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna se inicia la espléndida manifestación de la gloria de José, algunos autores van marcando el progreso doctrinal, de Juan Gerson a san Bernardino de Siena, el que contempla en el cielo glorificada a «aquella santa familia



de Jesús, María y José»; a Isidoro de Isolani y santa Teresa de Jesús, que cantan sus glorias y afirman su omnímodo poder de intercesión. San José avanza entre los fieles. A partir del siglo xvii las religiosas carmelitas primero y los frailes descalzos después, mueven a los cristianos a dar a sus hijos el nombre de José, tan frecuente entre nosotros.

Superado el malentendido de verle como un «consorte» marginal y desdeñable respecto de María, se llega a comprender que con ella e inseparablemente de ella José tiene una misión en la Encarnación redentora, que pertenece «al orden hipostático», como comprendió Suárez.

Durante el siglo xvii se abre camino la idea de que la Sagrada Familia es la Trinidad presente en la tierra, el camino de la acción salvífica de Dios hacia la humanidad. Desde 1622 su fiesta está ya en el calendario litúrgico como obligatoria, con Oficio y Misa propios desde 1714. En 1726 su nombre está en las letanías de los Santos.

En el pontificado de Pío IX se inicia definitivamente la época de la gloria de José. Se eleva la categoría litúrgica de la fiesta, se le proclama patrono de la Iglesia universal, a petición de numerosos obispos.

Todos los papas que siguieron a Pío IX realizaron con sus palabras y sus actos el progreso iniciado entonces. De la aprobación de la fiesta de la Sagrada Familia se llega

coherentemente a que pueda afirmarse por Pablo VI que así como por Adán y Eva, los padres del género humano, entró en éste el pecado, por José y María ha entrado la gracia de Dios. Ya León XIII había afirmado que la Iglesia nace por providencia de Dios de la familia de Nazaret, a la que Juan Pablo II ha podido llamar la «primera Iglesia doméstica», la Iglesia doméstica originaria de la Iglesia universal.

Pío XI había afirmado acerca de san José su «omnipotencia suplicante», su cercanía a Dios, sin tener por encima de él a nadie más que a María su esposa, ratificando así lo que muchos teólogos habían dicho en siglos anteriores y León XIII habían enseñado en su encíclica: la primacía del patriarca José en la dignidad de su misión y en la santidad con que la sirvió por encima de todos los ángeles y de todos los santos, de los antiguos patriarcas y profetas, del precursor del Señor, el mayor de los santos del Antiguo Testamento y el más grande profeta, por encima de los sumos pontífices y de los mártires, de los santos doctores y de los patriarcas de la vida religiosa.

Juan XXIII sintió personalmente y expresó en su pastoral pontificia el grandioso misterio de la primacía de quien

tuvo la mayor cercanía a la Encarnación redentora en el ocultamiento cotidiano de la vida doméstica, en la solicitud paterna sobre Jesús niño que, sometido a sus padres, «crecía en edad, en sabiduría y en gracia».

Santa Teresita del Niño Jesús afirmaba que su devoción a san José «se confundía con la devoción a María». Ella contempló en María y en José la máxima excelencia de la sencillez y del servicio silencioso de cada día a la voluntad de Dios.

El progreso que afirmó el Concilio Vaticano II de la presencia del nombre de José en la santa Misa, para que la Iglesia terrena ore con la celeste, con la Madre de Dios, con su esposo y con todos los santos, pudo venir a ser por la voluntad de Juan XXIII que, al introducir el nombre de José modificó por primera vez el texto milenario del canon romano.

Parece deseable que la reforma litúrgica posconciliar, lejos de ser ocasión de olvido, lo sea de mayor recuerdo cotidiano de la gloria de José. Ello se conseguiría incluyendo su nombre junto al de María y antes de que el de cualquier otro santo en todas las plegarias litúrgicas autorizadas en la celebración eucarística.

SIERVO DE DIOS JOSEP TORRAS I BAGES

San José, padre de todo el género humano

En la espiritualidad y en la acción pastoral del gran obispo Josep Torras i Bages (1846-1916) ocupa un lugar importante la devoción a san José. El texto que sigue es el guión del sermón que pronunció siendo todavía presbítero en la festividad de san José del año 1885.

No hay más Señor en el mundo que el Señor Dios nuestro; todos han de reconocer este supremo dominio, y el no reconocerlo importa ya un pecado. No obstante, Dios en su infinita bondad ha querido hacer participantes a las criaturas de este supremo dominio suyo. Instituyó jerarquías de ángeles que presidiesen y gobernasen a los hombres; en su Iglesia, prelados y pastores; en los Estados, príncipes y magistrados, y en las familias padres y jefes que gobernasen las casas como a delegados y representantes suyos.

Aun en el orden sobrenatural ha establecido también seres, ha constituido hombres y mujeres ilustres para que intercediesen por los hombres viadores, los dirigiesen y encaminasen a su último fin.

Por secreto impenetrable de su sabiduría ha hecho como una división de poderes: a unos ha dado poder y eficacia para las cosas y necesidades temporales; a otros

para las espirituales; a unos les ha constituido protectores de la niñez; a otros, de la juventud, etc. Pero hay un bienaventurado en el cielo a quien Cristo Nuestro Señor constituyó Padre, Protector e Intercesor de todo el linaje humano, porque fue padre, protector y custodio suyo en la tierra, y el amor de Cristo hacia nosotros es tan grande, que quiso darnos el mismo Padre y la misma Madre que Él tuvo. Ya entenderéis que hablo del glorioso Patriarca San José, cuya fiesta hoy celebramos.

La intercesión y patrocinio de San José es el más eficaz y poderoso del cielo, a excepción de María Santísima. Por esto ha sido declarado Patrón de la Iglesia universal. Porque un intercesor es más poderoso en cuanto es más amado de Dios. San José es el bienaventurado más amado de Dios, a excepción de María Santísima. Luego es el más poderoso intercesor.

San José, patrono de la buena muerte

Los libros apócrifos del Nuevo Testamento son un conjunto heterogéneo en su doctrina y en contenido. Algunos son de inspiración gnóstica o ebionita. Estos últimos expresan la mentalidad de los judíos que reconocían la mesianidad pero no la divinidad de Jesús de Nazaret, y niegan también la concepción virginal y afirman haber sido Jesús hijo natural de José y de María.

Contradiendo a éstos, otros apócrifos, para afirmar la divinidad de Jesús y la virginidad de María, compusieron sedicentes historias que presentaban a José anciano, viudo y padre de los «hermanos del Señor».

Además de este intento ortodoxo frente al ebionismo, se advierte también en ellos el doble deseo de presentar a José con las bendiciones veterotestamentarias de longevidad y fecunda paternidad, y de afirmar la más íntima relación humana con Jesús de los dirigentes de las comunidades judeocristianas: Santiago, Judas Tadeo, etc.

Estos escritos surgen en las sinagogas-iglesias de aquellas comunidades, y como escritos destinados a la conmemoración por sus descendientes o parientes de aquellas figuras que sentían vinculadas a la vida de Jesús entre los suyos.

Entre estos apócrifos destacan el *Libro sobre la nati-
vidad de María según Santiago*, con frecuencia llamado «Protoevangelio de Santiago», y la *Historia del tránsito de José el Carpintero*, atribuidos ambos, sin ningún fundamento, a Santiago el Menor. El segundo surgió, al parecer, en Nazaret en la «casa de José», poseída durante bastantes siglos por los descendientes del apóstol Judas, «el hermano de Santiago». En él, el mismo Santiago, el «hermano del Señor», pone en labios del propio Jesús el relato de la muerte de José. Ambos apócrifos han tenido mucha influencia en la iconografía y en la literatura popular.

El dominico Isidoro de Isolani, en la *Summa de donis S. Joseph* escrita en 1522, dedicada al papa Adriano VI y que es el primer tratado teológico sistemático sobre san José, reprodujo el hermoso pasaje sobre su muerte como muestra de la devoción oriental hacia el patriarca.

Con las salvedades que también él formuló, nos ha parecido oportuno ofrecer a nuestros lectores un texto que no dejó de tener influencia posterior en la Iglesia católica, y que representa de modo muy auténtico la primera etapa de la devoción a san José en aquellas comunidades cristianas muy vinculadas todavía a la tradición judía.

«Historia del tránsito de José el Carpintero»

La vida de mi padre José, el bendito anciano, comprendió ciento once años, según lo había determinado mi buen Padre. El día en que se separó del cuerpo fue el 26 del mes de Epep. Entonces el oro acendrado de su carne empezó a demudarse, y la plata de su inteligencia y razón sufrió alteraciones. Se olvidó de comer y de beber, y la destreza en el desempeño de su oficio empezó a resentirse. Y sucedió que, al amanecer el día 26 de Epep, fue presa de una gran agitación mientras estaba en su lecho...

... penetré yo en el sitio donde se encontraba, y al verle agitado de cuerpo y de alma, le dije: «Salve, José, mi querido padre anciano bueno y bendito». Él respondió, presa aún de un miedo mortal: «Salve mil veces, querido hijo. Al oír tu voz, mi alma recobra su tranquilidad. Jesús, mi Señor; Jesús, mi verdadero rey, mi salvador bueno y misericordioso; Jesús, mi libertador; Jesús, mi guía; Jesús, mi protector; Jesús, en cuya bondad se encuentra todo; Jesús, cuyo nombre es dulce y potente en la boca de todos; Jesús, ojo que ve y oído que oye verdaderamente: escúchame hoy a mí, tu servidor, cuando elevo mis ruegos y vierto mis lamentos ante ti. En verdad que tú eres Dios. Tú eres el Señor, según me lo ha repetido muchas veces el ángel, sobre todo aquel día en que anidaron en

mi corazón sospechas humanas al observar las señales de embarazo de la Virgen sin mancilla y había determinado abandonarla. Pero, cuando yo estaba pensando esto, se me apareció en sueños un ángel y me dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa, pues el que ha de dar a luz es fruto del Espíritu Santo. No abrigues sospecha alguna acerca de su embarazo. Ella traerá al mundo un hijo y tú le darás por nombre Jesús. Tú eres Jesucristo, el salvador de mi alma, de mi cuerpo y de mi espíritu. No me condenes a mí, siervo tuyo y obra de tus manos. Yo no sabía ni conocía el misterio de tu maravilloso nacimiento y jamás había oído que una mujer pudiera concebir sin obra de varón y que una virgen pudiera dar a luz sin romper el sello de su virginidad. ¡Oh Señor mío!, si no hubiera conocido la ley de este misterio, no hubiera creído en ti, ni en tu santo nacimiento, ni tributado honor a María, la Virgen que te trajo a este mundo»....

... En aquel momento, mis queridos hermanos, me vino al pensamiento la muerte de cruz que había de sufrir por la vida de todo el mundo. Y entonces María, mi madre querida, cuyo nombre es dulce para todos los que me aman a mí, se levantó y me dijo, teniendo su corazón anegado en la amargura: «¡Ay de mí!, querido hijo. ¿Pero es que

va a morir el bueno y bendito anciano de José, tu padre nutricio querido y adorado?» Yo le respondí: «¡Oh mi querida madre! ¿Y quién entre los humanos se verá libre de la necesidad de tener que arrostrar la muerte? Esta es dueña de toda la humanidad, ¡oh madre bendita! Y aun tú misma has de morir como todos los demás hombres. Mas ni tu muerte ni la de mi padre José puede llamarse propiamente muerte, sino más bien vida eterna ininterrumpida. También yo he de pasar por este trance a causa de la carne mortal con que me he revestido. Mas ahora, madre querida, levántate y entra donde está el bendito anciano José para que puedas ver el lugar que le está aguardando desde lo alto».

Se levantó, pues, penetró en la estancia donde se encontraba y pudo apreciar las señales evidentes de la muerte, que ya se reflejaban en él. Yo, mis queridos, me puse a su cabecera, y mi madre a sus pies. Él clavaba su vista en mi rostro, sin poder dirigirme una palabra siquiera, pues la muerte se apoderaba de él por momentos. Entonces elevó su mirada hacia lo alto y dejó escapar un fuerte gemido. Yo sujeté sus manos y sus pies durante largo tiempo, y él me miraba suplicándome que no le abandonásemos en manos de sus enemigos. Yo puse mi mano sobre su pecho y noté que su alma había subido ya a su garganta para dejar su cuerpo. Mas no había llegado aún el momento supremo de la muerte, pues de lo contrario no hubiera podido aguantar más. No obstante, estaban ya presentes las lágrimas, la turbación y el decaimiento que siempre la preceden...

Plegaria de Jesús

«Padre mío misericordioso, Padre de la verdad, ojo que ve y oído que oye: escúchame, que soy tu hijo querido; te pido por mi padre José, la obra de tus manos. Envíame un gran coro de ángeles juntamente con Miguel, el administrador de los bienes, y con Gabriel, el buen mensajero de la luz, para que acompañen al alma de mi padre José... Sé además piadoso para con el alma de mi padre José cuando venga a reposar en tus manos, pues éste es el momento en que (más) necesita de tu misericordia».

Yo os digo, venerables hermanos y apóstoles benditos, que todo hombre que, en llegando a discernir entre el bien y el mal, haya consumido su tiempo siguiendo la

fascinación de sus ojos, cuando llegue la hora de su muerte y haya de franquear el paso para comparecer ante el tribunal terrible y hacer su propia defensa, se verá necesitado de la piedad de mi buen Padre. Pero sigamos relatando el desenlace de mi padre José, el bendito anciano.

Al exhalar su espíritu, yo le besé. Los ángeles tomaron su alma y la envolvieron en lienzos de seda. Yo estaba sentado junto a él, y ninguno de los circunstantes cayó en la cuenta de que había ya expirado. Entonces puse su alma en manos de Miguel y Gabriel para que le sirvieran de defensa contra los genios que acechaban en el camino. Y los ángeles se pusieron a entonar cánticos de alabanza ante ella, hasta que por fin llegó a los brazos de mi Padre.



Entonces puse yo mis manos sobre su cuerpo y dije: «No seas presa de la fetidez de la muerte. Tus oídos no sufran corrupción. No emane podredumbre de tu cuerpo. No eche a perder la tierra tu mortaja ni tu carne, sino que queden intactas adheridas a tu cuerpo hasta el día del convite de los dos mil años. No envejezcan, ¡oh querido padre!, esos cabellos que tantas veces he acariciado con mis manos. Y que la dicha sea contigo. A aquel que se preocupe de llevar una ofrenda a tu santuario el día de tu conmemoración, yo le ben-

deciré con la afluencia de dones celestiales. Asimismo, a todo aquel que diere en tu nombre pan a un pobre, no le permitiré que se vea agobiado por la necesidad de cualesquiera bienes de este mundo durante todos los días de su vida. Te concederé que puedas invitar al banquete de los mil años a todos aquellos que en el día de tu conmemoración den un vaso de vino en la mano a un forastero, a una viuda o a un huérfano. He de darte como regalo, mientras vivan en este mundo, a todos los que se dediquen a escribir el libro de tu salida de este mundo y a consignar todas las palabras que hoy han salido de mi boca; y, cuando abandonen este mundo, yo haré que desaparezca el libro en que están escritos sus pecados y que no sufran tormento alguno, fuera de la muerte inevitable y del río de fuego que está ante mi Padre para purificar a toda clase de almas. Y si se diera el caso de que un pobre, no pudiendo hacer nada de lo dicho, impusiera el nombre de José a uno de sus hijos en tu honor, yo haré que en aquella casa no entre el hambre ni la peste, pues tu nombre habita de verdad allí».

Y entonces se presentaron en la casa mortuoria los ancianos de la ciudad, a quienes acompañaban los enterra-

dores, con intención de efectuar el sepelio a la manera judía. Y encontraron el cadáver dispuesto ya para el enterramiento. La mortaja se había adherido fuertemente a su cuerpo, como si se la hubiera sujetado con grapas de hierro, y cuando removieron el cadáver no encontraron su abertura. A continuación tuvo lugar la conducción del cadáver hasta la tumba. Y, cuando llegaron a ésta y estaban ya dispuestos a franquear su entrada para colocarle junto a los restos de su padre, me vino a la mente el recuerdo del día en que me llevó a Egipto y de las grandes preocupaciones que asumí por mí, y no pude menos de echarme sobre su cuerpo y llorar un largo rato, diciendo:

Exclamaciones de Jesús

«¡Oh muerte, de cuántas lágrimas y lamentos eres causante! Mas este poder te viene de Aquel que tiene bajo su dominio todo el universo... ¿Y qué impide ahora que haga yo oración a mi buen Padre para que envíe un gran carro luminoso que eleve a José para que no guste las amarguras de la muerte y que le traslade al lugar de reposo en la misma carne que trajo al mundo, para que viva allí con mis ángeles incorpóreos. La transgresión de Adán fue la causa de que sobrevinieran estos grandes males sobre la humanidad juntamente con lo irremediable de la muerte. Y por cuanto yo mismo llevo también esta carne concebida en el dolor, debo gustar con ella la muerte para que pueda apiadarme de las criaturas que he formado».

Mientras yo decía esto abrazado al cuerpo de mi padre José y llorando sobre él, abrieron la entrada del sepulcro y depositaron el cadáver junto al de su padre Jacob. Su vida fue de ciento once años, sin que al cabo de tanto tiempo se estropeará un solo diente de su boca y sin que sus ojos se debilitaran, sino que todo su aspecto se asemejaba al de un tierno niño. Nunca estuvo achacoso, sino que trabajó continuamente en su oficio de carpintero hasta el día en que sobrevino la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.

Réplica de los apóstoles

Y cuando nosotros, los apóstoles, oímos tales cosas de labios de nuestro Salvador, nos pusimos en pie llenos de gozo y luego adoramos sus manos y sus plantas, diciendo estáticos de alegría: «Te damos gracias, Señor y Salvador nuestro, por haberte dignado regalarnos con estas palabras salidas de tus labios. Mas no salimos de nuestra admiración, ¡oh buen Salvador! pues no acabamos de explicarnos cómo, habiendo concedido la inmortalidad a Elías y a Henoc, ya que están disfrutando de los bienes en la misma carne con que nacieron sin que hayan sido víctimas de la corrupción, sin embargo, tratándose del bendito anciano José el Carpintero, a quien concediste el gran honor de llamarle tu padre y de obedecerle en todas las co-

sas (a nosotros mismos nos has encargado: «Cuando seáis revestidos de mi fuerza y recibáis la voz de mi Padre, esto es, el Espíritu Paráclito, y seáis enviados a predicar el Evangelio, predicad también a mi querido padre José»; y además: «Consignad estas palabras de vida en el testamento de su partida de este mundo»; y «leed las palabras de este testamento en los días solemnes y festivos»; y «quien no haya aprendido a leer correctamente, no debe leer este testamento en los días festivos»; y, finalmente, «quien suprimiera o añadiere algo a estas palabras de manera que me haga embustero será reo de mi venganza»); nos admira, repetimos, el que, habiéndole llamado tú padre según la carne desde el día en que naciste en Belén, no le hayas concedido la inmortalidad para vivir eternamente».

Nuestro Salvador respondió diciendo: «La sentencia pronunciada por mi Padre contra Adán no quedará sin vigor, por cuanto éste no fue obediente a sus mandatos. Cuando mi Padre destina a uno a ser justo, éste viene a ser inmediatamente su elegido. Si un hombre ofende a Dios por amar las obras del demonio, ¿ignora acaso que vendrá a caer un día en sus manos si sigue impenitente, aunque se le concedan largos días de vida? Si, por el contrario, alguno vive mucho tiempo haciendo siempre buenas obras, son éstas precisamente las que le harán viejo. Cuando Dios ve que uno sigue el camino de la perdición, suele concederle un corto plazo de vida y le hace desaparecer en la mitad de sus días. Por lo demás, han de tener exacto cumplimiento las profecías dictadas por mi Padre sobre la humanidad y todas las cosas han de suceder en conformidad con ellas. Me habéis citado el caso de Henoc y de Elías: “Ellos, decís, siguen viviendo y conservan la carne que trajeron a este mundo, ¿por qué, pues, tratándose de tu padre, no le has permitido conservar su cuerpo?”. Pues yo os digo que, aunque hubiera llegado a tener diez mil años más, incurriría siempre en la misma necesidad de morir. Más aún, yo os aseguro que siempre que Henoc y Elías piensan en la muerte, desearían haberla sufrido ya y verse así libres de la necesidad que les está impuesta, puesto que han de morir en un día de turbación, de miedo, de gritos, de perdición y de aflicción. Pues habéis de saber que el anticristo ha de matar a estos hombres y derramar su sangre en la tierra como el agua de un vaso a causa de las inculpaciones que le echarán en cara cuando le acusen».

Nosotros respondimos diciendo: «Señor y Dios nuestro, ¿quiénes son esos dos hombres de quienes acabas de decir que el hijo de la perdición les matará por un vaso de agua?». Jesús, nuestro Salvador y nuestra vida, respondió: «Henoc y Elías». Y, al oír estas palabras de boca de nuestro Salvador, el corazón se nos llenó de gozo y de alegría. Por lo cual le tributamos alabanzas y gracias como a nuestro Señor, nuestra Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, por quien conviene al Padre toda gloria y todo honor juntamente con Él y con el Espíritu Santo vivificador, ahora, en todo tiempo y por eternidad de eternidades. Amén.

El Hijo del Hombre, logos de Yahweh

EDUARD VIVAS LLORENS, pbro.

ANTES de exponer nuestro tema, deseo proponer un principio hermenéutico de la Doctrina de la Iglesia Santa Teresita del Niño Jesús en su lengua original francesa –olvidado en algunas ediciones españolas–, el cual servirá de pauta en lo que nos concierne, expresado el día 4 de agosto de 1897 a su hermana y a la sazón priora del Monasterio, Sor Inés de Jesús, y por ella misma transcrito en su «Cuaderno amarillo» –*Derniers entretiens* 1971, pág. 301, núm. 5–, que copio de mi ejemplar y traduzco, haciendo notar que los subrayados son de mi propia mano:

«C'est seulement au Ciel que nous verrons la vérité sur toute chose. Sur la terre, c'est impossible. Ainsi, même pour la Sainte Ecriture, n'est pas triste de voir toutes les différences de traduction. Si j'avais été prêtre, j'aurais appris l'hébreu et le grec, je ne me serais pas contentée du latin, comme cela j'aurais connu le vrai texte dicté par l'Esprit Saint».

«Solamente en el Cielo veremos la verdad sobre toda cosa. Sobre la tierra, es imposible. De modo parecido, en la misma Santa Escritura, ¿no es triste comprobar todas las diferencias de traducción? Si yo hubiera sido sacerdote habría aprendido el hebreo y el griego; no me hubiera contentado con el latín, y por eso mismo hubiera conocido el verdadero texto dictado por el Espíritu Santo».

Ante los avances de la moderna crítica textual no es factible; pero tal principio tiene validez en orden a la verdad plena revelada, siempre que nos dejemos guiar por la luz de su intuición con la humildad propia de la genuina infancia espiritual y en el ámbito de la analogía de la fe. Dentro de unas evidentes limitaciones, lo aplicaremos en la explicación de nuestro tema.

En la lengua hebrea los nombres suelen tener un valor doblemente significativo: filológico y ontológico, es decir, en su morfología denotan aquello que significan. En el nombre de *Yahweh* se expresan a la par la naturaleza espiritual y eterna de Dios, su unidad de ser en trinidad de personas, tema explicado en el precedente artículo.* Como espíritu puro, simple y eterno, existente por sí mismo, desde el punto de vista objetivo se mira subjetivamente, formando un doble viviente en sí mismo, imagen perfecta del *Yo*, «un *Tú*», relacionándose ambos en un recíproco *Amor*, que es el *Espíritu Santo*. El «*Tú – Logos*», refleja el «*Yo del Padre*». Y como que por su naturaleza toda vida se trascien-

de, la íntima de *Yahweh* por el *Logos*, prototipo de toda la obra creadora y, como encarnado *el primer predestinado* a impulsos del *Amor*, resulta que el *Yo paterno* se trasciende creando. *Yahweh* es, pues, en verdad, como enseña el Apocalipsis, *Alfa y Omega*. Luego, unido a *Yahweh* se explica el Universo. En *Yahweh* y por *Yahweh*, se unifica el proceso de la Creación.

Este principio ha de encontrarse expresado en la conciencia de Jesucristo, *Logos DE Yahweh –Hijo de Dios– e Hijo del Hombre* de una manera clara, auténtica, verdadera. Tomando literalmente el evangelio de san Juan, que de una forma magistral revela la eternidad del *Logos-Verbo*, su obra, la Encarnación, para hacernos en definitiva hijos del mismo *Yahweh-Padre*. Comprobemos su identidad a fin de despejar dudas:

1º.- Andrés comunicó a su hermano Pedro (Jo 1, 41-42): «*Hemos encontrado al Mesías*», título que jamás negó y nunca se atribuyó a lo largo de la vida pública.

2º.- En el mismo contexto Felipe dijo a Natanael (Jo 1,45): «*Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y también los profetas, Jesús, el hijo de José de Nazaret*».

3º.- Natanael reconoció que Jesucristo era (Jo 1,49) «el Rabí, Hijo de Dios y Rey de Israel».

4º.- Por toda respuesta al conjunto de los primeros apóstoles Jesucristo dijo (Jo 1,51): «*Yo os aseguro, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el HIJO DEL HOMBRE*».

Leyendo entre líneas el texto se nota que el título de Mesías, intencionadamente lo ocultó como envuelto en los de *Hijo de Dios* e *Hijo del Hombre*. Después, por haberse declarado *Hijo de Dios*, ya en el Templo de Jerusalén querían matarle y finalmente el Sanedrín le condenó a muerte por blasfemo. Por ser Jesucristo el *Logos DE Yahweh*, no podemos dudar –a no ser que dudemos de la validez de la misma Biblia– que en su conciencia humana brillaba el pleno conocimiento de su singular y extraordinaria condición existencial, única e irreplicable de *Hijo del Hombre* por la *Luz* dimanante del mismo *Logos*, en el cual estaba la *Vida*. Se trata de un supremo caso en la historia. Es preciso dilucidar el significado pleno del título tan familiar con que se identificaba personalmente, *Hijo del Hombre*, que por otra parte nadie impugnó, como el de *Hijo de David*, pues constaba en las genealogías, tenidas en gran valor en el pueblo judío. Expresado literalmente en lenguaje hebreo bíblico o en el arameo de su época, su nom-

* Véase CRISTIANDAD, núm. 827-828, mayo-junio de 2000.

bre propio sonaría así: *Jesua bar ben Adam*, que equivale a *Jesús Hijo del Hombre*. Tal como nos resulta familiar en los Evangelios. Expliquémoslo.

Repetidas veces en los salmos y con referencia al hombre en abstracto, se menciona la expresión «*Hijo de Adán*». Por ejemplo:

8,5: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, el *Hijo de Adán* para que pienses en él?»

11,4: «Los ojos de *Yahweh* ven el mundo, sus párpados escrutan a los *hijos de Adán*».

14,2: «*Yahweh* miró desde los cielos a los *hijos de Adán*. para ver si hay algún sensato».

31,20: «¿Qué grande es tu bondad, *Yahweh*... a la vista de los *hijos de Adán*!»

80,18: «Esté tu mano sobre el hombre de tu diestra sobre el *hijo de Adán* a quien fortaleciste».

89,48: «Recuerda, Señor, cuán breve es la existencia; para bien poco creaste a los hijos de Adán».

90,3: «Tú llamas al hombre a la contrición y le dices: ¡volved los *hijos de Adán*!»

107,8: «¡Alaben a *Yahweh* por su misericordia, por sus obras maravillosas en favor de los *hijos de Adán*!»

En forma análoga, compara el libro de Job (25,6) «el hombre a un gusano a la presencia de Dios». Se conmina en el de Isaías (51,12) «a todo hijo de hombre a no tener miedo de otro hombre». Y el profeta Ezequiel es llamado por Dios (2,1-3) especialmente como «hijo de hombre», para cumplir su importante misión profética en favor de un Israel rebelde.

Entendida esta significación genérica, es preciso puntualizarla a la luz de los primeros capítulos del Génesis, basándonos sobre todo en la terminología hebrea. Leemos en 2,7: «*Yahweh* formó *Adam* del *Adamah*». Notemos que el término *adamah* significa «tierra arcillosa», «barro», y tiene un gran parecido con el nombre de «*Adam*», sustantivo común de *hombre*, equivalente a *humanidad*, que luego se especifica distinguiendo los sexos, «varón» y «mujer». Luego la Biblia hebrea revela que el hombre procede del limo de la tierra incluso fonéticamente, punto convergente con la ciencia. Después, aparece ya el mismo nombre de *Adam* como el propio de una persona, la del padre de la *humanidad*, y prototipo de todo *hombre*.

Ahora bien: en el capítulo precedente Dios dijo (1,26-27): «Hagamos al *hombre* a imagen y semejanza *nuestra*». Tal relación entre Creador y creatura, sólo puede

ontológicamente entenderse en razón del espíritu que informa la materia, procedente del *Adamah*. Por ende, la base de la personalidad humana es espiritual; y por otra, su complemento biológico es material. En la naturaleza del *hombre* tenemos el espíritu creado por el mismo Dios y el cuerpo de carne y hueso, procedente de la tierra, según el previo orden divino del Universo. De tal combinación, por cierto muy sabia, resulta la mente por la cual el *hombre* es superior a toda la especie animal.

Si además tenemos en cuenta la creación de los seres vivientes en las aguas –cuarto día– y de los animales terráneos –quinto–, se comprueba también en el lenguaje hebreo del Génesis que hay una relación de procedencia, la cual culmina en el *hombre* = *humanidad*, que pasa luego a tener significado de persona, incluso con el artículo «el *Adán*», que se individualiza como el prototipo de todo *hombre* y *padre de la humanidad*. Puede comprobarse tal significado en los siguientes versículos, sobre todo en la formación de Eva y caída en el pecado original. Tal es el fundamento de la concordancia entre la fe y la ciencia en la verdad.

TENIENDO en cuenta la primera traducción de la Biblia del hebreo al griego conocida con el nombre de *Septuaginta*, ya se aprecia una innegable devaluación del significado de los nombres *Adam* y *Adamah*, pues «*Adam* = *humanidad*» los setenta sabios de Alejandría lo tradujeron por «*Andropos*»; y la tierra arcillosa, por *ges*; y, en cambio, el nombre propio de la persona individual, padre y prototipo de la *humanidad*, por «*Adam*». Nótese la diferencia lingüística entre *Adam*, *Adamah* y «*Andropos*, *Adam*, *ges*». La devaluación del significado de los términos queda patente, la cual continuó en la versión latina de san Jerónimo, Vulgata, y pasó luego a las siguientes. Y como que sobre este tema los teólogos y escrituristas andan de puntillas y los científicos demuestran la evolución de las especies, resulta indispensable en honor a la verdad recurrir a la Biblia hebrea.

Y esta verdad se confirma en Jesucristo, tal como veremos. Entre todos los salmos, merece especial atención el mesiánico por excelencia, cuyo autor es David, el 110, citado literalmente en el Evangelio, que comienza así:

«*Yahweh* dijo a mi Señor,
siéntate a mi diestra
hasta que ponga a tus enemigos
por escabel de tus pies».

La pregunta razonable e inquietante que salta a la vista es esta: ¿Quién es el Señor de David, Rey-profeta, digno de estar sentado a la diestra de *Yahweh*? Y, luego, la siguiente, no menos intrigante: ¿Cuáles son sus enemigos? La respuesta clara la tenemos en los mismos labios de Jesucristo, que hizo enmudecer a sus contrincantes, los fariseos, en medio del Templo de Jerusalén, ya después de su

entrada mesiánica, tal como leemos en Mt 22,41-46; Mc 12,35-37; Lc 20,41-44. Así lo narra Marcos: «Jesús, tomando la palabra, decía, mientras enseñaba en el Templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? David mismo dijo movido por el Espíritu Santo –cita literalmente el primer versículo del salmo y añade–: El mismo David le llama Señor. ¿Cómo puede entonces ser hijo suyo? La muchedumbre le oía con agrado». Y Mateo añade: «Nadie era capaz de contestarle nada; y desde ese día, ninguno se atrevió a preguntarle ya más». Es tan poderoso este argumento que san Pedro –Act 2,34-36– con él concluyó el sermón de Pentecostés en el mismo Templo. Y por dos veces lo cita la Carta a los Hebreos (1,13 y 10,12-13) para demostrar la supremacía de Jesucristo sobre los ángeles y explicar su sacrificio como Redentor. Más aún: Jesucristo glorioso se identifica en el Apocalipsis afirmando (22,16): «Yo soy la raíz y la estirpe de David, la estrella brillante de la mañana». Tan sólo puede ser «raíz» no en cuanto es *Hijo de David*, sino *Hijo del Hombre*, «*Bar ben Adam*». Luego, Jesucristo precede y es el arquetipo de *Adán* formado del *Adamah*; y, por ende, su identidad en cuanto hombre arranca de los mismos homínidos. Proféticamente se identificó en el Génesis como el «Arbol de la Vida» en medio del Paraíso; correspondiendo el de «la ciencia del bien y del mal» al progreso propio de la mente y el ejercicio de la conciencia en Adán y su descendencia con referencia a la antagónica relación entre *Yahweh-Elohyim-Creador* y la serpiente antigua, identificada por el ángel rebelde y padre de la mentira, homicida desde el principio.

Luego, al unir en su misma persona *Jesucristo*, el primer predestinado, las dos generaciones, la eterna como *Logos de Yahweh* y la temporal en medio de la Humanidad como *Hijo del Hombre*, se desprende que *Él* es la *clave del universo*, y la auténtica *cabeza de la humanidad*, como atestigua la Carta de san Pablo a los Romanos. Y la Encarnación brilla cual obra maestra de *Yahweh*.

* * *

No tengo duda alguna de que *Jesucristo* en su mente profunda y en la más recóndita intimidad de su ser, tenía conciencia clara de ello, pues en su obrar se mostró siempre coherente y con una perfecta humildad, responsable de su personalidad. También se comprueba por la constante inhibición de presentarse como Mesías de Israel, evadiendo claramente cualquier intento popular de mesianismo. Mas habitualmente se identificaba no como un hijo de hombre anónimo, sino autodenominándose «*el Hijo del Hombre*» por antonomasia. De revelarse sólo en su condición mesiánica, su misión salvadora se habría limitado a Israel; pero en cuanto *Hijo del Hombre*, era universal, abarcando a la totalidad de la *humanidad*, si bien nacido como hijo del Pueblo Elegido. Se comprueba leyendo unas citas evangélicas, según el orden lógico de su vida pública:

1.º Mt 9,2-8; Mc 2,1-12; Lc 5,17-26. En Cafarnaúm surgió un conflicto con los fariseos a raíz de la curación de un paralítico transportado en un camastro y bajado con cuerdas por un boquete abierto en el tejado de una casa hasta la presencia de *Jesucristo*, el cual respondió así: «Para que sepáis que el *Hijo del Hombre* tiene potestad para perdonar los pecados sobre la tierra, dijo al paralítico: Yo te lo digo, levántate, toma tu litera y vete a tu casa».

2.º Mt 2,27-28. Un sábado pasando junto a unos trigales, los apóstoles arrancaron espigas y se comieron los granos. Por ello los fariseos increparon a Jesucristo indicando que aquella era una acción ilícita. El respondió con argumentos sacados por vía de analogía de la conducta de David y sus guerreros, y apostilló: «El sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado y el Señor del sábado es el *Hijo del Hombre*».

3.º Mt 11,7-19; Lc. 7,24-35. Después de haber hecho un elogio del Bautista puso una comparación para demostrar cuál era el proceder de aquella generación y dijo: «Vino Juan, que no comía ni bebía y decían que tiene el demonio; ha venido *el Hijo del Hombre*, que come y bebe y dicen que es un goloso y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. Y la sabiduría ha sido justificada por sus obras; por todos sus hijos».

4.º Mt 13,36-43. Explicando en privado a los apóstoles el sentido de la parábola del trigo y la cizaña, declaró: «Quien siembra es *el Hijo del Hombre* y el campo es el mundo... Al fin de los siglos enviará *el Hijo del Hombre* a sus ángeles... A los autores de la iniquidad los echarán al horno encendido y los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre».

5.º Mt 16,26; Mc 8,38; Lc. 9,26. Jesucristo invitó a seguirle llevando su propia cruz y renunciarse cada cual a sí mismo; pero había quien se escandalizaba de Él y se avergonzaba. Contra aquella generación adúltera apostilló: «*el Hijo del Hombre* ha de venir en la gloria de su Padre con sus santos y ángeles, y entonces se avergonzará de ellos y les dará la paga según sus obras».

6.º Lc 9,51-56: De camino hacia Jerusalén en la proximidad de la Pascua de la Redención, envió algunos apóstoles a que preparasen la estancia en un pueblo de Samaría. No quisieron recibirle. Juan y Jaime, indignados, pedían que bajase sobre ellos fuego del cielo, mas les respondió diciéndoles: «¿No sabéis de qué espíritu sois? Pues *el Hijo del Hombre* no ha venido a perder vidas, sino a salvarlas. Y se fueron a otra aldea».

7.º Mt 8,19-21. Cuando un escriba pretendía seguir a Jesucristo, para darle a entender la austeridad de vida que debía asumir, le dijo: «Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros, su nido; pero *El Hijo del Hombre* no tiene donde reclinar su cabeza».

8.º Lc 12,10: Dando a entender la gravedad de la blasfemia se expresó así: «Quien dijere una palabra contra el *Hijo del Hombre*, será perdonado; pero el que blasfemare contra el Espíritu Santo no tendrá perdón».

9.º Mt 12,38,42; Lc 11,29-32: Pedían a Jesucristo con insistencia una señal para creer en Él. Respondió profetizando su próxima muerte y resurrección haciendo un paralelismo con el ejemplo de Jonás, y dijo: «Así como Jonás, que estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, fue una señal para los ninivitas, así lo será también *el Hijo del Hombre* para esta generación... Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio en medio de esta generación y la condenarán, pues hicieron penitencia por la predicación de Jonás. Y aquí hay uno que es más que Jonás».

10.º Haciendo Jesucristo unas recomendaciones morales sobre el comportamiento humano, con relación a sí mismo afirmó (Lc 12,8-9): «Todo el que se declare por mí ante los hombres, también *el Hijo del Hombre* se declarará por él ante los ángeles de Dios. Pero el que me niegue ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios». Establece, por ende, una relación de cualquier persona consigo mismo, sea positiva o negativa, que implica en su realidad lo que podemos llamar *el rol del Hijo del Hombre*, que luego explicaré.

11.º A medida que se acercaba la Pasión, hablaba con énfasis también de su Resurrección y de la lejana Parusía. Jesucristo distingue planos y da a entender ciertos detalles circunstanciales (Lc 17,22-30): «Tiempo vendrá en que deseareis ver uno solo de los días del *Hijo del Hombre* y no le veréis... Como brilla el relámpago fulgurante de un extremo a otro del cielo, así será *el Hijo del Hombre* en su Día. Pero antes le es preciso padecer mucho y ser reprobado por esta generación. Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del *Hijo del Hombre*. Comían, bebían... Lo mismo sucederá el Día que *el Hijo del Hombre* se manifieste». ¿Qué nivel de certeza tenía sobre su persona, para hablar de su próxima muerte, resurrección y de su segunda venida? Tal verdad sólo por *el Logos-Luz y Vida* podía tenerla. En el catálogo de casos analizados por la moderna psiquiatría, no tiene parangón. Luego, es preciso hablar de la claridad de su conciencia en posesión de la verdad absoluta.

12.º Aún más: con referencia a su Parusía precisó (Lc 18,8: «Cuando venga *el Hijo del Hombre*, ¿encontrará fe sobre la tierra?». Es una señal profética que afecta a los «signos del tiempo» que vivimos.

13.º Yendo de camino hacia Jerusalén para celebrar la última Pascua de su vida pública, dijo Jesucristo a sus apóstoles (Lc 18,31-34): «Mirad que subimos a Jerusalén y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron del *Hijo del Hombre*; pues será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de azotarle

le matarán y al tercer día resucitará. Ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que había dicho». Desde el punto de vista psicológico, la certeza de *Jesucristo* contrasta con la obnubilación de los apóstoles, estado de conciencia que puede admitir varios grados de incompreensión y duda, en cuyo ámbito muchos hombres se pueden también colocar con sincera humildad. La verdad entera abarca lo anunciado por los profetas y lo sucedido. La sabiduría del *Hijo del Hombre* es perfecta.

14.º En Jericó y con motivo de la conversión de Zaqueo, el publicano, declaró la naturaleza de la salvación cuando dijo ante las críticas de los circunstantes a la sombra de un sicomoro (Lc 19,10): «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues *el Hijo del Hombre* ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido». Luego, la gracia de la Redención es universal, afecta a las conciencias y reclama la conversión del corazón arrepentido de sus pecados.

15.º Sin que pueda precisarse el momento y ante la hostilidad creciente, conscientes los apóstoles que debían anunciar el Reino de Dios a los hombres y surgirían dificultades les hizo esta advertencia (Mt 10,23): «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel, antes que venga *el Hijo del Hombre*». Vista desde tal perspectiva la futura misión de la Iglesia, se adivina la certeza que *Jesucristo* tenía referente a la que *Yahweh-Padre* le confió y transfirió.

16.º Precisando las señales de su Parusía, dijo (Mt 24,30; Mc 13,26; Lc 21,37): «Entonces aparecerá en el cielo la señal del *Hijo del Hombre*; entonces harán duelo todas las razas de la tierra y verán venir al *Hijo del Hombre* sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria... De la higuera aprended la parábola...». Luego la plenitud de la Redención de la Humanidad se logrará con su venida gloriosa según su propia profecía.

17.º Al fin del Sermón escatológico predicado en el Templo de Jerusalén después de su entrada mesiánica, Jesucristo reveló que el juicio divino sobre los hombres se establecerá con relación a sí mismo, no sólo ejemplar o moral, sino concreto y personal (Mt 25,31 ss): «Cuando *el Hijo del Hombre* venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de Él todas las naciones y separará a los unos de los otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda... Entonces los justos responderán: Señor, cuándo te vimos hambriento... Y el Rey les dirá: En verdad os digo, que cuanto hicisteis a uno de esos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Entonces dirá también a los de su izquierda: En verdad os digo, que cuanto

dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo. E irán éstos a un castigo eterno y los justos a una vida eterna». Los términos de la parábola son tajantes; implican una relación directa con *Jesucristo* a nivel de actos humanos. La verdad ontológica que funda tal principio moral no puede ser otra que el *rol del Hijo del Hombre*. Es como una singladura a través de la historia humana enraizada en el *Adamah* del cual procede *Adán*, adecuada a la *ciencia del bien y del mal*, orientada hacia un punto final, según la predestinación en Cristo, como explica san Pablo a los Efesios, que da sentido a la *humanidad* y valor a cada persona. Y en su totalidad, al *Reino de Yahweh en su Ungido, Jesús de Nazaret*. Todo acto bueno es conforme a su «ROL».

18.º *Jesucristo*, cuando ya se tramaba la traición de Judas, precisó a sus apóstoles (Mt. 26): «Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y *el Hijo del Hombre* será entregado para ser crucificado». En todo su proceder revela una clarividencia total sobre su futuro inmediato; por la voluntad de asumir el sacrificio de su vida, junto con una responsabilidad y libertad ejemplares, demuestra la perfección de sus actos humanos.

19.º *Jesucristo* en el Cenáculo y antes de instituir los sacramentos de la Eucaristía y del sacerdocio, estrechamente relacionados entre sí, consigo y todo su *Cuerpo Místico*, anunció la traición de Judas, en cuyo trasfondo y como a contraluz, se vislumbra lo que san Pablo llamó «el misterio de la iniquidad en acción», dijo (Mc 14,21): «*el Hijo del Hombre* se va tal como está escrito de Él. Pero ¡ay de aquel por quien *el Hijo del Hombre* es entregado! ¡Mas le valdría a ese hombre no haber nacido! Había llegado la hora del poder de las tinieblas, anunciada por el diablo cuando se retiró vencido después de las tentaciones en el desierto y su plan lo ejecutaría por manos de los pecadores, consumándolo en la Cruz.

20.º El proceso de la malignidad se descubre en Getsemaní (Lc 22,48-49): «Judas, uno de los doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para besarle. Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al *Hijo del Hombre*?». Fue el momento realmente crucial; revela la plena conciencia que tenía de ser *el Hijo del Hombre*.

21.º Ante el Sanedrín, que le juzgó en aquella aciaga noche, en el momento previo a la sentencia, brilló la evidencia sobre la personalidad de *Jesucristo*, cuando Caifás, sumo sacerdote, preguntó por su divinidad:

Mt 26,63: «Yo te conjuro por *Yahweh*— Dios vivo, a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, *Yahweh*».

Mc 15,62: «¿Eres tu el Cristo, el Hijo del Bendito, *Yahweh*?—La expresión de Bendito, referida a Dios, debió de ser la expresada por Caifás, pues nunca pronunciaban los judíos el nombre de *Yahweh*.

Lc 22,67: «Si tu eres el Cristo, dínoslo».

Jesucristo respondió:

Mt 26,64: «Sí, tu los has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora, veréis al *Hijo del Hombre* sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo».

Mc 14,62: «Sí, yo soy, y veréis al *Hijo del Hombre* sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo».

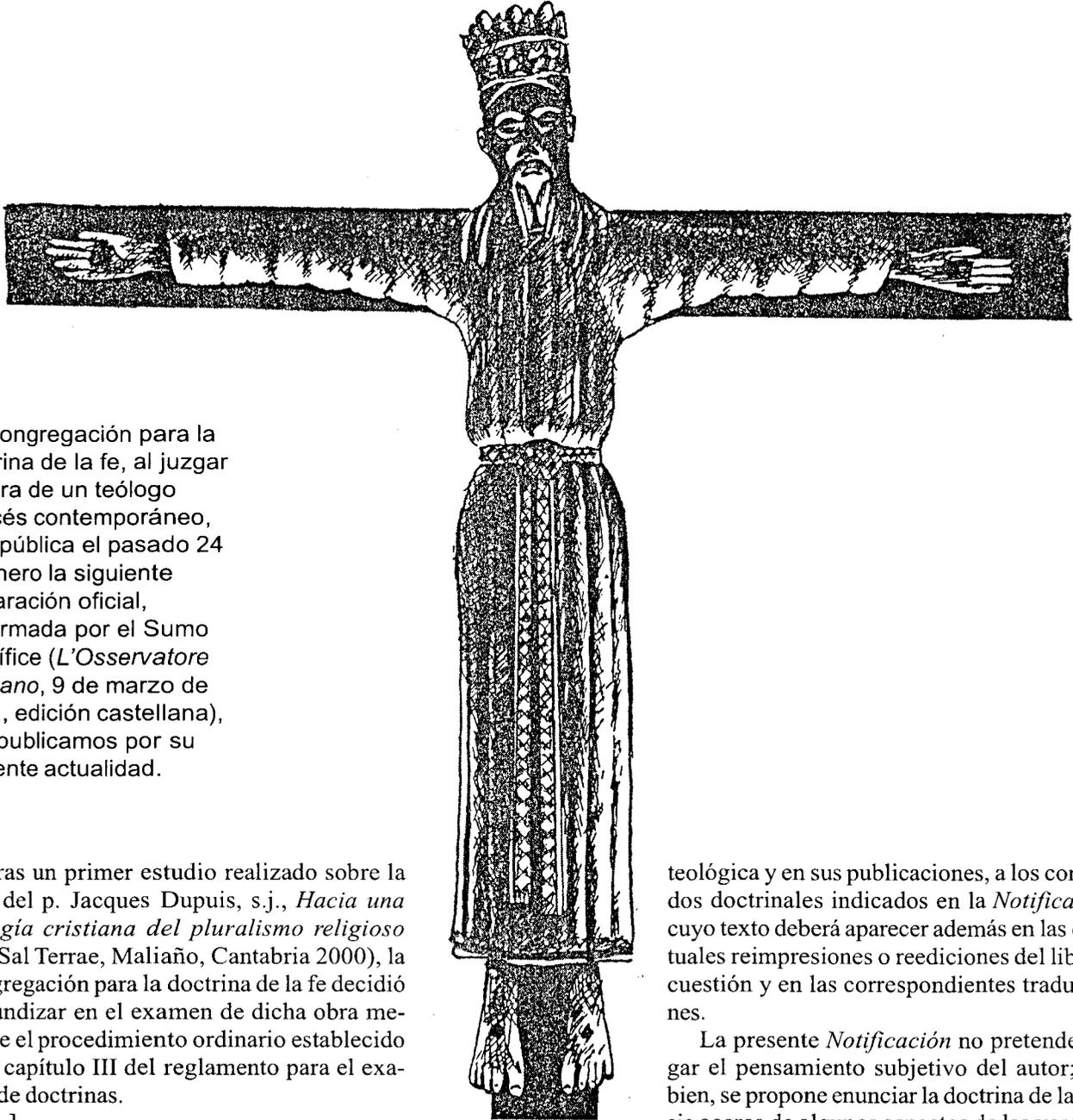
Lc 22, 68: «Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto no me responderéis. De ahora en adelante, *el Hijo del Hombre* estará sentado a la diestra del Poder de Dios, *Yahweh*».

Y el Sanedrín lo condenó según la ley por blasfemo, pues no creyeron la verdad que como *Hijo del Hombre* se identificaba con claridad el *Hijo de Dios*. Su pecado: renegar de la verdad del *Logos de Yahweh e Hijo del Hombre, descendiente de David, su Cristo y Redentor del mundo*. Aquello fue como el pecado original del pueblo judío, cuyas consecuencias históricas son notorias en espera de su salvación.

22.º Ya en la naciente Iglesia, el diácono Esteban ante el mismo Sanedrín que condenó a *Jesucristo*, atestiguó (Act 7,35-36): «Lleno del Espíritu Santo miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios *Yahweh*—, y dijo: Estoy viendo los cielos abiertos y al *Hijo del Hombre* que está en pie a la diestra de Dios». La visión del protomártir san Esteban confirma la verdad del Evangelio sobre *Jesucristo*, en su dos genealogías divina en *Yahweh* y humana, procedente en último término del *Adamah*, polvo de la tierra por obra del Creador, que se unifican en el seno virginal de María, la excelsa hija de Sión.

POR haber renegado de su *Cristo* aún hoy, el pueblo judío en medio de los demás pueblos de la Humanidad, tiene una situación anómala, singular y única. Si sobrevive en la historia negando que Jesús de Nazaret es su Cristo, es por especial fidelidad de *Yahweh* a su Alianza con Abraham. Por ser el *Cristo de Israel «el Hijo del Hombre»*, está relacionado con todos los hijos y de *Adán* y por eso su Redención es universal. Aún está por verificarse su reinserción tal como profetizó san Pablo. Además, por su Resurrección llevará a *Adán* hasta su último y supremo destino, a participar con Él y a título nupcial de su misma gloria, la que tenía por su condición de *Logos de Yahweh*. La Biblia termina con la revelación de *Jesucristo glorioso* en relación a su propia Iglesia y a la *humanidad*, según el devenir de la historia, mostrando un supremo juicio que termina con la esperanza del cumplimiento de toda la obra de *Yahweh-Alfa y Omega* y la suprema profecía del descenso de la Jerusalén del cielo, vestida de novia con el resplandor de la gloria divina, gracia que conlleva el don de la suprema espiritualidad de la Iglesia en la tierra. Tal es la razón del Apocalipsis, cumbre de la Sagrada Escritura, que ilumina a la par la historia, la fe y la ciencia.

Jesucristo, mediador único y universal



La Congregación para la doctrina de la fe, al juzgar la obra de un teólogo francés contemporáneo, hizo pública el pasado 24 de enero la siguiente declaración oficial, confirmada por el Sumo Pontífice (*L'Osservatore Romano*, 9 de marzo de 2001, edición castellana), que publicamos por su evidente actualidad.

Tras un primer estudio realizado sobre la obra del p. Jacques Dupuis, s.j., *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso* (Ed. Sal Terrae, Maliaño, Cantabria 2000), la Congregación para la doctrina de la fe decidió profundizar en el examen de dicha obra mediante el procedimiento ordinario establecido en el capítulo III del reglamento para el examen de doctrinas.

[...]

La Congregación para la doctrina de la fe, terminado el examen ordinario en todas sus fases, ha decidido redactar una *Notificación* con la intención de salvaguardar la doctrina de la fe católica de errores, ambigüedades o interpretaciones peligrosas. Tal notificación, aprobada por el Santo Padre durante la audiencia del 24 de noviembre de 2000, fue presentada al p. Jacques Dupuis, que la aceptó. Al firmar el texto, el autor se ha comprometido a dar su asentimiento a las tesis enunciadas y a atenerse en el futuro, en su actividad

teológica y en sus publicaciones, a los contenidos doctrinales indicados en la *Notificación*, cuyo texto deberá aparecer además en las eventuales reimpressiones o reediciones del libro en cuestión y en las correspondientes traducciones.

La presente *Notificación* no pretende juzgar el pensamiento subjetivo del autor; más bien, se propone enunciar la doctrina de la Iglesia acerca de algunos aspectos de las verdades doctrinales antes mencionadas y, al mismo tiempo, confutar las opiniones erróneas o peligrosas a las cuales puede llegar el lector, independientemente de las intenciones del autor, a causa de formulaciones ambiguas o explicaciones insuficientes contenidas en varios pasajes del libro. De esta forma se busca ofrecer a los lectores un criterio seguro de valoración, coherente con la doctrina de la Iglesia, para evitar que la lectura del volumen pueda inducir a graves equívocos y tergiversaciones.

[...]

Icono que representan la Majestad de Dios Hijo (Baget, Gerona). Siglo XII.

[Notificación]

I. A propósito de la mediación salvífica única y universal de Jesucristo

1. Se debe creer firmemente que Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, crucificado y resucitado, es el mediador único y universal de la salvación de toda la humanidad.

2. También se debe creer firmemente que Jesús de Nazaret, Hijo de María y único Salvador del mundo, es el Hijo y el Verbo del Padre. Para la unidad del plan divino de salvación centrado en Jesucristo, se debe considerar además que la acción salvífica del Verbo se realiza en Jesucristo y por Jesucristo, Hijo encarnado del Padre, como mediador de la salvación de toda la humanidad. Por lo tanto, es contrario a la fe católica no solamente afirmar una separación entre el Verbo y Jesús, o entre la acción salvífica del Verbo y la de Jesús, sino también sostener la tesis de una acción salvífica del Verbo como tal en su divinidad, independientemente de la humanidad del Verbo encarnado.

II. A propósito de la unicidad y plenitud de la revelación de Cristo

3. Se debe creer firmemente que Jesucristo es mediador, cumplimiento y plenitud de la revelación. Por tanto, es contrario a la fe de la Iglesia sostener que la revelación de Jesucristo o en Jesucristo es limitada, incompleta e imperfecta. Además, aunque el pleno conocimiento de la revelación divina se tendrá solamente el día de la venida gloriosa del Señor, la revelación histórica de Jesucristo ofrece ya todo lo que es necesario para la salvación del hombre, y no necesita ser completada por otras religiones.

4. Es conforme a la doctrina católica afirmar que las semillas de verdad y bondad que existen en las otras religiones son una cierta participación en las verdades contenidas en la revelación de Jesucristo o en Jesucristo. Al contrario, es opinión errónea considerar que esos elementos de verdad y bondad, o algunos de ellos, no derivan, en última instancia, de la mediación fontal de Jesucristo.

III. A propósito de la acción salvífica universal del Espíritu Santo

5. La fe de la Iglesia enseña que el Espíritu Santo, operante después de la resurrección de Jesucristo, es siempre el Espíritu de Cristo enviado por el Padre, que actúa de modo salvífico tanto en los cristianos como en los no cristianos. Por tanto, es contrario a la fe católica considerar

que la acción salvífica del Espíritu Santo se puede extender más allá de la única economía salvífica universal del Verbo encarnado.

IV. A propósito de la ordenación de todos los hombres a la Iglesia

6. Se debe creer firmemente que la Iglesia es signo e instrumento de salvación para todos los hombres. Es contrario a la fe de la Iglesia considerar las diferentes religiones del mundo como vías complementarias a la Iglesia en orden a la salvación.

7. Según la doctrina católica, también los seguidores de las otras religiones están ordenados a la Iglesia y están todos llamados a formar parte de ella.

V. A propósito del valor y de la función salvífica de las tradiciones religiosas

8. Según la doctrina católica, se debe considerar que «todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones, tiene un papel de preparación evangélica (cf. *Lumen gentium*, 16)». Por tanto, es legítimo sostener que el Espíritu Santo actúa la salvación en los no cristianos también mediante los elementos de verdad y bondad presentes en las distintas religiones pero no tiene ningún fundamento en la teología católica considerar estas religiones, en cuanto tales, como vías de salvación, porque además en ellas hay lagunas, insuficiencias y errores acerca de las verdades fundamentales sobre Dios, el hombre y el mundo.

Por otra parte, el hecho de que los elementos de verdad y bondad presentes en las distintas religiones puedan preparar a los pueblos y culturas a acoger el evento salvífico de Jesucristo no implica que los textos sagrados de las mismas puedan considerarse complementarios al Antiguo Testamento, que es la preparación inmediata al evento mismo de Cristo.

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en el transcurso de la audiencia del 19 de enero de 2001, a la luz de los pasos dados, ha confirmado su aprobación a la presente Notificación, decidida en la sesión ordinaria de esta Congregación, y ha ordenado que sea publicada.

Roma, en la sede de la Congregación para la doctrina de la fe, 24 de enero de 2001, memoria litúrgica de san Francisco de Sales.

Card. Joseph RATZINGER, Prefecto
Tarcisio BERTONE, Secretario

Juan Sebastián Bach: música para la gloria de Dios (I)

GERARDO MANRESA PRESAS

EL día 4 de febrero de 1708, la ciudad imperial de Mühlhausen cambió el Consistorio municipal. Era costumbre encargar a un músico la confección de un programa para el concierto de acogida del nuevo Consistorio. Aquel año se requirió al organista de la Blasiuskirche (Iglesia de san Blas) de la población, para que compusiera una cantata.

El organista de dicha Iglesia era, en aquellos años Juan Sebastián Bach, que compuso para la ocasión la cantata «Gott ist mein König» (Dios es mi rey). Esta fue la única cantata del autor que se publicó en su vida, ya que después de la sesión musical, debido a las célebres imprentas que había en la ciudad, se hacía imprimir la partitura de la música.

Aunque ahora nos sorprenda, debe decirse que después de su muerte, la música de Bach dejó de oírse, mejor dicho, durante su vida apenas se oyó la música de Bach. Para sus contemporáneos Bach fue únicamente un gran organista, un virtuoso que todo el mundo quería oír tocar.

Cuando Bach componía, concebía sus obras sencillamente, con sincero sentir, no creyendo que tuviesen tan inmenso valor. Siendo organista o maestro de capilla de una iglesia, ya fuera Anstadt, Mühlhausen, Weimar, Köhthen o Leipzig, durante la semana debía componer la música religiosa de la liturgia dominical y enseñar a los componentes del coro a cantarla. Así, toda su obra religiosa, ya sean cantatas, oratorios, pasiones, etc., están hechas en cumplimiento del deber, en el trabajo diario. Una vez tocadas, eran guardadas. Por eso no es de extrañar que la mayor parte de sus composiciones sólo hubieran sido interpretadas una vez en vida y que, en más de un caso, el mismo autor la rescatara del armario para retomar la misma melodía para una nueva composición. También su obra profana nació, en gran parte, de su actividad profesional en Köhthen, para la corte del duque de quien dependía.

Es imposible analizar la obra de Bach, pero quisiera despertar en los lectores la afición de «dirigirse a este precioso dominio que la piedad de Alemania nos ha dejado», como dice André Pirro, uno de sus biógrafos, y exponer lo suficiente para motivar el deseo de oír su música y leer sus súplicas.

La personalidad de Bach destaca sobre todo por tres aspectos: por su religiosidad, su piedad filial hacia Dios, por su amor a la familia y por su pasión por la música.

Estos tres pilares fundamentales en su vida le llevarán a diferenciarse totalmente de los personajes importantes de su época, los ilustrados.

Su vida familiar

Pocos años después que Lutero fuera condenado en la Dieta de Worms, en 1521, y el príncipe elector de Sajonia, Federico, lo secuestrara para esconderlo en el castillo de Wartburg, como persona aficionada a la caza, bajo el pseudónimo de Caballero Jörg, y se dedicara a traducir la Biblia al alemán, en la población que se extiende a los pies del castillo, Eisenach, Hans Bach, panadero de la ciudad y aficionado a la música, iniciaba una serie de generaciones en los que muchos de sus miembros



serán músicos. Juan Sebastián será la sexta generación, el músico número 24 de la familia y sus músicos todavía continuarán dos o tres generaciones más. Ello ya nos indica un poco cómo era la familia Bach, en que las aficiones y la profesión pasaban de padres a hijos. Aunque se diga que esto en aquel tiempo era normal, no existen muchas familias de músicos en que esto ocurra de tal manera.

Los años anteriores al nacimiento de Juan Sebastián habían sido unos años muy duros, puesto que la Guerra de los Treinta Años y una malaria habían reducido drásticamente la población alemana de 20 a 7 millones de habitantes.

Aunque Juan Sebastián vivió poco la vida de familia, pues sus padres murieron cuando apenas contaba once años y creció en casa de su hermano mayor en Ohrdruf, cuando se casó la vida familiar centró su vida.

Las dificultades económicas que pasó en su adolescencia no le impidieron dedicarse a su formación musical y así de joven, aparte de sus estudios de latín, griego y francés, canta en el coro de Ohrdruf para ayudar económicamente a su hermano. Al mismo tiempo, se esfuerza en su formación de organista, violinista y clavicembalista y para mejorar su técnica vocal no duda, a sus quince años, en caminar a pie hasta Lüneburg, trescientos cincuenta kilómetros.

Su amor a la música y sus pocas posibilidades económicas le obligaron a aprender a realizar él mismo las pequeñas reparaciones en los instrumentos musicales y así se convirtió, no sólo en el mejor organista de su época sino también en diseñador y reparador de órganos.

Todo ello demuestra que Bach era un hombre de carácter fuerte y al mismo tiempo sensible para la belleza musical. Aparte de estas facultades Bach fue un estudioso de la música y en estos años de su juventud, tal como hemos dicho, no reparó en esfuerzos para su formación. Aunque en su tiempo no se le valoró, hoy día se le considera la persona que realizó la síntesis de la música anterior y abrió el paso para la música moderna.

Esta exigencia para su formación le forjó un carácter fuerte y exigente consigo mismo y con los demás, tanto en su relación con los alumnos de los coros como con sus superiores, lo que le llevó a situaciones embarazosas. En una ocasión recriminó a un alumno, quizás con no muy buenas maneras, su forma de tocar: «Este fagot berrea como una cabra vieja», le dijo; este alumno preparó, junto con otros alumnos del coro, una venganza propinándole una paliza al maestro, hasta que éste sacó su espada y puso en fuga a sus agresores.

En otra ocasión, siendo organista de Arnstadt, pidió permiso al Consistorio para desplazarse cuatro semanas a Lübeck para conocer el arte del mejor organista de Alemania, Dietrich Buxtehude; su ansia de aprender era tanta que estuvo cuatro meses, volviendo a Arnstadt enriquecido con el arte de Buxtehude y la imaginación inflamada de cantatas que él había escuchado en los «conciertos de tarde» de la Marienkirche de Lübeck.



S G

A su regreso el Consistorio le pasó cuentas de su larga estancia en Lübeck y al mismo tiempo se le acusó de otros aspectos de su música que no cuadraban con las ideas del Consistorio y también se planteó el problema con sus alumnos del coro que hemos narrado, dándole quince días de reflexión. Al cabo de unos días, Bach se presentó al Consistorio para pedir la liquidación, sin dar más explicaciones.

Poco después Juan Sebastián se casaba con su prima Bárbara Catalina y toda su fogosidad viajera de aprendizaje se transformó en vida familiar asentada, aunque sin dejar su constante estudio de la música ni su perfeccionamiento en el arte musical.

Todavía en sus primeros años de casado, su carácter le llevó a un enfrentamiento verbal con las autoridades de Weimar, por una injusticia que, según él creía, se cometió con él al no concederle el privilegio de componer una cantata en la fiesta de la Reforma del año 1717. Como consecuencia estuvo un mes en la cárcel. También en Leipzig, la intromisión de su superior, el Rector de la Universidad, en su labor le llevó a fuertes enfrentamientos con él.

Lógicamente, su vida familiar está muy unida a su vida musical. De su primer matrimonio, que le dio siete hijos y de los cuales sobrevivieron cuatro, tres de ellos fueron músicos. De su segundo matrimonio, con Ana Magdalena Wülken, famosa soprano en su tiempo, del que nacieron trece hijos, de los cuales solo vivieron seis, el mismo Bach escribía a un amigo: «Son todos unos músicos natos. Verdaderamente, con mi familia se podría formar un concierto vocal e instrumental, ya que para colmo mi mujer canta con una voz de soprano potente y pura, así como la mayor de mis hijas». Así, en la «Pequeña Crónica», que escribió años después Ana Magdalena, se describe cómo aquella casa se transformaba muy a menudo ya en recinto religioso, ya en sala de concierto.

Aunque los medios económicos no fueran excesivos, en una familia numerosa normalmente no lo son, el ambiente en casa Bach era de una grata convivencia.

Pero en Bach hay algo más que le hace único en el aspecto musical. Bach quiso conocer y estudiar la música

de su tiempo, como hicieron otros muchos compositores, pero sus pocos medios económicos y, después, su dedicación a la familia, no le permitieron desplazarse al extranjero. Sin salir de Alemania y aprovechando las oportunidades que se le presentaban, procuró conocer la música francesa e italiana. Así, en Celle, el duque de Braunschweig-Lüneburg, casado, en 1675, con la princesa Leonor Desmier, francesa y hugonote, después de la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV, en 1685, acogió en su palacio prácticamente una corte francesa de esta misma confesión. Nuestro compositor aprovechó esta circunstancia, y así conoció la música francesa. En Weimar, donde residió como organista y violinista, gracias a que el duque era un gran melómano, conoció la música italiana de Monteverdi, Vivaldi, Marcello, así como a los alemanes como Tellemann. Esto le sirvió después para hacer una labor de síntesis de la música hasta entonces y dejar en claro los conceptos fundamentales de la música, que duran hasta hoy día. Como se puede ver, el fruto que sacó Bach de estas oportunidades fue muy útil, no solo para él, sino para toda una serie de generaciones.

Pese a toda esta ansia musical, Bach nunca perdió de vista que lo importante era su familia. Así, la necesidad familiar de ir a una población con universidad para que sus hijos pudieran continuar sus estudios, fue lo que le hizo ir a Leipzig a presentarse al puesto de «Kantor» o maestro de música de la catedral, abandonando el puesto de maestro de capilla del Alto Principado de Anhalt-Köthen, donde, según él mismo, se encontraba muy bien. Ello significaba profesionalmente un descenso y económicamente una disminución de sus ingresos; pero la familia era lo primero.

Tres datos más sobre su vida muestran esta forma de vida familiar sencilla y sin excesivos medios. Una de las causas, por no decir la causa principal, de la ceguera que sufrió Bach en los tres últimos años de su vida fue que durante mucho tiempo, tanto de joven como ya de mayor, para ampliar sus conocimientos, se dedicaba a copiar partituras de otros autores a la luz de las velas y en malas condiciones, ya que carecía de medios para encargarlo a terceros. Años más tarde, su segunda esposa Ana Magdalena, le ayudaría en estas labores, descargando así estos esfuerzos.

El segundo dato es una muestra de lo poco que se valoraba a Bach en su época. Bach no conocía personalmente a Händel, y quiso aprovechar una de las pocas ocasiones en que Händel volvió de Inglaterra a su ciudad natal, Halle, también en Sajonia, para visitarle. Händel se fue a Londres el mismo día de la llegada de Bach a Halle, sin esperar a saludarle.

La tercera muestra de esta vida familiar sencilla, que vivió la familia Bach, es que, después de su muerte, el 28 de julio de 1750, su esposa vivió con tales apuros económicos, que murió en 1760 pidiendo limosna por las calles y fue enterrada en la fosa común.



Su obra musical

EN el aspecto musical se deben destacar cuatro facetas en Bach: la música religiosa, la profana, la música de carácter didáctico y pedagógico y su virtuosismo como intérprete.

Hoy día, se considera la *música religiosa* el principal tema de la música bachiana; sus numerosas composiciones recreando textos litúrgicos así lo avalan. Compuso más de 250 cantatas, que permitirían más de cinco ciclos litúrgicos, sus Pasiones, Magnificat, Oratorios, motetes, etc. La obra coral de Bach es un monumento a la polifonía. Se ha dicho que «si Palestrina expresa el elemento divino que desciende hasta los hombres, Bach representa el espíritu humano que por encima de las miserias terrenales sube al cielo, le confía sus dolores, y encuentra consoladora paz». Las corales, que se iniciaron en Alemania con los oficios religiosos del luteranismo para recrear los textos litúrgicos, alcanzan en Bach su máximo esplendor.

La *música profana* de Bach, la compuso principalmente en la época de Köthen, en la que el calvinismo del príncipe no le obligaba a preparar la liturgia del domingo y así disponía de más tiempo para ello. Existía la creencia errónea de que la música de Bach era fría e inexpresiva, que era un músico de «mecanismo» y no tenía nada de lírico, pero en realidad se trata de un sentimental cuyo lenguaje

está mucho más alto que la simple acrobacia de las manos y por eso no supieron en su tiempo degustar su música. Bach emplea la independencia instrumental, huyendo del acorde en masa, y de esta forma prepara el advenimiento del género sinfónico. Las Suites, Sonatas, Conciertos, Fugas, no las inventó Bach pero les dio las bases firmes y en algunos casos, definitivas.

La *música de carácter pedagógico* de Bach es fundamental para la música posterior a su tiempo. Juan Sebastián Bach fue sobre todo un maestro de la música. Su «Clavecín bien temperado» es una de las piezas esenciales para el teclado. Sus 48 preludios y fugas, alternándose de dos en dos en cada tonalidad, aunque en principio parecen ejercicios de difícil ejecución, bien interpretadas, son una delicia de ideas melódicas, armónicas y rítmicas, que, por las escasas posibilidades y el sonido a latón de los instrumentos de aquella época, no acababan de valorarse.

Bach era un hombre que se entregaba mucho y disfrutaba con la enseñanza a los niños y jóvenes y al mismo tiempo se disgustaba sobremanera si éstos no aprovechaban el tiempo o dejaban de asistir a los ensayos y clases; era un maestro exigente. En este aspecto se debe destacar su «Album de Anna Magdalena» («Clavier Büchlein»), libro que sus hijos utilizaron para aprender a tocar el clavecín y, aún hoy día, la mayor parte de las escuelas de música utilizan para la formación de los futuros pianistas.

En su época, lo que hizo famoso a Bach fue su *virtuosismo*. Bach era un extraordinario organista y clavicembalista y ello fue lo que motivó la admiración y reconocimiento de los músicos de su tiempo, Quizás las personalidades más conocidas en aquellos años que desearon observar su virtuosismo fueron Federico II de Prusia y del anciano organista Rienken, considerado el mejor organista de su tiempo. Cuando Rienken, famoso también por ser tacaño en elogios, oyó tocar a Bach, su único comentario fue: «Creía que este arte estaba muerto, pero veo que aún vive en usted».

En Leipzig, sus interpretaciones eran oídas con extraordinaria atención y lo que la gente desconocía era que el órgano de la Tomaskirche sólo tenía un registro de trompeta, es decir, que, a pesar de no disponer de grandes medios, Bach lograba una sonoridad que muy pocos conseguían.

Su técnica, como organista y clavicembalista, es considerada como la base de la moderna técnica del piano. Bach usó sin restricción el pulgar (que algunos tratadistas lo tenían únicamente para apoyar la mano en la madera del clave) y empleó los dedos en la posición curva, entre otras técnicas. Esto no lo inventó Bach, pero, a partir de sus estudios y observaciones, se generalizó. Por ejemplo, los tratadistas y organistas españoles del XVI, como Bermudo, Santa María y Cabezón, ya usan y recomiendan el pulgar en la interpretación del órgano, y de ellos lo tomó Bach.

Sin embargo, nunca pudo ganar una oposición como maestro de capilla por la calidad de su música. Es curioso

destacar que la causa de que ganara las oposiciones para la Tomaskirche en Leipzig, no fue la calidad de su música, ni su virtuosismo con los instrumentos, sino «que sabía latín» y de esta forma cumplía una de las exigencias que requería el cargo, que era dar clase de latín a los niños y jóvenes del coro.

Lo que destaca sobre todas las cosas en la música de Bach es la intención con que la compone. Ana Magdalena, en su «Pequeña Crónica» sobre la vida de su marido, explica que a sus discípulos siempre les decía que componía su música para el más exigente de los oyentes y así se extremaba en perfeccionarla constantemente, porque toda su música, decía él, «estaba hecha para la gloria de Dios». Estaba convencido que su música hacía mejores a sus oyentes.

Cristian Federico Henrici, que con el pseudónimo de *Picanter* escribió los textos de las arias y coros de la «Pasión según san Mateo» y otras muchas cantatas durante la época de Leipzig, era un joven poeta que vivía en un ambiente muy frívolo propio de la época ilustrada. La influencia de Bach y su música en su persona le hicieron comprender esta ansia del compositor, la gloria de Dios.

En la «Pasión según san Mateo» hay muchos textos que se podrían destacar, pero para tener un ejemplo notorio de esta ansia de hacer mejor a los oyentes que pretende Bach, basta el invitatorio que se hace al pueblo a acercarse a Cristo clavado en cruz en el Calvario.

Es un diálogo cantado entre el que invita —la contralto—, y la hija de Sión, el pueblo —representado por el coro.

—Mira, Jesús ha extendido sus manos para abrazarnos, ¡ven!

—¿Adónde?

—A los brazos de Jesús.

—Busca la redención, recibe la misericordia, ¡busca!

—¿Dónde?

—En los brazos de Jesús.

—Vivid, morid, descansad aquí, vosotros, polluelos abandonados, ¡quedaos!

—¿Dónde?

—En los brazos de Jesús.

Con textos como éste podemos comprender que la pretensión de Bach de hacer mejores a sus oyentes no era ninguna utopía.

Nos podemos preguntar, ¿cómo es que Bach fue tan poco considerado en su tiempo?

(Concluirá)



IN MEMORIAN

Padre José Ramón Eguillor Muniozguen, S.J.

EL pasado día 19 de marzo 2001, festividad de San José, de la misma forma en que vivió, silenciosamente, como un pasar con naturalidad, Dios llamó el alma de este humilde jesuita para recibirla en el cielo. Murió como deseaba, al pie del cañón, trabajando, gestionando los archivos. Todo al servicio de Dios, de la Iglesia y de la Compañía de Jesús.

Todavía tengo viva en la memoria mi última visita en la enfermería del santuario de Loyola. No puedo recordarla sin una especial emoción y como un gran don de Dios. Sólo hace dos meses de ello. El padre Eguillor nos recibió entrañablemente y asistimos a la santa misa presidida por él en la enfermería. Se le veía con gran ilusión y como en plenitud de facultades, haciendo gala como siempre de su prodigiosa memoria y ocupándose con gran caridad de otros compañeros de la enfermería mucho más debilitados que él. La gran amistad que me unía a él y el bien que me ha hecho este sacerdote jesuita me mueven a escribir una semblanza a la manera de póstumo tributo de agradecimiento obligado a este colaborador de *Cristiandad*.

Nació en Amorebieta (Vizcaya) en 1912 entrando joven a formar parte de la Compañía de Jesús. Licenciado en Filosofía (Avigliana, Italia) y en Teología (Oña), la mayor parte de su vida fue profesor de Estudios Clásicos Greco-Latinos en varios centros de estudios superiores de la Compañía de Jesús (Comillas, Salamanca, Orduña, Madrid, Villagarcía de Campos). El período de la guerra civil de 1936-1939 lo pasó en un tercio de requetés portando un mortero. A partir del año 1967 fue destinado al santuario de Loyola, donde hasta su muerte desempeñó ininterrumpidamente la labor de archivero.

Entre sus publicaciones destacan trabajos sobre temas clásicos: *La causa Pro Corona* (Humanidades, 1949); las monumentales traducciones de las obras del padre Francisco Suárez: *Las Leyes* (6 vol. Madrid 1967-1968), *La Defensa de la Fe* (4 vols., Madrid 1970-1971); *Las memorias del P. Luis Martín S.J.*, General de la Compañía de Jesús, Madrid 1988, cuyos manuscritos redescubrió en el archivo del santuario de Loyola, y varios artículos sobre este santuario, materia en la cual era un auténtico especialista de primera línea mundial, que concluyó con su participación en el libro *Loyola: Historia y Arquitectura*, San Sebastián 1988).

También publicó folletos con introducciones a encíclicas, como es el caso de la encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII. Facilitó, a cuantos investigadores y estudiosos llegaban al Archivo, los documentos y libros que necesitaban. Sus informaciones solían ser mucho más amplias de lo que lo hubieran exigido respuestas escuetas a las cues-

tiones. Me consta que grandes investigadores de todo el mundo fueron por él ayudados en sus tareas y es de justicia que se reconozcan estos y otros muchos logros en su actividad de archivero que escapan a la capacidad de valoración de quien escribe estas líneas.

El padre Eguillor, S.J., ante todo deseaba ser un jesuita fiel al espíritu de san Ignacio, a sus Constituciones y a los Ejercicios Espirituales que puntualmente hacía todos los años. Desde que se encargó del archivo histórico de Loyola fue recopilando y ordenando todo lo concerniente a la Compañía de Jesús, documentación, en ocasiones fragmentada por los avatares de la historia, debido a las expulsiones que padeció la Compañía de Jesús, acompañadas de la incautación de los edificios. La principal fue la de la expulsión el 3 de abril de 1767, que terminó con la disolución posterior de la Compañía de Jesús.

Trabajó incansablemente en la documentación que había en los archivos, en un minucioso análisis de la misma y una clasificación que ha permitido hoy día elaborar un proceso de informatización. Trabajó en diferentes archivos, como el de música del padre Otaño, S.J., y, sobre todo, en el histórico de Loyola. Colaboró en ordenar el archivo municipal de Azpeitia. Siempre estaba dispuesto con prontitud para ayudar a quien requiriese su ayuda.

El archivo histórico de la Compañía de Jesús que el padre Eguillor, S.J., recopiló y organizó es de gran valor para que gran número de estudiosos y especialistas encuentren documentos que permitan investigar aspectos de la vida de San Ignacio y su familia, de la Compañía de Jesús, de un número notable de jesuitas eminentes cuyas obras están esperando que alguien las haga salir a la luz.

Encontró cantidad de documentos sobre la construcción de la basílica de Loyola y el Santuario. El padre Eguillor era un especialista en la vida de san Ignacio y su familia, de quien conocía todos los entresijos domésticos y familiares, como pocos en el mundo. Asimismo, era un gran conocedor de todo lo referente a la Basílica, Santuario y Santa Casa.

Entre sus predilecciones, se puede citar lo referente al padre Agustín de Cardaveraz, S.J., jesuita muerto en olor de santidad, gran apóstol del Corazón de Jesús, agraciado con dones místicos de alto nivel, infatigable misionero por toda la geografía de Euskalerría y fundador de la Casa de Ejercicios de Loyola. En el archivo tenía recopiladas y clasificadas las veintidós obras que escribió en euskera y otra serie de documentos, cartas con el venerable Hoyos, S.J., dirigido por el padre Agustín, algunos de los cuales fueron publicados en la obra del padre Pintado, S.J., *Ardores de un Serafín*.

Trabajó arduamente para que se introdujera la causa de beatificación de este insigne misionero guipuzcoano, sin conseguirlo. Esta referencia al padre Agustín de Cardaveraz es obligatoria para quien suscribe estas líneas porque fue el hilo conductor providencial que permitió que nos conociéramos hace casi tres décadas, cuando yo andaba en busca de datos sobre el jesuita de Hernani.

Otro de los temas en los que trabajó en el archivo de Loyola, fue en recoger documentos sobre el padre Ignacio Loidi, S.J., muerto en olor de santidad en Pasto (Colombia), tras vivir más de cuatro décadas en una comunidad de jesuitas. Este jesuita es el famoso cura Santa Cruz, muy temido por los ejércitos liberales y contestatario de la corte y mandatarios carlistas, que acabó sus días como un humilde misionero entre los indios de América, donde hoy día es recordado junto a san Ezequiel Moreno. Es la parte que más estimaba del fondo carlista del Archivo del Santuario por él mismo recopilado.

Recuerdo con qué interés me enseñaba semblanzas de tantos jesuitas, santos, eminentes de reconocido prestigio en el mundo. Entre todo, solía destacar aquellos aspectos que mostraban la eficacia de la fidelidad a san Ignacio, sus Constituciones y el amor a la Iglesia.

Es obligado recordar la serie de servicios espirituales y materiales que nos prestó a los miembros de Schola Cordis Jesu a partir de la década de los años ochenta. En efecto, cuántos años presidió las Eucaristías que suponían

las inauguraciones de los cursos de formación y catequesis para nuestros hijos, en aquellos años pequeños, hoy ya jóvenes, algunos camino del sacerdocio, otros viviendo su compromiso de vida religiosa, varios con sus carreras universitarias terminadas. Las misas y semblanzas de santos guipuzcoanos, como en la Santa Casa, en recuerdo de San Ignacio de Loyola, en el caserío Errekarte del Hermano Gárate, a escasos metros de la Santa Casa. Las visitas a las parroquias con santo guipuzcoano, como a la de Régil (Santo Domingo Ibáñez de Erquicia) o a la parroquia de San Miguel de Oñate para rezar a san Miguel de Aozaraza.

El año santo mariano nos acompañaba a santuarios marianos como al de Nuestra Señora de Arrate de Eibar o al de Arritokieta de Zumaia. En todos los casos nos conseguía un lugar para que pudiéramos comer familiarmente en algún convento, o incluso, en cierta ocasión, en los jardines de la casa del mismo Zuloaga en Zumaya.

Deseando que Dios lo tenga en la gloria, valgan estas líneas de reconocimiento y aprecio. Como epitafio se podría repetir la oración de los Ejercicios de san Ignacio, que tantas veces rezó a lo largo de su vida; a saber, que todas sus intenciones, acciones y operaciones fueran puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad. Egun Handirarte Aita Eguillor!

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

En el umbral del Nuevo Testamento, como en el comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la Salvación por esta unión virginal y santa. Es en la Sagrada Familia, en esta primera Iglesia doméstica, donde todas las familias cristianas deben mirarse, pues en ella por un misterioso designio de Dios, vivió largos años escondido el Hijo de Dios.

Juan Pablo II: *Redemptoris Custos* (15 de agosto de 1989)



Pequeñas lecciones de historia

Bizancio, el absolutismo oriental

GERARDO MANRESA

CUANDO Luitprando, por encargo de Otón I, fue a Constantinopla para pedir una princesa griega para Otón II y, al mismo tiempo, como mensajero del Papa, exhortar al Emperador bizantino a contraer afinidad con el Emperador romano, los griegos hallaron pecaminoso nombrar a Otón Emperador romano y, especialmente, que el Papa llamara a Nicéforo, Emperador griego. «Los griegos, escribe Luitprando, reprendieron al mar, maldijeron al Océano y se maravillaron por extremo de que las olas hubieran transportado semejante abominación, y no se hubieran abierto para tragarse la nave. Un extranjero, ¡un pobre pelón de Roma se atreve a llamar Emperador griego al único sublime gran Emperador Nicéforo! ¡Oh cielos, oh tierra, oh mar! ¿Qué haremos con estos hombres insensatos y criminales?» El Emperador Nicéforo le dijo: «¿Quieres otro escándalo mayor que llamarse Otón Emperador y apropiarse las provincias de nuestra Imperial dignidad? ¡Es intolerable!»

Constantinopla se llamaba principalmente la Ciudad Imperial y la señora del Universo. La civilización de aquel Imperio se comparaba con la barbarie de Occidente como la muerte con la vida que florece con frescura.

Pero aquel Imperio era un esqueleto viviente. Todos los elementos de una vida política saludable estaban destruidos; el Emperador era señor absoluto de cuerpos y almas; no había ya dentro del Estado asociación ninguna que pudiera estorbar los excesos del poder de gobierno; ninguna aristocracia existía; sólo había una nobleza burocrática formada de hechuras del gobierno; no había ya ricos a los que el Emperador hubiera de tener consideración, pues la pobreza se había hecho general; no había fiscalización popular del gobierno, pues el pueblo sólo se componía de esclavos obligados al tributo. Tampoco el ejército tenía ya voto, los Emperadores no atendían sus deseos, pues los generales no iban ya a campaña. El emperador estaba levantado sobre todas las proporciones de lo humano. Diocleciano había quebrantado la organización administrativa, Constantino y Justiniano I habían consumado el rompimiento. Justiniano I obligaba a todos sus súbditos a postrarse en tierra delante de él, llamarle *despotes* y en trato con los otros monarcas debían llamarle *Basileus*, rey de reyes.

En Occidente, la Iglesia romana constituía la poderosa barrera contra el absolutismo, y siempre recordaba a los soberanos sus obligaciones como cristianos y hombres, respecto de sus hermanos, pero en Bizancio, el Emperador era considerado también el Jefe espiritual, imagen de Dios en la

tierra. Cuando Teodosio, que en la catedral de Constantinopla tenía su silla en el coro junto a la del Patriarca, quiso entrar en Milán en el coro de la iglesia, san Ambrosio le hizo salir al cancel. Ya Constantino quiso ser llamado «Obispo fuera de la Iglesia», instituido por Dios. Teodosio II fue saludado como **Basileus Archiereus**, rey y Sumo Sacerdote y Constantino II declaró: «Lo que yo quiero ha de ser ley para la Iglesia».

¡Cuán diferente se pensaba en Occidente!

Cuando León, el Isáurico, escribió al papa Gregorio II: «Sabe que soy emperador y sacerdote en persona», el noble papa le contestó: «En los negocios eclesiásticos ningún príncipe se puede entrometer; en ellos resuelven sólo los obispos, pues tienen el Espíritu de Cristo. Una cosa es el gobierno de la Iglesia y otro el gobierno temporal. Tu entendimiento grosero y violento es apto para la administración del Estado, pero no basta para las cosas espirituales. He aquí que te anuncio la diferencia entre la Corona y el Sacerdocio; reconócelo para que tu alma no se pierda. Así como el Sumo sacerdote no tiene derecho para decir su parecer en los negocios de palacio, así tampoco tienes tú derecho para intrusarte en la Iglesia. Cada uno de nosotros permanezca en la vocación que el Señor le ha señalado. Si alguno te ofende le quitas sus bienes y hacienda, de suerte que no le queda sino la vida, o le haces ahorcar, o decapitar. ¡Pero el Sumo sacerdote no lo hace así! Cuando uno ha pecado y confiesa su culpa, le ponemos en la cerviz, en lugar de la cuerda o el hacha, que vosotros usáis en tales casos, la Cruz de Cristo y su Evangelio; le excluimos del trato de los hombres para que haga penitencia en soledad; domesticamos sus entrañas por medio del ayuno, sus ojos por las vigiliass, su boca por los cánticos de alabanza al Señor, y cuando luego ha expiado convenientemente su delito, le alimentamos con el Cuerpo del Salvador y le damos a beber su Sagrada Sangre y luego cuando ha sido desatado de sus deudas le volvemos a llevar a los brazos del Señor».

Si esto ocurría en Bizancio, donde los Emperadores se confesaban cristianos, ¿que será de los Estados en los que no existe el temor de Dios?

Sólo la sumisión al suave yugo de las normas de la Iglesia católica puede juntar la Monarquía con la libertad y dar al soberano su verdadera posición, mientras que cuando no existe el sometimiento a dicha ley moral todo sale de las medidas de lo humano y la sociedad pierde el orden establecido por Dios.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El cuerpo del beato Juan XXIII, incorrupto

EL reconocimiento canónico del cadáver de Juan XXIII realizado el pasado 16 de enero, necesario para su traslado de las Grutas Vaticanas a la capilla de San Jerónimo en la Basilica de San Pedro, según el deseo de Juan Pablo II, reveló el estado de conservación incorrupto de todo el cuerpo del «Papa Bueno» que, 38 años después de su muerte, conservaba el rostro intacto y sonriente.

Según la tradición, los papas son enterrados en tres ataúdes: uno de ciprés, colocado en un catafalco de plomo (conocido como «castrumdoloris») y metido, a su vez, en un sarcófago de mármol travertino. «Una vez levantado el lino que las cubría, las manos aparecieron enfundadas en guantes rojos y el anular derecho adornado con el anillo pontifical; en las manos, el crucifijo y la mitra con la parte superior mirando hacia abajo. El rostro se mostró íntegro (...) con los rasgos que recordaban inmediatamente la fisonomía familiar del venerado pontífice. La cabeza, con la papalina, descansaba en un cojín rojo con los paramentos pontificales rojos y palio sobre los hombros. Más abajo se nota el fanon (capa de seda blanca exclusiva de los papas) de rayas doradas, según la antigua usanza papal, y la casulla roja oscura bordada en oro, el manipulo y dos pequeñas túnicas. De las rodillas hacia abajo, camisa de tul finísimo en el que se trasparenta la vastidura papal blanca y los pies con calzaduras pontificales rojas bordadas en oro. Colocadas simétricamente a sus pies se encontraron cuatro bolsas rojas con monedas y medallas de su pontificado.»

Este descubrimiento no implica necesariamente un milagro aunque, de cualquier modo, según aseguró el cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado, es un don de Dios. Además, se ha hecho pública recientemente la curación de un joven sacerdote guatemalteco de la Congregación de Pequeños Hermanos de Jesús Cáritas, que sufría de un mal incurable. Este hecho milagroso, atribuido a la intercesión del beato Juan XXIII, será examinado por peritos de la Congregación para la Causa de los Santos y podría servir para su eventual canonización.

En la fiesta de San José

AL asomarse a la ventana de su estudio en el Palacio Apostólico para dirigir la tradicional oración del Angelus, el Santo Padre destacó las virtudes ejemplares de San José en el día de su festividad y que la

liturgia «nos señala como ejemplo a seguir y protector a invocar en el corazón de la Cuaresma».

«San José es para nosotros, en primer lugar, modelo de fe», afirmó el Papa al recordar que «siempre vivió en actitud de total abandono a la Providencia divina y por esto nos ofrece un ejemplo alentador, especialmente cuando se nos pide confiar en Dios “sobre la palabra”, es decir, sin ver claro su designio». Juan Pablo II señaló además a San José como modelo de obediencia, de silencio y de ocultamiento laborioso. «¡Cuán preciosa es la escuela de Nazaret para el hombre contemporáneo, acechado por una cultura que muy frecuentemente exalta la apariencia y el éxito, la autonomía y un falso concepto de libertad individual!» «¡Cuán necesidad hay, al contrario, de recobrar el valor de la sencillez y la obediencia, del respeto y de la búsqueda afectuosa de la voluntad de Dios!».

Finalmente, el Papa destacó que «San José vivió el servicio a su Esposa y a su Hijo divino», señalando que por esta actitud de salir al encuentro en el servicio, el Casto custodio «se ha vuelto así para los creyentes en elocuente testimonio de como reinar es servir.

Al día siguiente, al conferir la ordenación episcopal a nueve sacerdotes el Papa puso a San José como modelo de celo episcopal por el Pueblo de Dios. Juan Pablo II volvió a recordar cómo la Iglesia señala a San José «como preclaro modelo de servicio a Cristo y a su misterioso designio de salvación. Y lo invoca como especial patrón y protector de la entera familia de los creyentes»; pero de manera especial «a cuantos son llamados a ser, dentro del pueblo cristiano, padres y guardas».

Luego, reflexionando sobre el Evangelio de Lc 2,48-49 señaló que las palabras aparentemente duras de Jesús, «Yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre», son «precisamente para ayudarnos a entender el misterio de la paternidad de José». «Recordándoles a los padres la primacía del que llama “mi Padre”, Jesús revela la verdad del papel tanto de María como de José. Éste es realmente “esposo” de María y “padre” de Jesús», agregó el Pontífice, pero explicó que «su sponsalidad y paternidad es totalmente relativa a aquella de Dios. He aquí de qué manera José de Nazaret es llamado a convertirse a su vez en discípulo de Jesús: dedicando la existencia al servicio del Hijo unigénito del Padre y la Virgen Madre, María».

Refiriéndose a la ordenación de nueve nuevos obispos, Juan Pablo II recordó que «el obispo desarrolla en la Comunidad cristiana una tarea que tiene muchas analogías con aquella de San José». «Padres y guardas —explicó el Papa— son los Pastores en la Iglesia, llamados a com-

portarse como sabios y fieles. A ellos es confiado el cotidiano cuidado del pueblo cristiano que, gracias a su ayuda, puede avanzar con seguridad sobre el camino de la perfección cristiana».

Antes de mencionar los nombres de los nueve ordenados, el Pontífice les encomendó con particular insistencia «a la incesante protección de san José, Patrón de la Iglesia universal». «Queridos Hermanos, como san José, modelo y guía de vuestro ministerio, amad y servid a la Iglesia. Imitad el ejemplo de este santo, como también aquel de su esposa, María».

El Papa reitera la importancia de la Liturgia de las Horas

ANTE unos quince mil peregrinos, el Papa inició a finales del pasado mes de marzo una serie de catequisis sobre los salmos y los cánticos propuestos en la oración matutina del Laudes, alentando a los laicos a aprender y continuar con la práctica de esta antigua plegaria. «Si los sacerdotes y los religiosos tienen un preciso mandato de celebrar la Liturgia de las Horas también se aconseja vivamente a los laicos. Es muy alentador que muchos laicos, tanto en las parroquias como en las agregaciones eclesiales, hayan aprendido a valorarla», afirmó el Pontífice.

«Para ello, nos dejaremos ayudar por los resultados de la exégesis, siguiendo la Tradición y a los Padres de la Iglesia, quienes afirman que en los Salmos se habla a Cristo, y es también Cristo quien habla. De esta forma se comprende que los Salmos hayan podido ser asumidos, desde los primeros siglos, como oración del Pueblo de Dios».

El Papa señaló que «al cantar los Salmos, el cristiano experimenta una especie de sintonía entre el Espíritu presente en las Escrituras y el Espíritu que habita en él por la gracia bautismal». «Junto a la presencia del Espíritu Santo, otra dimensión importante es la de la acción sacerdotal que Cristo desarrolla en esta oración, asociando a sí mismo a la Iglesia, su esposa y, por ello, la Liturgia de las Horas tiene el carácter de oración pública».

Juan Pablo II destacó además que «la oración cristiana nace, se nutre y se desarrolla a la luz del evento por excelencia de la fe, el Misterio pascual de Cristo. Por la mañana y por la tarde, al salir el sol y al ponerse, se recordaba la Pascua, el paso del Señor de la muerte a la vida». Por este motivo, «las horas del día evocan a su vez el relato de la pasión del Señor, y la hora tercia la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. La oración de la noche tiene carácter escatológico, y evoca la vigilia recomendada por Jesús en espera de su retorno».

El Papa terminó señalando que al distribuir de este modo la oración, «los cristianos respondieron al mandamiento del Señor de “orar siempre”, pero sin olvidar que toda la vida debe ser, en cierto modo, oración».

El Papa celebra 450 aniversario de la Universidad Gregoriana

LA Universidad Gregoriana celebró el 4 y el 5 de abril sus 450 años con un acto académico en el Aula Paulo VI en presencia de varios cardenales, obispos y el Preósito general de los Jesuitas, Padre Peter-Hans Kolvenbach. Unos dos mil estudiantes y profesores de esta Universidad escucharon las palabras del Pontífice.

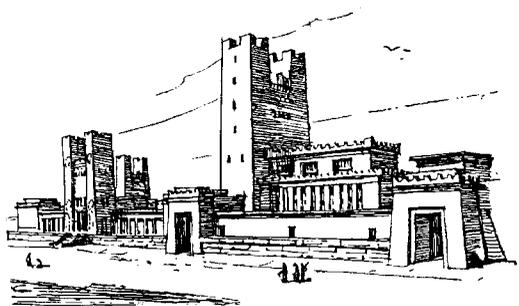
El «Colegio romano», como se llamaba originalmente, fue fundado en 1551 por San Ignacio de Loyola siguiendo el modelo pedagógico de la Universidad de París, en la que había estudiado el fundador de la Compañía de Jesús. El Papa afirmó que la intuición de San Ignacio fue «providencial» ya que, «con el cambiar del tiempo y de la situación, el servicio de la Gregoriana ha sido cada vez más incisivo y relevante».

«La identidad específica de vuestro centro académico y su ligamen estructural con la Compañía de Jesús os invitan a reafirmar algunas orientaciones de fondo que han guiado siempre vuestra actividad»; dijo el Santo Padre al referirse a la «triple fidelidad» que caracteriza a los jesuitas y a la universidad: fidelidad al Papa, a la Santa Sede y al Magisterio.

En los pupitres de la Gregoriana se han formado 16 Papas, 20 santos y 39 beatos. San Ignacio quiso que esta Universidad fuera un centro de estudios abierto a cualquier persona, «operante en Roma, junto al vicario de Cristo, ligada a él por vínculos estrechos de fidelidad, al servicio de las Iglesias de todas las partes del mundo». «Él confió al entonces Colegio romano la tarea de promover la reflexión razonada y sistemática sobre la fe para favorecer la recta predicación del Evangelio y la causa de la unidad católica en un contexto social caracterizado por graves divisiones y preocupantes gérmenes de disgregación».

Proceso de beatificación del cardenal Wyszynski y del padre Popelusko

SEGÚN informa la Agencia Zenit, ha concluido en Varsovia el proceso diocesano de la causa de beatificación del cardenal Stefan Wyszynski, primado de Polonia durante más de treinta años, fallecido en 1981, y la del padre Jerzy Popelusko, sacerdote responsable de los capellanes del sindicato Solidarnosc, asesinado por la policía secreta comunista el 19 de octubre de 1984. El actual primado de Polonia, cardenal Glemp ha declarado a Radio Vaticano que su antecesor en el cargo es considerado como el «mayor primado de la historia polaca. Durante treinta años, en los duros tiempos del régimen comunista, guió a la Iglesia en Polonia. De 1953 a 1956 perdió la libertad. Sin ningún proceso, fue sometido a arresto en un convento, donde elaboró su gran plan pastoral».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

China resucita la «guerra fría»

DE repente habíamos vuelto a la «guerra fría», pero esta vez el enemigo no era la Rusia roja, sino una China roja y amarilla que va incorporando nuevos colores a su desconcertante gama de colores. El choque entre un avión espía norteamericano EP-3 y un caza chino, con el consiguiente aterrizaje forzoso del EP-3 y la retención en territorio chino del avión y su tripulación han desatado un intenso pulso entre la arrogancia estadounidense y el orgullo chino. Pero esta vez, al contrario de lo que ocurrió durante el bombardeo, «por error», de la embajada china en Belgrado, China tenía las cartas en su mano.

La negociación, que para Washington consistía en hechos, derivó hacia un sutil juego de palabras que recordaba las negociaciones, durante la segunda mitad del siglo XIX, entre las potencias europeas y la diplomacia imperial china, que veía en los embajadores occidentales a un hatajo de bárbaros ignorantes y descarados. Tras diversos intentos infructuosos el pulso se desatascó cuando, en nombre de Bush, el embajador de Estados Unidos en Pekín, Joseph Prueher, entregó una carta al Ministerio chino de Exteriores que contenía dos veces la fórmula «lo lamentamos mucho» («Lamentamos mucho la entrada en el espacio aéreo de China y el aterrizaje sin autorización»). China obligó a Estados Unidos a emplear la palabra *daoqian*, que, aunque no implica aceptación de culpa, sí que reconoce la existencia de un error.

La crisis ha recordado el periodo de la «guerra fría», es cierto, pero las reglas de juego se han revelado distintas. China no comparte con la Unión Soviética ni su herencia cristiana ni su declive económico: estamos ante una civilización diferente y pujante que este año está previsto que entre en la Organización Mundial del Comercio (OMC) tras 14 años de negociaciones. Con 1.300 millones de habitantes (el 25% del total mundial), la República Popular es ya la séptima economía mundial y su peso e influencia en Asia es creciente. De forma pausada pero inexorable China va ocupando una posición cada vez más relevante en la escena internacional. El esperado «nuevo orden internacional» liderado por Estados Unidos no ha llegado a cristalizar, al contrario, hemos visto estallar a lo largo de la última década innumerables conflictos y agravarse otros muchos, recordándonos la precariedad de un orden internacional sustentado sobre el poder humano.

En este contexto, la emergencia de China como potencia

mundial activa es la gran novedad de este nuevo siglo. Pero el desarrollo económico acelerado y el renacido nacionalismo alimentado por la reintegración de Hong Kong y Macao, a la espera de Taiwan, conviven en la China del siglo XXI con profundos desequilibrios demográficos y una política totalitaria especialmente agresiva frente a la religión. Según Monseñor Joseph Zen, obispo coadjutor de Hong Kong, «en 1997 Deng Xiao Ping había prometido una nación y dos sistemas. Pero la fórmula funciona sólo para la economía y el poder está en manos de una perversa alianza entre los poderosos comunistas de Pekín y los ricos capitalistas de Hong Kong». Y sin embargo, la fe se expande entre trabas y persecuciones. «Nadie cree ya en el comunismo o en el partido —afirmaba en una entrevista una monja china— pero se mantiene con su ideología, sus ritos de tipo religioso y su omnipresente policía como un puro instrumento de control». Prosigue, pues, la persecución y la precariedad de la Iglesia en China, pero también hay signos de esperanza. La «iglesia patriótica», controlada por el Estado, se acerca cada vez más a Roma mientras se difunde la traducción china del nuevo Catecismo. La reciente beatificación de mártires chinos, que tanto disgustó al régimen comunista, es sin duda un nuevo impulso en la evangelización del mayor país del mundo.

Europa muere de egoísmo; África, de sida

Es difícil encontrar palabras para designar el grado de abyección que estamos alcanzando en el «mundo civilizado». Mientras se desata una campaña sin precedentes contra la Iglesia, a la que se ha sumado el Tribunal de Estrasburgo al inculpar al Vaticano por los casos de violaciones de religiosas en África, Europa prosigue decidida su bajada a los infiernos de la cultura de la muerte. El alud de noticias casi no deja respiro para la reacción: leyes de parejas de hecho, píldoras del día después, clonación, eutanasia... El mal se ha instalado en nuestra cultura, se ha generalizado y banalizado. No sabemos hasta dónde llegaremos por esta senda, lo que sí sabemos es que nuestra sociedad lleva un estigma de muerte que sólo Cristo puede borrar.

Mientras tanto, otro continente, África, también muere. Pero no en el seno de su madre ni eliminado cuando ya no es útil, sino a causa del SIDA. Dos millones y medio de africanos murieron en 2000 a causa del SIDA; alrededor del 80% de todos los casos de SIDA en el mundo se concentran en el África sub-sahariana (con tasas de

infectados del 7,5% en el Congo, 12% en Kenia, 14,5% en Mozambique, 20% en Zambia, 29% en Botswana), más de 22 millones de africanos están actualmente infectados con el virus, comparados con 1,5 millones de americanos. El SIDA ha dejado huérfanos a 13,5 millones de niños y se espera que esta cifra alcance los 44 millones en 2010. Muchos países africanos han visto caer su esperanza de vida entre 10 y 20 años debido al SIDA; además, la enfermedad golpea principalmente a la abundante población joven de estos países, que tienen un 80% de su población comprendida entre los 15 y los 49 años (en Sudáfrica la mitad de los jóvenes está infectado), y lo peor es que las cifras de contagio continúan creciendo.

¿Cuáles son las causas de este desastre en África? Podemos señalar algunas: la aceptación cultural de la poligamia y de la promiscuidad, la pobreza, la emigración del cabeza de familia en busca de trabajo con la consiguiente separación familiar, las múltiples guerras que azotan el continente, con su penoso rastro de violaciones masivas... y las políticas de prevención del SIDA impuestas por la ONU.

En vez de insistir en un cambio de comportamiento que incida en promover la castidad, la ONU ha apostado con todas sus fuerzas por imponer el uso del preservativo de forma universal. A pesar de las objeciones puestas, la ONU se ha reafirmado en su estrategia: su secretario general, Koffi Annan, se ha puesto como meta poner los contraceptivos, especialmente el preservativo, a disposición del 95% de los jóvenes del mundo en 2010. Las objeciones religiosas o morales, ha afirmado, «están fuera de lugar».

El uso del preservativo en África se ha incrementado notablemente, pero a pesar de ello la extensión de la enfermedad no sólo no muestra signos de flaqueza sino que

aumenta. En vez de prevenir el SIDA, parece que el preservativo extiende la enfermedad. Un reciente reportaje de la revista médica británica *The Lancet* sugiere que «el incremento en el uso del preservativo aumentará el número de transmisiones de SIDA como resultado de los fallos en los mismos». Y más importante aún, «el uso del preservativo es contrario al tipo de cambios en el estilo de vida que son esenciales para detener la expansión del SIDA».

La obcecación de la ONU resulta aún más lacerante si consideramos que en Uganda, el único país africano que ha adoptado un plan de lucha contra el SIDA no obsesivamente centrado en la promoción del preservativo, se ha conseguido reducir en un 30% la tasa de infección en zonas rurales y un 50% en zonas urbanas. El problema es que el mensaje de las campañas ugandesas es que si uno no busca la enfermedad no tiene por qué contraerla. Si el SIDA mata, ¿cómo conseguir no resultar infectado? Lo más seguro es abstenerse de tener relaciones sexuales o tenerlas sólo con tu marido o tu mujer. Este mensaje de abstinencia, monogamia y fidelidad, aunque da resultados, parece no tener cabida entre las prioridades de la ONU.

El embajador vaticano ante la ONU, recogiendo la voz de muchos africanos, ha afirmado a propósito de la necesidad de una futura cumbre que aborde esta problemática, que «la Santa Sede vuelve a exponer su larga y bien conocida posición sobre la propagación de la enfermedad. La abstinencia, el comportamiento responsable, la capacidad para protegerse de los comportamientos irresponsables de los demás y una mayor atención para acabar con la ignorancia que permite la expansión de la enfermedad tienen que ser incluidas en la discusión». ¿Será escuchada por una vez la voz de la Iglesia? ¿Pesarán más los millones de muertos que los prejuicios ideológicos del liberalismo más radical?

Considero que si la Iglesia volviere de nuevo a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino, podría encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación.

José de Nazaret participó de este misterio como ninguna otra persona, excepto María, la Madre del Verbo Encarnado. Participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, depositario del mismo amor.

Juan Pablo II: *Redemptoris Custos* (15 de agosto de 1989)

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

GREGORIO PEÑA

Escuchad la Voz

Franz Werfel

Madrid, Ediciones Encuentro, 2000. 758 pág., 3000 Ptas.

FRANZ Werfel, que nació en la Praga austriaca en 1890 y murió en Beverly Hills (California) en 1945, es uno de los autores de principios de siglo más leídos y traducidos y, paradójicamente, uno de los más desconocidos en España. De origen judío, pasa sus primeros años en el gueto (*Josefstadt*) de su ciudad natal. Realizó sus estudios en Praga, Leipzig y Hamburgo y trabajó durante unos años en una editorial. Participó en la primera guerra mundial en el frente de la Galitzia oriental. En 1918 llega a Viena, donde destaca como uno de los primeros poetas y dramaturgos expresionistas, si bien pronto abandonará las vanguardias. Pero su principal campo será la novela, cuya producción ha sido comparada a la de Thomas Mann por calidad y envergadura. Sus críticas al nacionalismo le obligarán a abandonar su país y trasladarse a Estados Unidos, donde transcurrirán sus últimos años de vida.

¿En qué radica el presente olvido de uno de los poetas más conocidos en su tiempo? No se le escapará al lector sensible que la última causa es el espíritu extraordinariamente penetrante de Franz Werfel, que se atreve a romper con la saciedad y vacío de un mundo desdivinizado, así como por su distanciamiento del pueblo judío y su aproximación al catolicismo.

El espíritu es, en la obra de Werfel, el gran protagonista, el que saca del cauce normal incluso las historias más banales, el que las articula. El autor de *La canción de Bernardette* (1941) insiste siempre en la creencia de que existe un orden, un designio divino que se manifiesta en lo histórico. Para Werfel la forma suprema de la narrativa moderna consiste en presentar los hechos del mundo del espíritu (la creación del mundo, la caída del hombre, la encarnación, la resurrección, etc.) descritos a través de los más astutos y económicos medios de realismo en las historias y figuras de la vida cotidiana menos espectaculares. Así elige dar vida a personalidades poco reconocidas por sus propias épocas: Pablo de Tarso entre los judíos (*Pablo entre los judíos*, 1926); Verdi, cuando todo el mundo adoraba a Wagner (*Verdi*, 1924); Jeremías de Anathoth, el profeta de la decadencia de un Imperio (*Escuchad la Voz*, 1935); Bernardette, la vidente de Lourdes (*La canción de Bernardette*, 1941).

Esta última obra, que se considera la mejor biografía de la vidente, y que sirvió de base para una película del mismo título, debe situarse en el contexto de su acercamiento al cristianismo. Pero Werfel no daría el paso definitivo, traumatizado

por el exterminio de sus hermanos de raza y religión en la Europa nazi.

Iniciándose el siglo xx, a los últimos estertores del naturalismo contestan las vanguardias. Los vanguardistas adoptan una forma de negación del espíritu más feroz que la de los realistas y naturalistas del novecientos: el juego, el sinsentido, el absurdo que resulta de escarbar la realidad y no ver más que un tejido indescifrable.

«Ya en los tiempos en que escribía mis primeros versos, me juré que magnificaría siempre y en todas partes, en mis escritos, el misterio divino y la santidad humana, sin hacer caso de la época, que se mantiene alejada, con burla e indiferencia, de los valores esenciales de la vida». (*La canción de Bernardette*, prólogo).

Escuchad la Voz fue escrita en los años anteriores al exilio que sufre Werfel en California desde 1937. Contaba con una traducción castellana editada en Argentina, actualmente muy difícil de hallar, por lo que es de agradecer la presente edición. Por cierto, que el padre Orlandis apreciaba la obra y recomendaba su lectura a sus discípulos.

Escuchad la Voz es la historia de Jeremías, profeta de la decadencia del Imperio judaico. El autor quiere dejar testimonio de la vida del Pueblo Elegido y de la vida de Jeremías, una figura épica definida en sus rasgos físicos, psicológicos y sentimentales por la relación con el Dios de Abrahán.

El marco de la narración transcurre en pleno siglo xx; un poeta de ascendencia judía, Clayton Jeeves que, sin haber pensado nunca en ir a Tierra Santa y, cuando está pasando una grave crisis por la muerte de su joven esposa, ha sido allí llamado por la Providencia. Junto con un grupo de historiadores y arqueólogos viaja a Palestina. Situado justo en el límite entre el atrio exterior del pueblo, el patio interior de los sacerdotes y el altar de los holocaustos de lo que fue el templo de Salomón, la íntima tensión espiritual hace a Clayton Jeeves recordar, en un instante (el reloj marca, al principio y al final de la novela, las cinco y treinta y siete minutos de la tarde), la vida del profeta Jeremías.

El drama de esta vida no estriba sólo en los aconteci-



mientos en que Jeremías se vio envuelto, sino también en el mismo profeta. Jeremías es un joven retraído, parco, nada sociable. Es miope y de complejión enfermiza. Quisiera no ser molestado, inmerso en sus pensamientos, como cualquier hombre de su pueblo. Se preguntará una y otra vez: ¿Por qué la elección del Señor había recaído justamente en él, que era tan sensible, que sufría con tanta facilidad y tenía tan pocas fuerzas para provocar y soportar el dolor? ¿No había sabido encontrar en su pueblo almas más duras, más frías, más fuertes, que cumplieran sus propósitos e intenciones? ¿Cómo Jeremías, que no tenía la dureza suficiente para romper abiertamente con su casa paterna, podría romper con el mundo entero si Dios se lo exigía?

Jeremías encarna una desproporción: ha sido querido y elegido por Adonai, el Señor, el Soberano, pero ni su cuerpo ni su ánimo reúnen las condiciones favorables para esta llamada. Esta paradoja, que pone en entredicho la noción convencional de mérito, contrasta con la férrea ley de los sacerdotes del tiempo de Jeremías:

«La creación se desarrolla con una lozanía salvaje en la bendita luna de Nisán. En cambio, no toda planta ni toda fiesta son iguales ante el Señor, así como no todos los hombres son iguales ante él debido a un prejuicio incomprensible. La ruda, el hinojo, el coriandro montés, la mostaza de los prados y toda hierba comestible que crece libremente se diferencia de todas las verduras y legumbres cultivadas por su relación con Dios. Los pepinos tempraneros y las calabazas no tienen el mismo valor de ofrenda; cada aceituna suelta, aunque sea diminuta, debe ser examinada primero para dictaminar su mérito» (pág. 86).

Si atendemos al proceso de maduración de Jeremías, también encontramos algo sorprendente. En general los héroes recorren las etapas iniciáticas una a una. Van mejorando. Abandonan el umbral de la infancia y, prueba a prueba, van comprendiendo algún aspecto de su existencia. En cambio, el crecimiento de Jeremías es muy particular. La imagen del texto del cántaro en manos del alfarero explica el camino de Jeremías. El alfarero modela el barro, pero cuando ve que lo que tiene entre sus manos va mal, debe romper lo que había hecho. Vuelve a tener el mismo barro.

Cuando el alfarero vuelve a su trabajo, no mejora el vaso anterior sino que obtiene, con el mismo barro, un nuevo vaso. En la novela la acción no avanza por resolución de conflictos, sino por la intromisión de este elemento extraño y perturbador: la Voz

La novela describe los cuatro reinados que vivió Jeremías, la decadencia de un Imperio. Bajo el reinado Josías, Israel ha recuperado el libro de los mandamientos, lo cual es interpretado por el rey como una señal de favor divino. «Adonai está de nuestra parte», por ello se celebra una gran ofrenda en el Templo. Con todo, se hace caso omiso de la palabra inspirada, olvidando muy especialmente las leyes que exigen el jubileo de los esclavos cada siete años. Jeremías, que aprende la Ley del Justo, de memoria, todas las noches, porque «es palabra inspirada», ve la desobediencia en la que está sumido el pueblo y profetiza el castigo del Señor Jehová. El rey Josías, hombre impetuoso, enérgico, incansable, que quiere tener la seguridad de un reinado triun-

fante, en el que nada debe escapar a su conocimiento, manda llamar a Jeremías para que le dé cuenta de todas las profecías. El joven de Anathoth ha soñado con la copa del furor divino: la relación de Israel, el elegido, con las demás naciones. El Rey escucha atentamente la interpretación de los sueños, pero le interesa ver la imagen del éxito de su reinado aquí en la tierra, un éxito seguro porque Adonai permanece con su elegido Israel. Prepara la gran batalla contra Egipto. Derrotado y muerto Josías en Megido, Jeremías (nombre que significa «Dios edifica cuando destruye») se siente abandonado de Dios, abatido, destruido, fracasado. Creía obrar conforme al designio divino y el Señor lo ha engañado.

Para alejarse de la Voz comenzará un largo peregrinar que le llevará a Egipto. Allí, considerando el culto a los muertos que hace este pueblo, descubre que el concepto de felicidad de los egipcios, lo que pueden imaginar como plenitud del alma, es la repetición de situaciones que les han ofrecido satisfacción en otro tiempo. Jeremías —«Dios edifica cuando destruye»— obtiene el don de la compasión hacia esas almas de los muertos; sabe que hay alguien que las perdona porque sabe que él mismo debe ser perdonado.

«Jeremías está renovado. Todo lo que pasó en Nov y en el Amenti se ha borrado, ha desaparecido sin dejar rostro. Sólo subsiste la clara y suave Voz. Él sabe que ha sucedido algo que revoluciona y trastorna su vida».

De vuelta en Jerusalén, siendo rey el hijo de Josías, Eliacín, que se hace llamar Joacín, Jeremías entra en el tramo más doloroso de su tarea de profeta. Sufrirá el azote, el cepo, la degradación. El siervo llega a maldecir a su Dueño. El agotamiento extremo lo paraliza («Maldito el día en que nací. Maldito el hombre que le dio la noticia a mi padre diciendo: Hijo varón te ha nacido...»). ¿Para qué este sufrimiento?, ¿Para un pueblo que no escucha?

Pero Dios lo solicita de nuevo. Dios habla cuando quiere y no cuando se espera que hable. Mediante su siervo Babilonia, Dios castiga a su Pueblo. Vencido y muerto Joacín, Nabucodonosor deporta 10000 israelitas principales, llevándose cautivo también al nuevo rey Joachaz, hermanastro del muerto Joacín. Pero han respetado el Templo de Jerusalén.

Un nuevo rey, Mathanias, hijo menor de Josías, recibe la herencia de la casa de David, pero continúa resistiéndose a lo que manda la Voz mediante el profeta Jeremías, y por ello esta vez Adonai, por medio de su siervo Babilonia, devasta Jerusalén, arrasa el Templo que construyó Salomón y deporta al pueblo de Israel. Pero la Voz obliga a Jeremías a permanecer en Judá con «el resto»: «los traidores, los desertores, los tráfugas y cautelosos...» Jeremías ha de apurar su vaso hasta la hez.

Las antiguas épocas que Werfel describe interpelan nuestro siglo. Frente a un mundo que, como siempre, entroniza el progreso, que cree en los fuertes, en los voluntariosos, los que tienen determinadas condiciones, como los que ayudarán a la humanidad a alcanzar la felicidad, Werfel nos deja allí, viviendo, a los pequeños, miopes, los de poco mérito, a los ojos del mundo y a los suyos propios. La lección de la Voz está en mostrar que la salvación no está en nuestras fuerzas, sino en las suyas.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Los talibanes, modernos revolucionarios

El régimen islamista de los talibanes afganos ha retomado viejas actitudes iconoclastas y ha conmocionado al mundo entero con la destrucción de las estatuas gigantes de los budas de Bamiyán (ese mismo mundo que contempla indiferente la persecución religiosa y la situación en la que viven las mujeres de Afganistán). La iconoclasia se remonta al siglo VIII y ya fue condenada por el II Concilio de Nicea, pero la cuestión que plantea la publicación francesa Tonton Jean es la de si la actuación de los talibán tiene un no tan lejano precedente:

«No olvidemos que los talibanes no hacen más que poner en práctica el ejemplo de aquellos que abrieron “El Siglo de las Luces”, de los masacrades de 1793, los fundadores de la República. ¿Un ejemplo? La fatwa –perdón– el decreto de la Convención del 1 de agosto de 1793 que ordenaba que las tumbas y mausoleos de la iglesia de Saint-Denis (la ciudad había sido rebautizada como Franciada) fueran destruidos. En tres días 51 mausoleos sufrieron el furor destructivo de los talibanes sans-culottes.

No hay más que darse un paseo por los alrededores de París para visitar las innumerables ruinas que los guías señalan diciendo que esa iglesia, esa abadía, ese castillo fueron destruidos «después de la Revolución de 1789». ¿El castillo de Anet? Saqueado durante la revolución. ¿Las estatuas de Notre-Dame de París? Destruídas por los septembristas. ¿La Abadía de Châalis? Demolida en la revolución. ¿La abadía de Pont-aux-Dames en Couilly? Destruída durante la revolución. ¿La iglesia cisterciense de Longpont? Desmontada piedra a piedra. ¿La iglesia y dependencias de la abadía de Maubuisson

(fundada por Blanca de Castilla en 1236)? Arrasadas...

Otro decreto anterior, del 14 de agosto de 1792, que ordenaba la destrucción de pinturas y esculturas, tuvo efectos devastadores. Armados con hierros y antorchas, los revolucionarios prendieron fuego a bibliotecas enteras, redujeron a polvo estatuas, rasgaron pinturas y destruyeron obras maestras irremplazables.

¿Bárbaros los talibanes? Sí. Pero ni más ni menos que nuestros revolucionarios».

El Concilio Vaticano II y la presencia del Maligno

Nos llegan ecos de la polémica desatada en Italia a raíz del último ensayo del sacerdote italiano Gianni Baget Bozzo sobre el Anticristo. En la obra se recogen las palabras de Pablo VI acerca del «humo de Satanás» que se habría deslizado dentro de la Iglesia, lo que le ha valido diversas críticas acusándole de pesimista y tremendista. Veamos cuál ha sido la respuesta de Baget Bozzo desde las páginas de Avvenire. En primer lugar, acerca de la valoración del Concilio Vaticano II, Baget indica que su maestro,

«el cardenal Giuseppe Siri, solía decir que los textos del Vaticano II había que leerlos de rodillas. El cardenal no era un lefebvrino, pero pensaba que era necesario pedir los dones del Espíritu Santo para interpretar el Vaticano II en continuidad con la Tradición viva de la Iglesia».

Comentario verdadero y válido para, nos atreveríamos a decir, toda ocasión. Acoger el Magisterio de rodillas, esa debería de ser la actitud de todo cristiano no infectado

de naturalismo. Y continúa Baget:

«La revista *Renovatio*, que hice en los años sesenta bajo el patrocinio y con la colaboración del cardenal, partía del principio de que el Vaticano II debía ser interpretado como un Concilio ecuménico y no como «El Concilio», el principio de una refundación de la Iglesia. Que fue lo que ocurrió; y Pablo VI era bien consciente. El cardenal sabía que la línea de fractura entre el Vaticano II y la Iglesia de Pío XII era una falsificación de las intenciones del Concilio. Pero esa idea ha prevalecido en muchos casos. ¿Por qué? He querido decir que inimicus homo hoc fecit. Esto es, Satanás».

En la muerte de Gustave Thibon, a propósito del pecado original

El escritor y filósofo francés Gustave Thibon ha muerto a la edad de 97 años en Saint Marcel d'Ardèche, el pueblo que le vio nacer y vivir. Católico ante todo, algunos de sus aforismos han pasado a formar parte del patrimonio de la apologética católica. Basten como ejemplo algunos de ellos: «Quien rechaza ser la imagen de Dios se convierte en su mono», «Para unir a los hombres no basta con construir puentes, se necesita construir escaleras», «Quien no busca a Dios no puede encontrar al prójimo» o «Ama aquello que te hace feliz, pero no ames tu felicidad».

El filósofo-campesino, como le gustaba presentarse, acogió en su granja en julio de 1941 a Simone Weil, expulsada de la universidad por su condición de judía. Simone Weil le entregó el manuscrito de su libro «La sombra y la gracia», que Thibon publicó en 1947 y que dio a

conocer al mundo a la joven filósofo muerta de tuberculosis en Gran Bretaña en 1943.

Como filósofo abordó especialmente las obras de Pascal, Péguy, Nietzsche y Maurras, y denunció en sus libros la marginación de las «exigencias espirituales» en la sociedad contemporánea.

Extractamos a continuación algunos fragmentos de la extensa entrevista que mantuvo Thibon con Yves Daoudal en las páginas de Présent:

«La utopía es simplemente el ideal irrealizable, no conforme a la naturaleza humana. Usted me dirá que cualquier ideal puede pasar al principio por una utopía. La prueba se hace por la realidad. Lo que los distingue es que el ideal no se alcanza jamás pero uno se aproxima a medida que pasa el tiempo; no creo en el mito del progreso, pero esforzándose en el tiempo, poco a poco, uno se hace menos indigno de su ideal. Mientras que lo propio de la utopía es que, en la medida en que se la quiere encar-

nar en los hechos y aproximarse a ella, uno se aleja.

Empleemos la palabra *ideal* para designar un modelo perfecto, Cristo en la religión cristiana. Es verdad que el hombre puede aproximarse sin llegar nunca a alcanzarlo. Mire lo que ha producido el cristianismo en la Edad Media, los monasterios, las obras de caridad, la santidad... Mientras que el ideal socialista ha dado exactamente lo contrario de lo que había prometido, pan y libertad: los países socialistas tienen mucho menos pan y nada de libertad.

(...) Lo que caracteriza la ideología democrática y humanitarista es el desconocimiento del pecado original. Para mí, esto es la raíz. Opino como Bernanos: no creer en el pecado original es peor que no creer en Dios. Lo que implica un cierto pesimismo sobre el hombre y sobre sus posibilidades de cambiar. Cito a menudo las palabras de un Padre de la Iglesia griega, san Gregorio de Nisa, que dijo que nada puede cambiar en el hombre a mejor indivinamente. El resto son mutaciones del mal.

Creo que un solo santo puede salvar a millones de hombres. La comunión de los santos es uno de los dogmas en el que más profundamente creo, junto con el del pecado original. Pero para el pecado original no hay necesidad de dogma, ¡salta a la vista!

Sartre y los estructuralistas hablan de disyunción entre el en-sí y el para-sí. Lo que queda es que hay una fractura entre el hombre y sí mismo, el hombre es un animal mal hecho. Pero yo creo que el dogma del pecado original lo explica mucho mejor. El hombre es antes un dios caído que un mono mal evolucionado.

El hombre está hecho para ver a Dios. Está hecho para un mundo superior. Está hecho para vivir más allá de sí mismo. La definición más bella de pecado original es aquella de Bossuet: “El hombre ha caído de Dios sobre sí mismo”.

Y para acabar, su respuesta a la pregunta acerca de si hay, hoy en día, pensadores que le interesen: «Sabe, me preparo para la muerte, no para el pensamiento». Descanse en paz.

El camino propio de José se concluirá antes de que María se detenga ante la cruz en el Gólgota y antes de que Ella se encuentre en el Cenáculo de Pentecostés, el día de la manifestación de la Iglesia al mundo, nacida mediante el poder del Espíritu de Verdad. Sin embargo, el camino de la fe de José sigue la misma dirección, queda totalmente determinado por el mismo misterio del que él, con María, se había convertido en el primer depositario. La Encarnación y la Redención están en unidad indisoluble... precisamente por esta unidad el papa Juan XXIII, que tenía una gran devoción a san José, estableció que en el canon romano de la Misa, memorial perpetuo de la Redención, se incluyera su nombre junto al de María, y antes que el de los Apóstoles, el de los sumos pontífices y el de los mártires.

Juan Pablo II: *Redemptoris Custos* (15 de agosto de 1989)



De otras fuentes

Mártires de la persecución religiosa en España

Reproducimos un documentado artículo sin firma de L'Osservatore Romano a propósito de la beatificación de 233 mártires de la persecución religiosa en España de 1936-39 en que desgrana el panorama general en que se han de inscribir estos testimonios de fe. El artículo pone de manifiesto que la persecución fue sistemática y general y ya comenzada en 1934 antes de la guerra civil y anunciada con la misma llegada de la república en 1931. Su condición de católicos es el único motivo de su martirio y la respuesta de fe y perdón les avala y les corrobora como testigos fieles del Cordero. La persecución ha sido una constante en la Iglesia desde su fundación y España dio al mundo, en el último pasado siglo, el testimonio más elocuente y valeroso de fidelidad a la Iglesia. Sirva este artículo como exposición fidedigna de una realidad ocultada e incluso deformada en tantos artículos aparecidos en nuestro país, incluso en semanarios religiosos.

La II República española, proclamada el 14 de abril de 1931, llegó impregnada de fuerte anticlericalismo. Apenas un mes más tarde se produjeron incendios de templos en Madrid, Valencia, Málaga y otras ciudades, sin que el Gobierno hiciera nada para impedirlos y sin buscar a los responsables para juzgarles según la ley. Los daños fueron inmensos, pero el Go-

bierno no los reparó ni material ni moralmente, por lo que fue acusado de connivencia. La Iglesia había acatado a la República no sólo con respeto, sino también con espíritu de colaboración por el bien de España. Estas fueron las instrucciones que el Papa Pío XI y los obispos dieron a los católicos. Pero las leyes sectarias crecieron día a día. En este contexto fue suprimida la Compañía de Jesús y expulsados los jesuitas.

Durante la revolución comunista de Asturias (octubre de 1934), derramaron su sangre muchos sacerdotes y religiosos, entre ellos los diez mártires de Turón (nueve Hermanos de las Escuelas Cristianas y un Pasionista, canonizados el 21 de noviembre de 1999).

Durante el primer semestre de 1936, después del triunfo del Frente popular, formado por socialistas, comunistas y otros grupos radicales, se produjeron atentados más graves, con nuevos incendios de templos, derribos de cruces, expulsiones de párrocos, prohibición de entierros y procesiones, etc., y amenazas de mayores violencias.

Éstas se desataron, con verdadero furor, después del 18 de julio de 1936. España volvió a ser tierra de mártires desde esa fecha hasta el 1 de abril de 1939, pues en la zona republicana se desencadenó la mayor persecución religiosa conocida en la historia desde los tiempos del Imperio Romano, superior incluso a la Revolución francesa.

Fue un trienio trágico y glorioso a la vez, el de 1936 a 1939, que se debe recordar fielmente para que no se pierda la memoria histórica.

Al finalizar la persecución, el número de mártires ascendía a casi diez mil: 13 obispos; 4.184 sacerdotes diocesanos y seminaristas, 2.365 religiosos, 283 religiosas y varios miles de seglares, de uno y otro sexo, militantes de Acción católica y de otras asociaciones apostólicas, cuyo número definitivo todavía no es posible precisar.

El testimonio más elocuente de esta persecución lo dio Manuel de Irujo, ministro del Gobierno republicano, que en una reunión del mismo celebrada en Valencia —entonces capital de la República—, a principios de 1937, presentó el siguiente Memorandum:

«La situación de hecho de la Iglesia, a partir de julio pasado, en todo el territorio leal, excepto el vasco, es la siguiente:

a) Todos los altares, imágenes y objetos de culto, salvo muy contadas excepciones, han sido destruidos, los más con vilipendio.

b) Todas las iglesias se han cerrado al culto, el cual ha quedado total y absolutamente suspendido.

c) Una gran parte de los templos, en Cataluña con carácter de normalidad, se incendiaron.

d) Los parques y organismos oficiales recibieron campanas, cálices, custodias, candelabros y otros objetos de culto, los han fundido y aun han aprovechado para la guerra o para fines industriales sus materiales.

e) En las iglesias han sido instalados depósitos de todas clases, mercados, garajes, cuadras, cuarteles, refugios y otros modos de ocupación diversos.

f) Todos los conventos han sido desalojados y suspendida la vida religiosa en los mismos. Sus edificios, objetos de culto y bienes de todas clases fueron incendiados, saqueados, ocupados y derruidos.

g) Sacerdotes y religiosos han sido detenidos, sometidos a prisión y fusilados sin formación de causa por miles, hechos que, si bien amenguados, continúan aún, no tan sólo en la población rural, donde se les ha dado caza y muerte de modo salvaje, sino en las poblaciones. Madrid y Barcelona y las restantes grandes ciudades suman por cientos los presos en sus cárceles sin otra causa conocida que su carácter de sacerdote o religioso.

h) Se ha llegado a la prohibición absoluta de retención privada de imágenes y objetos de culto. La policía que practica registros domiciliarios, buceando en el interior de las habitaciones, de vida íntima personal o familiar, destruye con escarnio y violencia imágenes, estampas, libros religiosos y cuanto con el culto se relaciona o lo recuerde».

Y el cardenal arzobispo de Tarragona, Francisco Vidal y Barraquer (1868-1943), que se hallaba refugiado en Italia y fue invitado por el Gobierno republicano en 1938 para que regresara a su diócesis, dijo:

«¿Cómo puedo yo dignamente aceptar tal invitación, cuando en las cárceles continúan sacerdotes y religiosos muy celosos y también seglares detenidos y condenados, como me informan, por haber practicado actos de su ministerio, o de caridad y beneficencia, sin haberse entrometido en lo más mínimo en partidos políticos, de conformidad a las normas que les habían dado?».

Y añadía: «Los fieles todos, y en particular los sacerdotes y religiosos, saben perfectamente los asesinatos de que fueron víctimas muchos de sus hermanos, los incendios y profanaciones de templos y cosas sagradas, la incautación por el Estado de todos los bienes eclesiásticos y no les consta que hasta el presente la Iglesia haya recibido de parte del Gobier-

no reparación alguna, ni siquiera una excusa o protesta».

Sobre esta persecución son esenciales la obra de Antonio Montero Moreno: «Historia de la persecución religiosa en España 1936-193» (Madrid, BAC, 1960, reimpresa en 1999) y los libros de Vicente Cárcel Ortí: «La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)» (Madrid, Rialp, 1990), «Mártires españoles del siglo xx» (Madrid, BAC, 1995), «Buio sull'altare. La persecuzione religiosa spagnola, 1931-1939» (Roma, Città Nuova, 1999), «La gran persecución. España 1931-1939» (Barcelona, Planeta, 2000), «Mártires del siglo xx. Cien preguntas y respuestas» (Valencia, Edicep, 2001) y «Persecuciones religiosas y mártires del siglo xx» (Madrid, Palabra, 2001). Sobre los de Valencia, cf. V. Cárcel Ortí y R. Fita Revert, «Mártires valencianos del siglo xx» (Valencia, Edicep, 1998).

Los mártires

A los sacerdotes, religiosos y seglares que entregaron su vida por Dios el pueblo comenzó a llamarles mártires porque no tuvieron ninguna implicación política ni hicieron la guerra contra nadie. Por ello, no se les puede considerar caídos en acciones bélicas, ni víctimas de la represión ideológica, que se dio en las dos zonas, sino mártires de la fe.

Los mártires que el 11 de marzo beatifica el Santo Padre demuestran la unidad y diversidad eclesial y esta ceremonia resulta pastoralmente significativa, porque ve unidos en un único rito a muchos mártires de una misma archidiócesis y tiene las siguientes características:

— la representatividad eclesial del grupo de mártires, pues hay sacerdotes, religiosos y seglares, que son expresión de los numerosos carismas y familias de vida consagrada; la representatividad de la Iglesia en España porque este grupo representa 34 diócesis. Todos ellos se encontraban

en Valencia desarrollando sus respectivos ministerios y actividades apostólicas y algunos de ellos han sido unidos en el proceso por competencia, en base a la normativa canónica vigente;

— el elevado número de sacerdotes seculares y de seglares, pues es la primera vez que son beatificados 40 miembros de los presbiterios diocesanos de Valencia (37) y Zaragoza (3), así como 22 mujeres y 20 hombres y jóvenes, miembros de la entonces floreciente Acción católica española y de otras asociaciones de apostolado seglar, de todas las edades, profesiones y estado social;

— el actual contexto pastoral favorable, que ha despertado interés en las diócesis españolas hacia esta página gloriosa de la reciente historia. Esta había quedado un tanto olvidada, pero testimonia la fe y la fidelidad de la Iglesia en España y, más en concreto, en Valencia, que tuvo sus orígenes a principios del siglo IV en el martirio del diácono Vicente. El desarrollo de los procesos, las correspondientes catequesis y la «fama martyrii» han llevado a las comunidades cristianas a un mayor interés y devoción hacia los mártires.

Por ello, la beatificación de todos ellos juntos es sumamente oportuna y es de desear que susciten una vida cristiana más intensa, un mayor fervor espiritual y un renovado interés por mantener viva la memoria de estos gloriosos testigos de la fe.

El clima espiritual favorable creado por el gran jubileo del año 2000 ha permitido que, concluido el largo proceso canónico, pudiera celebrarse esta beatificación, como primer fruto espiritual del Año santo apenas terminado.

Estos mártires son los primeros beatos del tercer milenio.

Espiritualidad de estos mártires

La mayoría de los sacerdotes y seglares no necesitaban el martirio para ser beatificados, porque ya en vida te-

nían fama de santos. De algunos de ellos se llegó a decir que eran tan buenos, que precisamente por eso fueron martirizados.

Todos ellos fueron hombres y mujeres muy ejemplares, plenamente entregados a sus ministerios respectivos. Los sacerdotes, ya de seminaristas fueron modelos por sus virtudes, por su amor a la Eucaristía y por su devoción a la Virgen. Se entregaron de lleno a las parroquias: culto litúrgico, confesiones, catequesis, apostolado con los jóvenes, visitas asiduas a los enfermos, ayuda a los pobres y necesitados fueron sus principales actividades apostólicas.

Lo mismo hay que decir de los religiosos y religiosas, que desarrollaban una intensa labor apostólica y social en colegios, asilos y hospitales; una labor que nunca fue suficientemente reconocida. Muchos de ellos, además de mártires de la fe, fueron apóstoles de la caridad, de la enseñanza religiosa y de la formación humana.

Los sacerdotes fueron semejantes al santo Cura de Ars en el cumplimiento de su ministerio; semejantes en todo a otro párroco valenciano, que no fue mártir, pero tiene abierto el proceso de beatificación: el siervo de Dios José Bau Burguet, párroco de Masarrochos, fallecido en 1932. Este influyó decisivamente en la formación espiritual de los sacerdotes valencianos del primer tercio del siglo xx.

Los hombres, mujeres y jóvenes eran muy piadosos, muy entregados a la Iglesia y a todas sus obras de caridad y apostolado; nacieron y vivieron

en familias de antigua tradición cristiana, recibieron una formación religiosa muy sólida y vivieron una auténtica vida cristiana, alimentada diariamente con la Eucaristía, la devoción a la Virgen, el rezo del santo rosario y otras devociones particulares; vivieron entregados apostólicamente a sus respectivas parroquias a través de la Acción católica y de otras asociaciones apostólicas; dieron siempre un testimonio coherente de vida cristiana, que culminó con el martirio. Todos ellos fueron martirizados única y exclusivamente por motivos religiosos, murieron amando y perdonando a sus verdugos y diciendo ¡Viva Cristo Rey!, porque tuvieron un sentido teológico muy profundo de la realeza de Cristo y porque este fue el grito con el que los cristianos hicieron frente a los totalitarismos del siglo xx.

Hoy los veneramos en los altares como mártires de la fe cristiana porque la Iglesia ha reconocido oficialmente que entregaron su vida por Dios durante la persecución religiosa de 1936. No les debemos llamar caídos en guerra, porque no fueron a la guerra ni la hicieron contra nadie, pues eran personas pacíficas, que desarrollaban normalmente sus actividades en sus pueblos y parroquias; tampoco les podemos llamar víctimas de la represión política, porque los motivos fundamentales de su muerte no fueron de carácter político o ideológico sino religioso: porque eran sacerdotes o religiosos, porque eran seglares católicos practicantes, muy comprometidos con

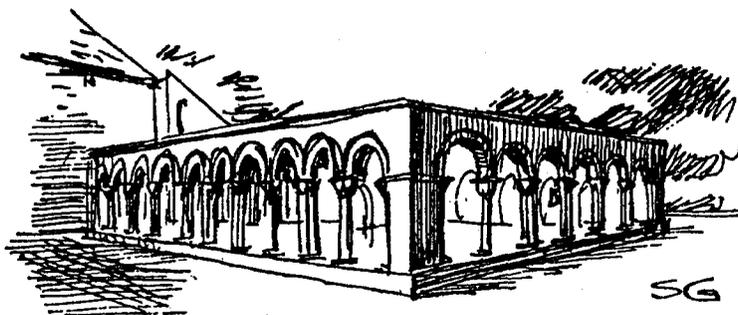
la Iglesia en la defensa y promoción de la fe cristiana.

Los procesos canónicos

Durante la persecución religiosa republicana la archidiócesis de Valencia pagó uno de los mayores tributos de sangre (361 sacerdotes, 373 hombres y jóvenes de Acción católica, 93 mujeres de Acción católica y varios centenares de religiosos de diversos institutos masculinos y femeninos) y esto explica el hecho de que en ella se abrieron la mayoría de los procesos de beatificación que llegan ahora a su punto final.

Impulsados por los arzobispos Marcelino Olaechea (1946-1966) y José María García Lahiguera (1969-1978), siervo de Dios, así como por el Presbiterio diocesano y el Foro de laicos, lo mismo que por las respectivas órdenes y congregaciones religiosas, Valencia dedicó muchas energías humanas para que estos procesos pudieran llegar a su conclusión y fueran un instrumento de evangelización, especialmente en lo campos de la catequesis, de la pastoral juvenil y de la promoción vocacional.

Todos los procesos canónicos de los siervos de Dios que hoy son beatificados fueron instruidos en la archidiócesis de Valencia, a excepción del de los Franciscanos Conventuales (nn. 99 a 104), que se hizo en Barcelona, y el del siervo de Dios Francisco Castelló Aleu (n. 233), que se instruyó en Lérida.



CRISTIANDAD

hace
cincuenta años

J. M^a P. S.

«Tibi dabo»

En la quincena que comenzaba el 1 de abril de 1951 CRISTIANDAD recordaba su séptimo aniversario. En la editorial de J.B.B. (Jaime Bofill Bofill) se recordaban los ideales de la revista. El ideal positivo era «La Cristianidad», esto es, aquella forma de gobierno civil inspirada en la religión cristiana. CRISTIANDAD proclamaba, desde su título, «este Ideal: el de una plena aceptación por parte de las Naciones y los Estados como tales, de esta sobrenatural maternidad de la Iglesia». El mismo ideal –expresado en lo que niega– le hacía decir que CRISTIANDAD «es y se proclama antiliberal». Porque «en este liberalismo como sistema tiene el laicismo su forma adulta» y «porque es la versión social de la actitud anticristiana por excelencia: el naturalismo». El ideal definitivo que aúna estas dos nota es unitario y total: «no es restaurar en tal o cual país una determinada forma de gobierno o hacer triunfar ciertas tesis políticas o económicas: todo ello sería inoperante por sí solo. Se trata de instaurar en el mundo la soberanía de Cristo». Como lo había proclamado Pío XI frente al laicismo, «Cristo es Rey eterno y Señor universal». Y terminaba afirmando la clave más íntima de este ideal, esto es, que es imprescindible recordar que Cristo tiene en verdad Corazón, pues «no sería tampoco posible este espíritu de Cruzada al servicio del Rey divino si no nos sentimos unidos a Él por el vínculo íntimo y personal del amor, si no sentimos los cristianos la compasión por su Corazón que padece la agonía espiritual de los hombres».

Al recordar nuestra CRISTIANDAD de hace cincuenta años no hemos podido olvidar esta editorial. Son las ideas mil veces reiteradas en las páginas de nuestra revista, explícita o implícitamente. No tenemos otra cosa que decir:

Sin embargo, no quisiéramos que nuestros lectores se perdieran la ocasión de leer un artículo de nuestro querido Luis Creus Vidal que, como todos los suyos, desborda conocimiento, memoria, amor. El tema del artículo es el Tibidabo de Barcelona. La montaña, la

primera ermita, la romería del Ram, la cripta, el Templo entonces en construcción. Por supuesto, «Don Bosco», san Juan Bosco, que fue su artífice. Y el artículo es también una profunda reflexión, con la maestría literaria que caracterizaba a su autor, sobre la ciudad en la que el templo se asienta. Sus palabras –y los versos, tan banales y misteriosos como la ciudad que los inspira– nos hacen recorrer más de cien años de la vida de la ciudad con su miseria –tan abundante– su maldad –tan incontrolada y desmedida– y también su misterio –insólito, pero real. Es cierto que Barcelona tiene su misterio. Su fe puede estar oculta pero es profunda. La mayor prueba de su fe profunda la daría precisamente la ciudad de Barcelona al año siguiente de este artículo, en ocasión de su Congreso Eucarístico internacional que entonces se preparaba.

El artículo de Luis Creus, que reproducimos íntegro, nos hace pensar, nos sitúa en la realidad del entorno inmediato en la que la revista nació, y nos propone acciones concretas para nosotros, los barceloneses. Ahora parece que nos toca vivir, más que nunca, de la esperanza a la vista del aumento imparable de la superficialidad, de la inmoralidad y de la irreligiosidad. Este artículo nos invita a la reflexión y a ver las cosas «sub specie aeternitatis». Es obligado, a los cincuenta años de aquel artículo, completar aquel comentario con dos constataciones esperanzadoras: ver hoy terminado el templo y coronado con el esplendoroso Corazón de Jesús que preside día y noche su «mala» ciudad por la que siente tanta compasión. También lo es, en un sentido más anecdótico pero significativo, que bastantes jóvenes –sustituyendo a las «beatas»– siguen subiendo hoy a la ermita de Don Bosco en la Romería del Ram. Y la mayor esperanza la constituyen –y también son en buena medida jóvenes– los que hoy en el templo expiatorio del Tibidabo practican la adoración perpetua al Santísimo Sacramento intercediendo por la ciudad y sus habitantes.

En primera persona

El lector, siempre benévolo, excusará si empleo este tiempo de verbo.

Las cosas del corazón a veces lo exigen.

«La romería del Ram»

Se llamaba Josefina Carreras.

Cuando la conocí, allá en mi infancia, era una viejecita costurera, que vivía de su trabajo –zurcir por las casas– y



habitaba en el barrio, cien por cien barcelonés, de San Pedro de las Puellas. Tenía muchos años... y era un archivo viviente de muchas cosas. Había alcanzado no sé cuántas «bullangas», de las del pasado siglo.

Y era también un resto superviviente de mejores épocas, por lo menos en cultura. La humilde mujeruca recitaba de memoria largamente los mejores clásicos castellanos y catalanes. Su noble testa, enmarcada por blancos cabellos, parecía iluminarse en aquellas ocasiones... No en vano era muy apreciada por quienes utilizaban sus servicios, en aquellos tiempos en que la cultura se cotizaba más que ahora. Recuerdo que entre los hogares a donde acudía semanalmente, se contaba el del poeta y exquisito artista Apeles Mestres: Quizá alguno de sus allegados aun recuerde a «la Josefina»... ¡Qué cristiana! El poeta la apreciaba altamente, sobre todo, desde un día en que le manifestó la más santa de las enterezas. No extrañará, a quienes le conocieron, la anécdota. No siempre don Apeles estaba a la altura de sus lauros: desgraciadamente a menudo algún exabrupto denotaba el fondo atormentado de su alma. Un día asomó la impiedad a sus labios, pero hubo de detenerse. Levantóse la humilde e increpóle con santa intrepidez... No he dudado nunca que, más tarde, la intercesión de la costurera debió de ser harto más útil al tan traído y llevado cuanto homenajeado anciano que unos tan repetidos cuanto estereotipados lauros tan trágicamente

interrumpidos en la fecha del 19 de julio del 36, en que rindió su alma a Dios...

Quizá Josefina Carreras fue para mí —y seguramente para otros— la primera emisaria del Corazón de Cristo.

Yo confieso francamente que, en lo físico, no he asistido nunca a la «Romería del Ram». Incluso me pondrían, triste de mí, en un aprieto si me preguntasen si es que sigue celebrándose, como supongo, y deseo.

Pero en espíritu, y gracias a Josefina, yo he hecho la Romería.

Más aún que con sus clásicos, su rostro se iluminaba cuando me describía el fervor con que ella, junto con algunas beatas más, acudía cada año, en junio en penosa ascensión a la montaña. ¡Beatas! Dios nos dé muchas de ellas. Gran cosa es llenar las iglesias de hombres; mas ciertamente, la base serán, siempre las beatas. Sólo las beatas rodearon el Sepulcro de Cristo cuando todo se hundió... Ellas quedaron solas, allí en la noche, y luego, en la madrugada. Ellas mantuvieron este enigma de lo continuo, en su tremenda profundidad, que se registra así en lo espiritual como en lo físico.

Siempre me lo contaba... Primero me hablaba de aquella ínfima capillita que allá en la cumbre parecía una de tantas ermitas, sin mayor trascendencia, simiente lanzada por un alma tan clarividente como ciega en su confianza en la Providencia. Luego me contaba la Cripta, esta cripta del Tibidabo, de un estilo tan nuestro, tan cien por cien de nuestra casa, ya raíz del gran templo expiatorio. En junio, en la fresca madrugada estalla la floración de la retama; toda la montaña desde donde se otea parte de Cataluña, con la grande ciudad extendida a sus pies, es un perfume que se yergue como gigante pedestal del templo que la corona. Y, entre tanto, ellas, las viejecitas, subían cantando. Rezaban y amaban. Eran las mismas hijas de Judá, que seguían siempre a Cristo Jesús.

Siempre me lo contaba... Don Bosco. No era aún San Juan Bosco. Creo —se me figura— que para ellas en el Cielo, nunca gozará del título de Santo. Era «Don Bosco». Me lo repetía así, siempre: Vino el buen sacerdote de Italia. No conocía Barcelona. Le habían referido muchas cosas raras de nuestra ciudad. Anarquistas, tiros, qué sé yo cuántas cosas. Y, por el camino sentía como una voz: «Et omnis, tibi dabo...» «Tibi... Dabo.» «Tibi... Dabo.» «Tibi... Dabo...» Luego, esto se ha sabido y popularizado. Entonces lo conocía poca gente. Pero lo sabía la Josefina. Y ella me lo contaba.

Restaurada un poco aprisa, cual corresponde al celo que la ha presidido, la cripta ofrece en su mosaico central —tal vez un poco ingenuo— la escena donde unos beneméritos próceres barceloneses ofrecen a San Juan Bosco la propiedad de los terrenos de la cumbre.

El grande y humilde santo del pasado siglo fue el gran constructor de basílicas dedicadas al Corazón Sagrado. Rodeado de tantos Cardenales, León XIII hubo de llamar a «Don Bosco» a Roma, para que le erigiese la nueva Iglesia... Y es natural. Para la empresa no bastaban las dignidades. Era necesario un santo. Así en Barcelona. Pero, para honra de nuestra ciudad, ella, junto con Roma y con Turín, constituye

el triángulo de la acción de aquel hombre mandado por la Providencia. El Tibidabo es la gran obra del Obrero del Corazón divino, que se fijó en la capital de Cataluña con predilección sobre otras partes.

¡Cuánto tiempo!

¡Cuántas cosas!

Lentamente ha ido creciendo el grano de mostaza. La capillita ha ido ascendiendo. Ya están levantadas las paredes de la Basílica: aparentemente, el gran templo alza su silueta ya, definitiva, sobre la Cripta, siempre pía, siempre nuestra, siempre devota...

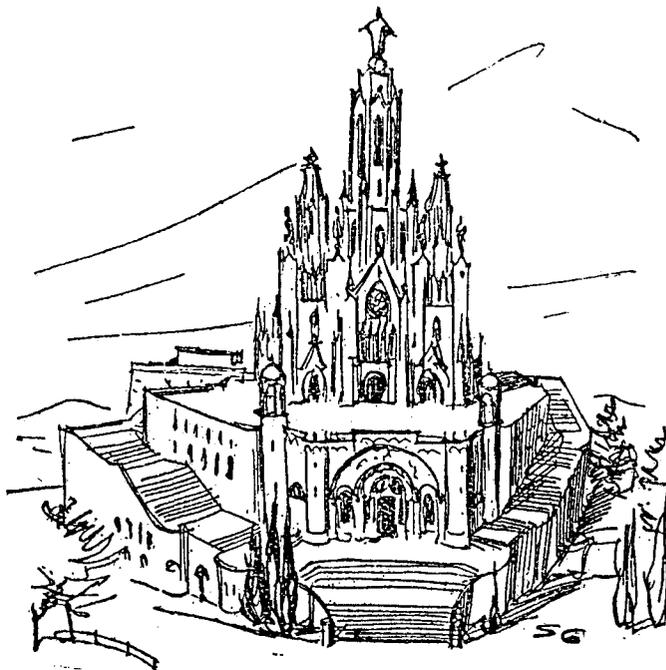
También ha ido creciendo la ciudad. Ya está extendida, glosando la oda verdagueriana, «de riu a riu». Enorme. Quizá demasiado grande. Su ruido sube cada vez más, hasta la cumbre... Ruido de ordinario el trepidar normal de la vida y del trabajo; a veces, ruidos de otro género, chirridos, estallidos de explosiones morales y materiales, de las que la ciudad ha sido escenario. En su tremenda sensibilidad, Maragall sintió esta trágica contradicción que anida en Barcelona «ciutat mala», pero ciudad, como hemos dicho en otra ocasión, misteriosa...

*Te presumis i engavanyes alhora
amb manto de monja i vestit de senyora
i vel de la musa i floc relluent;
pro mudes de pressa, i amb gran gosadia
la musa i la nimfa i la dama i la pia
s'arrenca el postís i la veu disfressada
i surt la marmanyera endiablada
que empaita la monja i li crema el convent...
I després el refàs potent!!*

*Esclata la mort, de tes vies rialleres
en l'aire suau;
esclata impensada, i segura i traïdora
com altra riallada escarnidora...
Riallades de sang!
El fang dels teus carrers, oh Barcelona!
es pastat amb sang.*

«Con el aceite de petróleo...»

El Corazón divino, que escogió el Tibidabo como lugar de su predilección, Corazón físico, que vibra al unísono del nuestro, sabe de esta vida torturada de su ciudad. Él la ha seguido. Lo que sintió Maragall, ¿no lo ha debido sentir Cristo? Esta extraña contradicción. Esto que decía el poeta: que salen las furias, que persiguen a las monjas, que le queman el convento...; y luego, potente, ¡¡la Ciudad se lo rehace!! Cristo Rey, desde su trono, sobre el monte, dominando la ciudad, con sus virtudes y sus miasmas, está allá, desde los fines del pasado siglo, viviendo todas las vicisitudes nuestras. Ante su humilde capilla, mientras se elevaba, lentamente, la Cripta, llegaban aquellas voces de la Casa del Pueblo: ¡«Levantad el velo a las novicias!»; frase del desdichado que luego llegó a ser ídolo de las clases conservadoras y modera-



das. Y aire puro de las cimas le debía traer aquellos acordes de una trasnochada Marsellesa que aun recuerdo de mi niñez:

*Con el aceite de petróleo,
incendiamos el país...*

Y luego, con 1909, lógica consecuencia, el humo, los incendios. Nuevamente la prostituta perseguía a la monja. La culta y pacífica Europa estaba escandalizada. ¡Qué cosas se veían en Barcelona! ¡¡Esto, ciertamente, sólo pasaba en España!!

Por lo mismo, por lógica, la ciudad culta entre las cultas de la culta Europa, Bruselas, elevó un monumento al incendiario. A Ferrer y Guardia.

Los restos de un enorme Kursaal

Iba elevándose el templo. Iba creciendo Barcelona.

Se cumplían las aladas palabras de la oda de Mossén Cinto.

Pero también las de la otra oda, la que hemos citado, la de Maragall. La oda de la mala ciudad.

*Tal com ets, tal te vull, ciutat mala:
és com un mal donat, de tu s'exhala:
que ets vana i coquina i traïdora i grollera,
que ens fa abaixà el rostre
Barcelona!, i amb tos pecats, nostra!, nostra!
¡Barcelona nostra! la gran encisera!*

Crecía el número de las almas buenas. De los sacerdotes

ejemplares, de estos sacerdotes que se matan en nuestras tristes barriadas obreras, haciendo bien, llevando una vida de sacrificio tan inverosímil, que hasta ellos mismos lo ignoran. Y de las buenas mujeres que seguían subiendo, cada año, al Tibidabo, en ocasión de la Romería del «Ram», siguiendo a Jesús...

La ciudad mala respondió, entre tanto, en otra forma. Hoy, ¿quién se acuerda? Quizá ni los viejos. ¡Pasan las cosas tan aprisa! Cabe la cumbre, en la carretera, hay un lugar. La Rabassada. Se hizo tristemente famoso en la época roja, por los crímenes que allí hubieron lugar. Pero hoy el viandante distraído no se fija en unas ruinas, aun grandes, que todavía existen. Son los restos de un enorme Kursaal. Allí, en el refinamiento de la sociedad que feneció para siempre en 1914, y que ya no se considera cursi, sino que lo cursi es lo que ha calado después, se empezó la construcción de una verdadera ciudad de placer de la que hoy no tenemos ni idea: hoy, que el placer se refugia tras bambalinas de cartón piedra y de yeso en cuatro restaurantes, cuchitriles de moda. La Rabassada debía ser la coronación de una especie de Montecarlo que había de coronar al Tibidabo, y acabar de desmoralizar a Barcelona. Tampoco saben, los que hoy visitan las ingenuas y desvencijadas atracciones de la cúspide, que aquellos edificios fueron contruidos con el mismo designio.

Pero este designio jamás floreció.

Permítasenos decirlo, gloriosa y crudamente:

A Jesucristo no le dio la gana. ¡Gracias le sean dadas!

Jesucristo reina en el Tibidabo. Podrá permitir que le incendien su casa unos desgraciados irresponsables. Mas no que se la prostituyan unos indecentes refinados.

Cristo salvó Barcelona.

Y quizá el precio fue éste. La expulsión de Asmodeo fue lograda a cuenta del sacrificio. Del que representó, en 1936, la destrucción de la obra: el derribo de la dulce estatua de Jesús, protegiendo la ciudad angustiada...

Mas ¿qué importa? Cristo reina, Cristo vence, Cristo impera.

Hoy el Tibidabo vuelve a ser el lugar de predilección. Está allí el Corazón divino. Gracias a Él, podemos olvidar todo lo malo, lo mucho malo, de la triste Barcelona, y deleitarnos en lo bueno, en la mucho bueno, «de la gran encisera». La contradicción maragalliana, en su crudo realismo, es el mayor homenaje a Cristo, que sostiene esta ciudad, pues ha hallado en ella algunas almas justas, que son su jardín más escogido.

Ante el Congreso Eucarístico

No por nosotros; quiero decir, no por la masa, no ya la mala, sino la amorfa, la comodona, la aburguesada, no por nosotros. Sino por estas almas de predilección, el Santo Padre Pío XII acaba de dar a Barcelona una muestra de confianza tan extraordinaria como inmerecida. Escenario del

próximo Congreso Eucarístico Internacional, el primero que se celebra después de muchos años, después de la segunda gran guerra, en medio de un mundo atormentado y distraído, sediento de distraerse y de vanidades, que huye cada vez más de todo cuanto sea profundidad y realismo. Espera hallar allí lo que ve difícil encontrar en otras partes. ¡Quiera Dios que nos hagamos dignos y respondamos a esta enorme confianza!

¿Qué podemos hacer, que sea proporcionado a dicho honor? ¿Qué hito digno de él podríamos establecer, que, al propio tiempo, revistiese una trascendencia proporcionada?

Únicamente los santos tienen la palabra. Y potencia.

Imitemos a Pío IX. Llamemos a Don Bosco.

Y llamemos también a las almas buenas que aquél inflamó en Barcelona, «que nos precedieron en la fe, y duermen ya en el sueño de la paz».

Movilicemos –como diría nuestro Prelado, como dijo, ha poco, refiriéndose a la Virgen de la Merced y al éxito portentoso de las Misiones de Barcelona–, movilicemos a «Don Bosco». Movilicemos al sacerdote turinés. Llamémosle. Que baje.

Que baje. Y que concluya su obra. Que nos la tenga lista para el Congreso Eucarístico. Que cuando llegue el Legado a *latare* –cuando vibre, desde Roma, el corazón del Papa, recordando que él también fue Legado en estos Congresos–, pueda subir como las mujerucas de antaño, en la piadosa Romería, al Templo, para hallar allí la ingente fábrica terminada, en sustitución de la capillita que el fundador de los Salesianos dejó en la entonces despoblada cumbre.

Movilicemos a San Juan Bosco. ¿Qué digo, San Juan Bosco? ¡A Don Bosco! Aun le falta terminar esta obra, para redondear cumplidamente todas las que hizo, colosales, en esta vida. Quizá por esto –¿osaremos comprometerle?– es que San Juan Bosco no ha sido aquí aún, a pesar de haberlo sido mucho, tan venerado como merece. El esforzado sacerdote turinés, el que vivía de su trabajo, el que de joven iba descalzo a la escuela, aún tiene una obra física que terminar en Barcelona para poder descansar cumplidamente. ¡Movilicemos a Don Bosco!

No tardaremos en oír su voz. Preparémonos a ella. ¡¡La terminación del Tibidabo, del Templo Nacional Expiatorio!! ¿Cabría mejor marco para el próximo Congreso Eucarístico? Grande es la obra en lo material. Pero, ¿es imposible para Barcelona, en plena euforia, trabajo y prosperidad?

Como San Pedro, y con más éxito inmediato que él, tengamos la audacia de intentar retener todo el tiempo posible a Jesús en el Tabor, aprestándole una tienda. Que este Tabor sea escuela de mártires futuros y de sacrificios, y que enseñe a nuestros enemigos que desde ahora alzamos ante ellos esta señal de contradicción. Sí. En Barcelona hay algo. Hay algunas almas especialmente afectas: hay una pequeña Betania en la que Jesús descansa. Nosotros, los demás, acerquémonos a ellas y utilicémoslas. Atraigamos con ellos a Cristo.

Acabemos su Templo en el Tibidabo.

CONTRAPORTADA

¡Calumnia, que algo queda!

El 21 de marzo, en portada, «El País» titula «El Vaticano reconoce que cientos de monjas han sido violadas por misioneros». Me asombró de la noticia; después de tantos años en África no sé nada de ello. Veo que el artículo en cuestión, que se encuentra en las páginas interiores del periódico, no menciona ningún caso de violación de una monja por un misionero. Veo que todo se basa en un artículo aparecido en el «National Catholic Reporter». Voy a ver qué dice este artículo y encuentro que habla de algunos abusos sobre religiosas cometidos por algún miembro del clero local (en ningún caso habla de centenares de violaciones, pero no menciona ni una sola vez a los misioneros, si no es para decir que colaboraron en la investigación sobre dichos abusos para que se tomasen las medidas necesarias, fuese reparado en alguna manera el daño cometido y se pusiesen los medios para que la cosa no se repitiera.

Ante la evidente manipulación de la información cometida por el periódico y que enciende una serie de «desinformaciones» en otros medios que siguen la onda iniciada por «El País», la presidencia de la Unión de los Institutos Misioneros emite un comunicado protestando por este titular que transmite un mensaje inexacto y malintencionado.

Pocas horas después del comunicado, recibo una llamada de un redactor del periódico «El País». En mi calidad de vicepresidente de la Unión de los Institutos Misioneros pretende explicarme lo sucedido. Me dice que se trata de un error, que aquel título es fruto de esos «duendes de prensa»... Le contesto que no es posible lo que me cuenta, ya que las portadas de los periódicos no se publican sin haber

pasado bajo el control de un redactor jefe.

Se da cuenta que, aunque misionero, algo sé del mundo del periodismo (no es mérito mío). Cambia de táctica. Me habla de nuestro mundo, del mercado de las informaciones que sólo quiere escándalos, que si el título de un artículo no es picante nadie lo lee, que el periodista tiene que vender, que si los jefes... Aquí le contesto que yo no sabía que «El País» era un periódico de tripas y corazón, de prensa amarilla. Exijo una corrección. Me dice que claro, que algo harán, que lo hablará con su jefe, que ya verán...

Hoy busco en el periódico «El País» una rectificación reconociendo, en algún modo, la falsedad del titular en cuestión. Encuentro sólo que «La Unión de Institutos Misioneros criticó ayer que en titulares periodísticos se acuse a misioneros de violaciones». Pues, ¡vaya manera de rectificar!

Añado una confidencia: cuando los periodistas de «El País» se desplazan a África para cubrir algún acontecimiento, suelen buscar cobijo en las casas de los misioneros. ¿Tendrán el valor estos periodistas de decir la verdad sobre lo que allí ven? ¿Sabrán reconocer la falsedad transmitida por su periódico? Si no lo hacen, tendrán el coraje de volver a sentarse a nuestras mesas para compartir nuestras alubias?

Te lo he contado por si te interesa. Si tienes una red de amigos por E-mail y quieres pasarles esta historia, te lo agradeceré. ¡Si la prensa oficial no dice la verdad, digámosla por la red!

Salvador Romano Vidal (Misionero Javeriano)